

La Pesadilla

Gustavo Adolfo Yaca Narvaja

Abril 2008

"La oscuridad es ceguera, en cambio la muerte, no es oscuridad ni luz. Solo memoria abolida desaparición y ausencia total. Incineración sin cenizas"

Carlos Fuentes

El Pintor

En una habitación sombría transformada en recinto de placer, Jonás pintaba un mural revelando sin querer los más tenebrosos y siniestros

deseos de un hombre perdido. Desnudo; desafiante, colérico, recubierto de mezclas de óleos ocres, rojos y azules suspendidos caprichosamente de sus codos cada vez que el pincel buscaba como destino el lienzo, goteaba en el suelo sus pinturas salpicando los pies lánguidos, pálidos y venosos de un Jonás transformado por las drogas en una bestia desenfrenada. El cabello cubría su rostro desencajado. Las ojeras negras sombreadas de insomnio, custodiaban dos enormes esferas enrojecidas y sórdidas, que miraban exultantes las figuras demoníacas que habitaban el lienzo mezclándose caprichosamente un cuadrúpedo bicéfalo con la serpiente expectante, sumándose a cientos de arácnidos trepando la piel de las ninfas voluptuosas, reproducciones exactas de modelos carnales embriagadas y fascinadas con un hechizo disoluto.

Ellas; esparcidas en posturas provocadoras y libidinosas, festejaban recostadas sobre un sillón su desparpajo. Fundidas entre sí por las cercanías de sus pieles húmedas y besándose sus bocas rojas de carmín, mascullaban palabras entregadas a la impudicia con risas irreverentes, maliciosas, ante las ocurrencias del aciago pintor que las enfrentaba imperturbable"

I

El Hospital

Esas dos imágenes vivas y anhelantes, estaban siendo incorporadas al lienzo, en una desesperación que Jonás interpretaba como la repuesta del hombre al placer, al pecado absoluto, a la belleza y su obscena concepción del arte. Jonás mantenía la rigidez de sus brazos y también la sensación plena de una excitación creciente, que

obligadamente requería los servicios de dos prostitutas, convertidas en modelos pagadas para posar su impudicia, desafiando a un pintor animal, que retozaba oculto en sus entrañas alcoholizadas. Una y otra vez, babeando sus palabras, descargando sus fluidos en las intimidades oscuras de sus modelos, postergando pinceladas en el lienzo que consideraba perpetuo. Hacía su trabajo con furia desconocida, declamando a gritos que las obras de arte nacen de la pasión rayando una vesanía temprana, que fluía sin voluntad.

Su pintura desconcertaba, añadiendo figuras de inspiración diabólica con personajes nacidos de su perversa imaginación. Cuando lograba la simbiosis exacta de sus creaciones, caía sollozando su genialidad en un idioma inconexo bajo sombras imaginarias quebradas con una ventana de luz que descargaba sus rayos en la imagen sorprendida del hombre pintor. Genio o bestia, atrapado por el hechizo y la realidad. No sabía Jonás a quién debía su inspiración, pero era consciente que su obra, aún en ese vaho procaz de excitantes químicos, eran liberados para siempre de su propia conciencia. Muchas veces se veía lejano entre riscos desnudos, fríos, que recortaban el horizonte con trazos finos, incólumes, rodeados de playas abandonadas a crustáceos sin vida, mientras pasaban inocentes gaviotas flotando en cielos naranjas manchadas de nubes blancas. El color carne lo subyugaba en su insania, mientras su propio desenfreno desconocía el tiempo. Pasaban días y semanas ausentes de su casa envuelto en trances que se hacían cada vez más dañinas llevándolo al abandono. Sin duda alguna había cruzado el umbral sin respetar el peligro.

Los días se mezclaban ignorando calendarios. Lejos de él, en noches eternas de espera. Malena; su compañera de siempre, perdía su amor desangrado por una larga paciencia fracasada. Había acompañado al artista por años, entregándole su cuerpo y su alma a ese hombre cada vez más lejano a su propia vida. Ese día decidió escribirle una última carta pensando que el despido o la distancia podrían restaurar su vida atormentada. Su amor no podía soportar más el desborde de fantasías que la dañaban. Pensaba que la distancia debilitaba el amor y que también mitigaba el dolor terminando siempre por borrar imágenes queridas. Quitarse a Jonás de su vida era su desafío y también su tormento.

Ella percibía que parte de su vida acompañándolo se había transformado en una pesadilla interminable, donde el arte, había sepultado la racionalidad, haciendo del amor definitivamente una realidad enfermiza. Sollozando por

su acto innoble, pero segura que su camino no admitía más dilaciones, tomó la pluma con sus manos temblorosas. Un dolor quebró su corazón y supo que una mitad del suyo estaba muerto. Comenzó a escribir sintiendo una placentera resignación que le permitió recuperar su propia autoestima.

Mi lejano y querido Pintor:

\Esas sombras que capturan el frío de esa habitación transformada en una caverna, no alcanzan a cubrir las imágenes despegadas en paredes brillantes y lustrosas de minerales desconocidos mezclados en tus óleos que cobran vida y te miran, a ti Jonás con un rictus de espanto. ¿Una cara?, ¿dos?, ¿tres?... Miles de Jonás acuden a tu memoria delirante y enfermiza por el alcohol con que has tratado de quitar tus pesares. Avanzan. Sí, llegan a ti sonrientes, burlonas, crueles; para verte, para gozar tu dolor y tu desconcierto. Y ¿tú, Jonás?: sentado, perplejo, mirando el vacío como si fueses un estúpido perdido y abandonado. ¡Das lástima Jonás! No, no te asombres de ver tu propio rostro con la boca desencajada, con los ojos abiertos como dos damascos inyectados de primavera, surcados de lagañas pegajosas. ¡Mira tu piel!, le salen escamas naranjas con pústulas que confluyen arbitrariamente para transformarte en esa melaza que tanto temes. ¿Qué quieres hacer con esa gente fantasmal que flota en la caverna? ¿Quieres ahogarla en esa laguna fría, en ese manchón subterráneo donde flotan plantas verdosas, invadidas de hongos que se mueven sobre baba roja, salpicada de sapos, ranas y otros reptiles deformes con siete patas y tres ojos que escupen insectos cuando dejan de nadar sobre tu cuerpo. ¡Jonás !...avanzas derrumbando barreras invisibles de un espacio reservado para los artistas del pincel. Has sido sometido a un desafío y decides ingresar, como un Júpiter enloquecido luchando contra los gigantes que caerán vencidos ante ti y que ahora ostentas con las veleidades del poder. Termina tu pintura de la cabra danzando ante la mirada de leprosos que sostienen sus carnes muertas, iluminados por una luna transparente y pinta todo tu cuerpo con manchas y figuras rellenas de colores fuertes; y con pájaros y mariposas, tu rostro y tus pómulos. Salpica con tus pies los óleos que se elevan acompañando la música dirigida por un arlequín que flota en el espacio esquivando las bombas mortales del progreso.

Me dices que rezan las vírgenes del pecado entre las columnas ajadas del Partenón iluminado...Y allí...quedo yo, desnuda de recuerdos abandonada sin consuelo, porque no

tengo en realidad, a quién reclamar el afecto que has perdido con tus locuras interminables. Cuando regreses; no estaré esperándote ; mi vida ha sido oscurecida por la duda, el deseo y la tentación, pero estoy segura que después de esta carta nada será igual, porque nuestro amor ha sido maltratado para siempre.

Un amor herido es un amor perdido Jonás; a pesar de esto no te guardo rencor; vivo solo un dolor, que no has podido nunca pintar.

Tuya para siempre y lejos.

Malena.

De aquel Jonás que pintaba atrapado por sus visiones fantasmales quedaba un hombre manso y vencido, agobiado por su pasado en un regreso sin triunfos. La carta recibida lo había quebrado. El abandono era su temor permanente y recién ahora, cuando visualizaba que perdía lo que no había sabido conservar en años, decidió rescatar del abismo, la mujer que amaba. Empezó un largo camino a la ciudad en aquella noche tormentosa. Los truenos y relámpagos presagiaban tempestades. Su cuerpo trémulo por la falta de alcohol; los pasos tímidos de equilibrio, le permitían a Jonás avanzar con lentitud. Era un hombre abatido y execrado.

En la medianoche, cuando Jonás llegaba a su departamento exhausto, confundido y envuelto aún en el vaho degradante de la bebida que no dejaba de producirle arcadas y náuseas. Abrió la puerta con temor. Avanzó desconfiado y tembloroso y encontró destruido todo aquello que pudo ser en su cercana relación con Malena algo íntimo. Lo invadió el temor, se detuvo observando sorprendido los muebles fragmentados, sillones violentados con trazos de un bisturí filoso de cirujano; almohadas devastadas, abandonadas por el suelo mientras sus plumas flotaban libremente en el espacio. Los colchones lastimosamente disecados con sus bocas abiertas, asomaban al pasillo desangrando resortes.

Decidido a dominar su ansiedad; entró en la habitación desolada e inhabitable. Se veían pequeñas manchas de sangre en la alfombra y en el pasillo. Rojas, deformes, arrastradas por el piso presumiendo violencia. La biblioteca estaba esparcida furiosamente en el suelo. Sus anotaciones y cuadernos, resguardados antes en el estante superior colmados de proclamas y reflexiones políticas: habían desaparecido. Había sido misteriosamente saqueado con furiosa crueldad; se llevaron sus ideas, pensamientos y

utopías plasmadas en aquellas páginas en sus momentos de reflexión. Se llevaron sus letras y sus pinturas. Vacieron su historia, su pasado y su futuro.

Malena no estaba. No... No estaba. Tampoco había dejado una nota sobre la mesa, como acostumbraban, para justificar una ausencia transitoria. Tampoco un mensaje en el contestador del teléfono. Nada. Todo era silencio en un desorden violento, sumado la sangre esparcida que ocupaba espacios abandonados. En el retablo sus pinturas habían sido tajadas con filosos cuchillos que exterminaron imágenes y colores.

<Un asesino del arte> pensó Jonás, mientras levantaba bastidores e imaginaba hombres drogados vestidos de negro agitando sus armas asesinas al tiempo mientras escuchaba *Don Carlo* de Verdi: “Per me giunto e il di Supremo... Son io mio Carlo” que aún giraba en el plato del tocadiscos. <Matan el arte; lo denigran, se burlan de él ; luego se esfuman> pensó desolado.

En sus antiguas y acostumbradas pesadillas; las fantasmales apariciones superaban la realidad, esta vez fue a la inversa. Jonás sintió miedo. Lo estremeció su debilidad. Intuyó que Malena había sido víctima de una tragedia. Entonces temió por su vida. Jonás cayó amilanado en el sillón ruinoso ubicado al lado de una lámpara de hierro forjado que había encontrado hacía tiempo en los basurales. Los intrusos la habían dejado abandonada en el piso con el foco astillado.

<Señales de lucha....alguien se ha resistido>, pensó.

Un extraño, había quebrado la intimidad de la pareja. Nada tenía ahora. Había perdido sus afectos, sus pinturas y sus sueños. También a su compañera. Lo sabía. La figura de Malena se desteñía lentamente, la sentía alejada de sus recuerdos. Su imagen fresca y viva se iba desvaneciendo en un turbulento recuerdo malogrado.

Regresaron sus recuerdos más temidos. Las imágenes de sus padres adoptivos ocuparon por segundos la frágil memoria y recordó al hombre rubicundo vestido de oficial que irrumpió la vivienda de Encarnación y Juan de Dios atropellando sus puertas en una madrugada fría de cordillera para terminar perforando sus cuerpos con balas de acero, brillantes antes, rojas después, de sangre inocente. Jonás había vivido ese despojo y también había presenciado la transformación de cadáveres, en luces de colores serpenteando campos iluminando el nacimiento de flores multicolores con tallos de plata y cálices derramando lágrimas púrpuras. Aquella vivienda invadida antes, huérfana después, había quedado abandonada igual que su departamento donde solo faltaba

encontrar el cuerpo de Malena. No había luces ni flores, solo una inaudita incertidumbre.

Jonás quedó postrado sin consuelo; herido en su razón. No imaginaba que en ese mismo momento, a cientos de kilómetros, llevada por sus verdugos Malena navegaba solitaria en un océano infinito, transformada en una inflexible balsa humana flotando sin rumbo en aguas saladas abandonada a su propio infortunio en una soledad sin futuro danzando al compás de olas furiosas, en un temporal desatado para protestar tamaña injusticia. El cuerpo hinchado, marmóreo, se dejaba llevar sin oponer resistencia. Ampuloso y deformado, zozobraría en la bruma de la noche, perdiendo la nitidez de sus formas. La belleza de Malena se había fugado, las gaviotas volaban a gran altura en círculos estudiando ese bulto flotante e inerte silenciosamente ajeno a la vida. Un océano gigante rodeaba esa frágil mujer bañando sus recuerdos extinguidos.

Recogió un grafito del suelo, abandonado seguramente en la huida desordenada de los intrusos y sobre un lienzo blanco dibujó el rostro de Malena y su cuerpo, rescatados de la memoria. Los trazos finos comulgaban con las suaves curvaturas de su cuerpo. Le devolvía en cierta forma su vida. Se atrevió también a esbozar sus captores. Pero las imágenes no tenían rostro ; tampoco alma. Imaginó a hombres siniestros, temibles e impíos que gozarían torturando el cuerpo de la mujer mientras le preguntaban:”¿Dónde está Jonás? ¿A dónde se fue... Jonás, el pintor?”.

Una desmedida angustia envolvió a un Jonás culpable de haber estado ausente. Se imaginaba como un espectador involuntario de esa tragedia en medio de las figuras violentas de verdugos que azotaban a la mujer desnuda, quien se cubría de los látigos traicioneros y evitaba escuchar las risas y burlas de los invasores, acurrucada en el piso frío. Luego, ellos tomaron su cuerpo lacerado, sangrante de heridas causadas por la ignorancia de un dato que no podía conocer e iban abusando de ella, uno tras otro; descargando sus odios, anticipando sus perversiones y satisfaciendo el morbo acumulado. Reían, se burlaban de una Malena paralizada de terror y callada porque había comenzado a transformarse en un ser insensible. El dolor desaparecía lentamente, como si sus tejidos fuesen muriendo con el último golpe. Se ahogaba en su miedo sin poder manifestarse; sin poder escuchar las voces de quienes atropellaban y torturaban su cuerpo. Comprendía una sola palabra: ‘Jonás’. Todo lo que acompañaba ese nombre, se diluía en una nebulosa inmensurable y extraña, como si flotara buscando un banco de niebla impenetrable.

Jonás desvanece, se pierde, se olvida de sí mismo y cae en el piso. El lienzo se

escabulle de su mano, pero los ojos dibujados de Malena siguen mirándolo mientras buscan, desde el suelo, consolarlo en su desdicha. Jonás está inconsciente; lejos de ese cuadro impactante que lo conmovió hasta el desmayo, su corazón está quieto, cansado de sufrimientos y dispuesto a frenar esa tormentosa vida. Es cuando a pesar del dolor por la incertidumbre, su mente se libera. Entonces ve una luz, una aparición, un fantasma que amanece desde una profundidad desconocida. Ve a una mujer, a Malena que avanza desde un inverosímil cielo intensamente azul y se dirige flotando en el aire hacia su habitación con el cuerpo intacto, sus ojos cálidos y sus manos que hacen gestos de fragantes caricias. Es una reina que bajaba de las alturas revestida de fluidez y armonía.

Malena acudió así, a su primer reencuentro con Jonás. Él la esperaba sentado en el canto de la cama revuelta, permitiendo que ella se acercase lentamente con su delicada fragancia. Malena tomó con sus manos la camisa arrugada de tantos meses de abandono y la apartó suavemente como si se tratase de una porcelana. Jonás consentía complacido, dejando que esa ceremonia se cumpliera. Quedó su cuerpo desnudo, atento e inmóvil. Las caricias se filtraron en una piel cálida, conocida y anhelada. Jonás tomó las manos de Malena, las llevó al corazón mismo de sus latidos y lentamente se dio vuelta para buscar los labios invocantes que estallaban al deseo. Fue deshojando la ropa de Malena en medio de una solemnidad compartida, para que la desnudez de ella floreciera brillante ante sus ojos. Luego, permitieron que sus cuerpos adosaran su moldura a sus formas; entonces, lentamente acunó a Malena llevándola hacia el lecho tibio donde encontraron la síntesis de la espera. Estaban allí perdidos igual que ese amor que pudo atrapar éxtasis y placer del fuego encendido con los recuerdos en su punto exacto. Tiernos juegos de caricias. Estrellas de viajes imaginarios al placer. Cuerpos que se contorsionaban, sudaban, resbalaban uno sobre otro dejando que los poros buscaran memoria, en el embelezamiento del encuentro.

Malena permitía que sus ojos se inundaran de lágrimas. Jonás las bebía anhelante como un néctar buscando en ellas el sentimiento transparente que afloraba en mágica entrega. Poseyó a Malena, la hizo suya con delicadeza desconocida, como nunca lo había hecho y besó su alma, habiendo liberado la memoria de sus manos. Recorría una y mil veces el terso cuerpo de la mujer amada con la habilidad de un Miguel Angel empeñado en esculpir su obra de arte. Era él ahora quien habitaba su intimidad y fresca e incursionaba dentro mismo de su alma; de un alma sin secretos piadosos. Jonás se

abandonaba extasiado dejando que Malena le entregara la plenitud de sus encantos. Ambos quedaron fusionados, herméticamente juntos. Nada les era ajeno. No había horas ni minutos. El tiempo devenía eternidad. Gozaron empapados de ese amor intenso hasta que alguien interrumpió el acto amoroso imprevistamente violentando el deseo encontrado, ignorando que su felicidad había sido alcanzada en un acto pleno de gozo. No atinaba a revelarse. Su voluntad estada adormecida, era incapaz de luchar contra esas fuerzas extrañas que le quitaban su amada justamente cuando habían alcanzado esa comunión rescatando una historia

—¡Apliquen adrenalina intracardiaca! —Y apareció la aguja de diez centímetros de punta biselada, filosa que atravesaba los tejidos de su tórax descubierto inyectando el líquido que resucitaba agonías. Tocó su corazón el filoso metal desparramando el líquido mágico. El contacto con la fibra muscular, despertó un latido seguido de otro, como un eco inesperado que puso la pereza en estado de alerta. Jonás sintió el primer latido como si un dedo extraviado y curioso explorara adentro mismo de su tórax, la posibilidad de encontrar el alma escondida. Su cerebro fué bañado nuevamente con sangre fresca disparadas por arterias revividas facilitando que ese riego nutriente recuperara los tejidos secos. Descubrió que su cuerpo pedía clemencia.

—¡Coloquen el desfibrilador! — Dos paletas lisas, brillantes tocaban la piel levantando su humanidad con el golpe de corriente. Luego, caía en la camilla el peso completo del cuerpo flácido, que se volvería a conmocionar una y otra vez al contacto con los metales. Rebotaba, convulsionaba sobre una camilla dura y fría, como repuesta al ataque grosero de una corriente eléctrica que serpenteaba caprichosamente su cuerpo para despertarlo. La rapidez de la corriente evitaba que su alma escapara y se transformara en fugitiva. La piel donde asentaban las paletas de descarga se amorataban, sudaban heridas lacerantes pero no producían dolor. Solo temblor. Presentía que esa sensación tan extraña como desconocida lo volvería a su vida, separándolo de Malena de quién él se aferraba en su despedida tomándose de sus manos e implorando que lo retuviese..

—¡Mejoren la oxigenación! —ordenaban presurosos los médicos que asistían a un Jonás tendido, inconsciente sobre la camilla encerada. Abrían las llaves del oxígeno, el gas lo inundaba entrando con rapidez por sus pulmones, avanzando por túneles cilíndricos oscuros, mientras se estremecía nuevamente cada vez que la descarga eléctrica invadía su cuerpo y la corriente azotaba sus entrañas. Las dos paletas al

asentarse sobre su pecho emitían energía suficiente para sacudir el letargo e iniciar el rescate de su alma que se evaporaba en aquel encuentro tan feliz del cual lo arrancaban con la brutalidad asexuada de la ciencia. Los médicos que acudían presurosos ante la muerte, nunca preguntaban si el moribundo deseaba la vida. La ciencia se mide por resultados comportándose así; con ese razonamiento mezquino, menguado y siniestro.

El monitor continuaba estancado caprichosamente en una línea sin fin, línea recta sin figuras que indicasen vida, horizonte alarmante que había señalado el paro cardíaco sorpresivo y que ahora trataban de revertir ignorando el deseo de un Jonás que flotaba en la habitación blanca. Nadie lo escuchaba. El moribundo carecía de palabras, solamente su pensamiento lo mantenía en vida vegetativa, supo que al estar a borde de una muerte segura, todo lo que sucedía a su alrededor carecía de dirección y ajeno a su deseo. El misterio de la muerte sucede en peldaños claramente delimitados que lleva finalmente a la libertad.

<¡No me regresen!... ¡No me lleven nuevamente al dolor...no me rescaten de este sueño!> suplicaba Jonás desde un mar de pensamientos sin lograr hacer oír su voz. Estaba perdido en la soledad del moribundo.

<¡Ah, si los senderos del amor pudiesen escribir la fuerza de sus sentimientos!... Si, al menos, esos recuerdos pudieran quedar enmarcados para siempre en la memoria indivisa de los amantes, custodiando el pasado; inmensos campos de tulipanes rojos mezclados con dalias violetas y los amarillos de las caléndulas darían el color a la imaginación de los que no desean desprenderse de un momento tan anhelado>. Pensaba en su sueño

Una segunda visión lo regresaba sin querer a la tragedia que parecía haber quedado atrás: Esta vez fué la aparición de Malena arrastrada por pasillos sucios, grotescos, regados de excrementos. La sacaban de un cúmulo de cuerpos abandonados, pestilentes; desgarrados, listos para el sacrificio. Cuatro hombres de rostros enlutados tomaron sus brazos y tiraron de sus cabellos. La llevaron hasta los barrotes de acero transformados en puertas enrejadas que la separaban de la libertad perdida. Abrieron los candados oxidados con ganchos que nunca pierden el brillo y verificaron su identidad en el número sellado en su capucha negra. La subieron a un camión habitado por cientos de desechos humanos, que igual que ella, se lamentaban sin ser escuchados. Lloraban su vergüenza, su impotencia ante el cruel castigo. Habían sido vejados y humillados por manos que

aprovechaban el anonimato. La capucha negra la separaba de la luz, la aislaba de una realidad que presentía como trágica y aguzando sus oídos escuchaba lamentos de seres torturados que al igual que ella deseaban una muerte como única alternativa para terminar con esos tormentos. Algunos declamaban sus nombres para que si algún mortal presente se apiadara, pudiese contarlos.

El cuerpo de Malena era la sombra de su belleza perdida, un recuerdo atrapado en la violenta realidad ornamentada con acequias de lágrimas, era un descarte ridículo de su vida anterior; una confusa figura trágica. La llevaron por caminos irreconocibles hasta una pista de aterrizaje. Allí depositaron su cuerpo junto al de otros moribundos que sudaban dolor. Girando las hélices de un avión, anunciaron la partida. Durante el vuelo Malena fue testigo de cómo los mismos uniformados luego de drogar los prisioneros hasta dejarlos inconscientes, balanceaban cuerpos anónimos hasta despedirlos por la puerta lateral del avión. Se reían de la historia hamacando su niñez y prodigaban calificativos de desprecio. Uno a uno fueron despedidos al vacío sin poder desplegar sus alas, sin poder reconocer el destino; hasta que llegó su turno que aceptó sin resistencia, que otra cosa podían hacer con ese cuerpo golpeado y torturado. Los irascibles verdugos exhibían su saña durante la temeraria rutina. La enviaron a la nada, no se dió cuenta cuando fué balanceada de pies y manos, tampoco escuchó las burlas y las risas de sus captores. Partió al silencio absoluto de las nubes, a flotar o volar como pájaros heridos que caen sin queja con sus alas inertes. Voló Malena abriendo un largo túnel en el vacío, hasta el estallido en el mar donde incrustó su vida en busca de las profundidades. Y encontró su destino. La oscuridad apacible del fondo del mar y el fin del martirio. Sumergida así en las aguas salobres, fue explorando un nuevo universo cada vez más oscuro hasta que su conciencia abandonara su cuerpo y dejara, lo que quedaba de ella perdido en la oscuridad, imaginaba cuales serían las últimas palabras de despedida de Jonás, que seguramente le diría:

<! Oh, Malena que abres tus alas al vacío y que llevas ese dolor atravesando nubes caprichosas de formas generosas, permíteme que bese tus heridas, también que pueda limpiar tus ofensas con mis lágrimas esparcidas en tu cuerpo! ¡Permíteme que robe tu calvario, que sea yo el que me nutra de tus noches de tormento! Deja, Malena, que sea mi cuerpo el que se estrelle sobre el gigantesco mar, para que tú... tú estés nuevamente en la gramilla verde de tréboles donde solías bailar de alegrías>eran ruegos un Jonás

silencioso e impotente. Fue su última visión pero suficiente para viajar en paz.

Jonás presentía su regreso. Percibía que lo traían de ese reencuentro a la fuerza. Sabía que había sido desgarrado de las manos de Malena, que nuevamente se alejaba despidiendo su amante con la última lágrima que recorrería su mejilla. Lloraba perderla para siempre.

— ¡Vuelve! —advierte la enfermera encargada de controlar el primer movimiento positivo en el monitor, señalando con el dedo la marca sin quitar sus ojos del equipo de emergencia, como si la vida fuese la línea quebrada por un ritmo que custodia su sueño. Ignorando el deseo del moribundo la eficiente enfermera expresa su alegría porque ha recuperado una vida que dice presente : en líneas que danzan regularmente en una pantalla. Son las palabras del corazón las primeras que se recuperan pero carecen de significado. Pero...que culpa puede tener esa mujer que solo cumple con su trabajo rutinario ?. Cuantas veces ese mismo monitor marcó un silencio de muerte, destrozando sus anhelos por recuperar vidas ajenas ?.

<¡Está latiendo! >reitera exultante mirando la gráfica de los latidos en la pantalla del monitor que marcaba los primeros movimientos de vida. Ella se estremece ; su cuerpo encuentra una nueva excitación y queda atenta para reproducir el mensaje cuantas veces sea necesario. No siente cansancio, está tensa, alerta y deseosa de que ese joven regrese a su mundo ; sabe que nadie resucita, solamente regresan los que a mitad de camino se les interrumpe el viaje deseado. Este....era uno de ellos.

<Tranquilos >indica el médico mayor que está a cargo de la emergencia, aumentando el flujo de oxígeno y recolocando el catéter por una arteria del cuello, mientras entra silenciosamente hasta el mismo corazón—. <Aún no es nuestro, falta.> Y se coloca el estetoscopio, presuroso, para certificar la vida

<Verifiquen los signos vitales... Quiero una muestra de gases en sangre, vamos a sacarlo. Ahora sí estoy seguro de que lo traemos > manifiesta triunfante. recordando rápidamente los valores que deben certificar la posibilidad de revivir al moribundo ; sabe que esos litros de oxígeno, introducidos por la cánula en la tráquea, oxigenaran un cerebro agonizante y los pulmones podrán intercambiar oxígeno por aire muerto, abandonado en los alvéolos colapsados, mientras Jonás se preguntaba :*¿Era el triunfo de la ciencia, Jonás? ¿Era el cruel destino de tu cuerpo? ¿Era el regreso no deseado e ignorado por esos hombres y mujeres que te rodeaban y festejaban exultantes el final de sus esfuerzos? Han ignorado tus pedidos*

silenciosos, Jonás. Han escuchado únicamente las voces de la emergencia y te regresan vencido.

Recuerda Jonás que había dejado de pintar después de ver cómo Juan de Dios su amigo abandonaba el mundo el día que nadie esperaba, asesinado por su culpa, con las mismas palabras con que Malena había sido atormentada. ¿Donde se fue Jonás ?..... Llevaba Jonás el tormento de haber sido testigo de tanta maldad. Habían secado sus lágrimas. El dolor había atrapado al hombre y el hombre había abandonado al pintor. El dibujo último de Malena quedó en el suelo. El bastidor de Malena se llevó la historia completa. Jonás lograría finalmente, dejar otra vez a Malena. Este sueño despidió su pasado.

< ¡Jonás, despierta, Jonás! ¡Vuelve a este mundo de colores y música... y de canciones! ¡A este mundo de vida y risas, placeres y aire ! > la enfermera que lo asistía le susurraba extasiada al oído, sin poder escuchar las palabras de protesta de ese hombre inmóvil
< ¡Vuelve, Jonás! Nunca será tarde; esperaste mucho tiempo. Ahora; el tiempo te espera.> Alguien le habla. Alguien le suplica. No puede identificar quién, porque sus ojos permanecen cerrados a ese mundo ajeno.

Jonás había caminado; había transitado los caminos de la incertidumbre; del abandono y el dolor. Acababa de tener un sueño que lo había traído nuevamente a la vida. Desgarrado con la ilusión de ver a Malena por última vez, recordó aquellos crepúsculos compartidos muchas veces en silencio.

Estaba inconsciente, alejado del mundo entre cables serpenteantes y sonidos de alarma. El respirador artificial, producía el pintoresco ruido del ffutt con esas gomas espiraladas similares a los acordeones, estaban programadas para manteniendo la respiración y facilitar entrada de oxígeno. En la sala de terapia todos duermen en un estado de indiferencia. Perdida su identidad se transformaban en cama 3, cama 7, todos sin nombre. Jonás era la cama 4 y desde su cuerpo partían cables que terminaban en aparatos cuya tecnología registraba la integridad de su vida. Nadie estaba allí totalmente vivo; todos tienden a prolongar la vida, Jonás también, sumergido en una inmensa y contagiosa paz acompañado de los *pip* de monitores y los *fffutt* de los respiradores.

Jonás se veía sentado sobre una gramilla mezquina, en la punta de un risco dominando un paisaje imponente de mar, pródigo de olas encrespadas desparrramadas al capricho de un movimiento constante. Las toninas y las ballenas nadaban a flor del agua,

discutiendo sobre el tiempo, mientras los delfines discutían sobre la conveniencia de explorar las galaxias; de las puntas de las olas, nacían árboles naranjas que descolgaban animales similares a monos de agua, y repetía sus sueños hasta fijarlos. La espuma blanca que nacía de los choques contra las piedras incólumes del risco se transformaba en gotas mansas que salpicaban su cuerpo dándole una sensación placentera de frescura. Ese sueño húmedo era el agua con que lo bañaban diariamente en una tina enlozada como a un muñeco inanimado. Pasaban la esponja enjabonada por su cuerpo dormido, insensible; mientras comentaban cualquier tema, menos de su salud. Se reían a veces de sus piernas flacas, chuecas y de los dedos de sus pies que de tanto caminar de pequeño en las piedras, habían quedado separados como un abanico chino. Lo secaban delicadamente en su cama con toallones húmedos y luego, insertaban las agujas en sus venas hinchadas para administrarles los sueros de la vida. Le hablaban mientras volteaban su cuerpo para vestirlo, a la hora de almorzar colocaban una cuchara en su boca con alimento que muchas veces escapaba por las comisuras de sus labios. Jonás estaba cada vez más cerca de lo terrenal. Sabía que la imagen de Malena se iría evaporando a medida que él regresara a su cuerpo; sufría en silencio.

<Yo vuelvo... ella se va> pensaba mientras sentía la rutina de la limpieza por su piel.

El cielo estaba manchado de nubes que formaban figuras cambiantes; como las de la infancia de Jonás. En esa etapa había aprendido a leer recostado en los mallines verdes, mirando los movimientos caprichosos de nubes grises y blancas que se mezclaban en forma arbitraria. Las gaviotas cruzaban el espacio observando las orillas fértiles de peces, alegres visitantes de aquellos bordes que limitaban la tierra firme del precipicio donde nacía el acantilado majestuoso. Fué cundo vio a Malena por última vez parada orgullosa, con un largo vestido blanco castigado por el viento manteniendo una sombrilla de colores en su mano derecha para protegerse del sol que caía sin piedad en su piel delicada. Ella se despedía, le enviaba su último saludo homenajeándolo con un sentido beso transportado a su mano y soplado como si fuesen mariposas que debían obligadamente viajar hasta el destinatario elegido. Se alejaba Malena; regresaba Jonás. Esa foto imaginaria que flotaba en la nada, se diluyó en forma mágica, cuando involuntariamente sus párpados se abrieron al destello de las luces ocultas hasta ahora. Sus ojos enceguecidos provocaron un parpadeo defensivo hasta que se acostumbraron a su nuevo

estado: el regreso al mundo de las formas concretas, regido por leyes que no permitían la libertad de los sueños.

Cinco rostros desconocidos y curiosos lo observan, mientras dos enfermeras regulaban las máquinas que sostenían su vida. Por que será que todos tienen siempre la misma mirada, la misma pregunta y la misma reacción ?. Se mantenían serenos, pero tensos como si esperaran que ese cuerpo inanimado pudiese reaccionar solo a la palabra. Compartían una complicidad al futuro ; pero no se animaban aún a dar el pronóstico.

< ¿Me escuchas, Jonás? > le preguntaba el médico, al tiempo que le tomaba la mano registrando el pulso y observaba que los dedos habían logrado recuperar un color rosado y también su temperatura. Repetía varias veces lo mismo, como si la pregunta tuviese que ser empujada una tras otra, hasta penetrar en el cerebro. Era la voz y la figura del Jefe de Servicio, como si fuese el mozo que ofrece un menú y espera un pedido gratificante ; pero también, es una orden enviada sin agresión con necesidad de repuesta.

< Sí... > balbuceaba Jonás sin voz, sintiendo la lengua pastosa y seca, con labios agrietados. Sabía Jonás que es poco probable que le escuchen, porque su voz estaba apagada, débil y con dificultad para articular palabras.

< Si pudiese hablar..> pensaba ; les diría que han cometido un error, que mi intención era irme con Malena ; que mi vida tiene poco sentido cuando mi compañera me ha abandonado para siempre. Sus ojos se llenaron de unas lágrimas extrañas, sin temperatura y excesivamente cristalinas, que caían lentamente hacia atrás recorriendo sus orejas pálidas.

< Lloro...estoy de regreso > pensaba con tristeza.

Cada vez que abría sus ojos, veía más cabezas curiosas asomadas a su cama. Le recordaba el cuadro de Rembrandt en Lección de Anatomía, donde los discípulos rodeaban al maestro hurgando el cuerpo inmóvil de un cadáver anónimo; observándolos pensaba: <¿De qué se reirán?> ; le daban acaso la bienvenida al mundo de los vivos ? <¡Ah!... el mundo de los vivos >se repetía a sí mismo teniendo presente el último recuerdo de Malena, se preguntaba: <¿Por qué no le habían permitido que se fuera?"; hay un umbral en el tránsito previo a la muerte donde se pierde el miedo y comienza habitar una paz nunca sentida, en ese momento muchos no desean regresar > reflexionó. Pasó varios meses Jonás en un estado de coma y luego semiconsciente con estados de

lucidez transitoria. Su cuerpo estaba delgado, pálido y sus músculos se habían reducido, como si se marchitaran en vida. Se sentía débil y sus movimientos eran lentos y a veces dolorosos.

A los ocho meses fue llevado a una gran sala donde le asignaron una cama vestida de blanco. Sobre la pequeña mesa de luz estaba esperando su ficha médica; leyó su nombre escrito con marcador negro: "Jonás", "Oficio: pintor". Creía haber recuperado su conciencia y también su mundo, comunicado por la palabra o por señas. La ciencia había triunfado; él había sido derrotado. Fue sometido a sangrías con sanguijuelas que se adherían babeantes sobre su piel hinchándose de sangre, cayéndose sin poder mantener su peso. Enemas y purgantes limpiaban el intestino eliminando los residuos alimenticios y las pócimas de beleño, ruibarbo, y escarmonio con cáñamo indiano, mezclado con ajo purificaban la sangre. Diariamente lo sometían a baños de vapor en piedras calientes encerrándolo en una habitación de madera. Luego, lo untaban con corazón macerado de palomas y buches de iguana.

Los kinesiólogos habían producido un milagro en su recuperación, podía moverse libremente evitando esfuerzos, pero aún le costaba caminar, la marcha era zigzagueante, y a veces incordinada; el hígado estaba dañado por el alcohol. Nada menos el órgano que los Asirios consideraban como el resguardo del alma y también la fuente de la vida. La enfermera le ayudó a sumergirse en la calidez de sábanas almidonadas. Se sintió reconfortado, pero estaba aún muy débil, los que vienen de la muerte llegan cansados, como si el recorrido de vuelta a la vida implicara un gran esfuerzo.

< ¿Necesitas algo, Jonás? > preguntó ella excitada sin poder ocultar su alegría y enternece de tener a este joven a su cargo. Habían luchado largo tiempo por su vida, ella se había encariñado como sucede en todos los hospitales, cuando los pacientes quedan olvidados por largo tiempo.

< Un cuaderno y unos lápices > reclamó Jonás mirando sus ojos y estudiando sus formas. Se dio cuenta que era muy bonita; su cuerpo esbelto, relleno, se mostraba firme, sin complejos. Debajo del camisolín blanco su cuerpo se insinuaba y su rostro sereno demostraba aún la timidez de su edad temprana. < ¿Sería ella quien me hablaba, cuando estaba inconsciente? > se preguntaba Jonás. Tenía una memoria deslucida, pero recordaba en sus planos de inconsciencia cuando estaba con su atril y su lienzo blanco pintando su propia imagen, sentado en un banquillo de madera vieja y vencida y una voz

lejana, similar a la de su enfermera le hablaba invadiendo un espacio de hermosos jardines con flores exuberantes, y una cerca de varillas secas sosteniendo el alambre que custodiaba los canteros coloreados de naranjas, ocre, verdes y azules. Estaba seguro de que era ella, porque las voces no se olvidan, se almacenan.

< Bien, trataré de buscarte algo similar > prometió ella decidida, mientras arreglaba la cama y sus pocas pertenencias, mirándolo disimuladamente al notarlo distraído. Le gustaba este joven resucitado. Había algo que no lograba identificar, que le atraía. <Gracias > dijo Jonás resignado, seguro ahora, de quién era esa mujer. Reconoció el timbre de su voz que le había susurrado en los momentos interminables del coma. Estado donde el cuerpo es atendido sin importar lo que el alma desea. La calidez de esa voz le ayudó en su regreso, también recordó la una noche que se había despedido con un beso en la frente, porque se ausentaría una semana. Se estremeció.

<Adiós, Jonás, estaré ausente unas semanas>, había susurrado en el oído derecho y luego sus labios le entregaron ese beso con calidez desinteresada. Podría dibujar sus labios, podía recordar la tibieza de sus manos cuando le quitó el cabello de la frente para dejarle esa muestra de cariño. Estaba seguro de que era ella. Reconocía también la sensación de un calor muy especial cuando diariamente tomaba su mano para contar las pulsaciones del corazón. “Ochenta”.. decía y se quedaba reteniéndolo con un gesto de entrañable ternura. Entonces él imploraba sin palabras, mirando sus ojos, que no soltara su mano y movía sus dedos suavemente en la palma de ella acariciando el secreto que ambos sostenían.

Durante dos meses siguientes Jonás estuvo en ‘Rehabilitación’, lugar a donde llega un cuerpo sin movimientos voluntarios para convertirse en un producto maleable, golpeado y forzado a mover las articulaciones hasta sus límites, que generalmente era de dolor. Lo llevaban rigurosamente al baño en una silla de ruedas, paseándolo por los pasillos fríos y desnudos del hospital. Ahora lo bañaban con jabón mezclado con agua de miel y grasa de Tambú extraídos de larvas desecadas, refregaban su piel con cepillos gruesos y al final lo untaban con alcohol pastoso revuelto con violeta de genciana, para curar pequeñas escaras y las heridas sangrantes, hasta cerrarlas. Lo aseaban y lo rasuraban cada dos días. El kinesiólogo realizó un trabajo prolijo.

Extrañaba a todos la recuperación acelerada de Jonás. Comenzó a caminar con dificultad y también, hablar y pintar. Las muchachas del hospital incluídas las doctoras,

se acercaban curiosas para ver sus rostros dibujados en las carpetas crecientes de Jonás. Admiraban tanto su trabajo que pedían los retratos firmados. Él pintaba, trepado en las sillas, mesas, marcos de ventanas, floreros y aparadores; sostenía que el pintor debía estar siempre por encima del modelo para poder salir de la dimensión humana y corriente.

Pronto los dibujos de Jonás acapararon la atención de todo el hospital. Llevaba internado en la sala general, tres meses. El personal y los pacientes dialogaban con él porque encontraban algún tema o excusa para acercarse y admirar su arte. Sus pinturas eran compradas a bajo costo por la población hospitalaria. Él ahorra. La ironía de la vida había hecho de su internación una galería de arte y no debía preocuparse por su comida o un techo como lo hicieron pintores famosos que pasaron hambre y enfermedades por carencia, incluso, se daba el lujo de ahorrar. Pensaba que Van Gogh, o Cézanne, que eran sus ídolos enfermaron de hambre y rechazos hasta la edad madura y él, un joven afortunado en la vida cosechaba dinero vendiendo los retratos del personal del Hospital y sus familiares. De vez en cuando desataba su imaginación y pintaba sus sueños en un torbellino de atormentados pensamientos. Esas pinturas las escondía en su cofre de madera donde guardaba sus pinceles y óleos. No se animaba a mostrarlos por temor y vergüenza.

< ¡Serás famoso, Jonás! > aseguraba la enfermera mirándolo con admiración. Pero, pensaba si en ese entonces, no cambiaría su forma de ser, pasando del humilde y querible Jonás, a un orgulloso y despótico afortunado que ni siquiera habría de reconocerlos

<. ¡Todos quieren tus dibujos! > repetía mientras arreglaba la cama y acariciaba la almohada, imaginando que alguna vez asentaría su cabeza en ella para mirar a Jonás en las mañanas durmiendo plácidamente. Ella vivía fantasías y Jonás, se había incorporado a sus sueños.

< ¡No! > exclamó Jonás reflexivo, observando a Soledad con más detalle

< Lo que quieren...en realidad es verse mejor > respondió sonriendo, convencido de haber encontrado el motivo por el cual la gente pedía sus pinturas

< Un retrato "es ese" momento de la vida, que nunca más ocurrirá, pero podrás guardarlo para siempre, como un pasado fresco e inmortal. ¡Ese es mi secreto.... Soledad! A lo que yo veo; puedo agregarle color y tiempo >le confesó mientras terminaba un dibujo donde los primeros planos se fundían en un ambiente imaginario con árboles de frondoso follaje con gramillas verdes y flores que asomaban como los grandes espectadores del arte y con

un cielo puro cuyas nubes caprichosas permitían al artista disminuir su luz.

< ¿Ves?, esta eres tú. ¡Estás muy bella!, si yo fuese otro hombre diría que es una obra de Renoir > le dijo mostrándole el bosquejo, donde efectivamente había logrado captarla casi a la perfección: el rostro dibujado reflejaba la bondadosa sensualidad que la caracterizaba y el cuerpo se insinuaba cubierto descuidadamente con un delgado género aún sin color.

Finalmente, Jonás se atrevió a preguntarle, con picardía y riéndose de su ocurrencia, si no quería posar desnuda.

< ¡Ni lo sueñes, Jonás! > respondió Soledad sonriendo, pero secretamente se preguntaba a sí misma cómo quedaría en el dibujo propuesto

< Tampoco podría desnudarme en la sala, así como así > dijo, ahora dudando, explicándole y explicándose algo que hasta ese momento nunca había contemplado, pero en el fondo se sentía halagada y excitada al pensar en mostrarle su cuerpo a Jonás.

< Eres muy bella e indudablemente haría una magnífica pintura > insistió Jonás, seguro de que lograría vencer su resistencia. Él sabía que el ‘no’ de esa mujer era un ‘sí’ encubierto y que en la medida que él avanzara en la propuesta; la tendría.

< Bueno..., ya veremos > contestó ella entre dudas, dejando abierta la posibilidad de concretar. En la enfermería había una lámina de Monet, justamente La Olympia posando sin pudicia, con una suave textura de una piel desnuda y con su mano izquierda tapando el pubis como única muestra de timidez, mientras la sierva negra acude a su llamado para homenajearla. Un rubor extraño se acercó a su rostro.

< ¿Sabes, Soledad?, hoy te regalo estas violetas para que el aroma impregne tus fantasías, pero debes saber que esta flor también tiene un solo tiempo para ser pintada, primavera. Quiero decirte que sé esperar igual que tú > le dijo Jonás convencido de que su estocada lograría conmoverla.

Soledad tomó en sus manos las flores, las llevó a su rostro para inhalar su perfume. No pudo dejar de suspirar al encontrar en su textura el mensaje de Jonás. Apretó el ramo de flores contra su pecho y supuso que abrazaba a un Jonás anhelante. Él sonrió; estaba seguro de que la pintaría. Soledad había sido vencida con tal sutileza que no se dio cuenta. En cuanto a Jonás, como ella lo había cuidado con tanto esmero, llegó a pensar que se había enamorado. Si bien su corazón estaba aún muy dañado y el recuerdo de Malena había congelado sus sentimientos, no le disgustaba la idea; sabía que no podría

vivir sin el amor de una mujer. Eran ellas quienes nutrían su arte y hacían florecer sus ideas creativas. No podía dejar de plasmar en sus dibujos y sus pinturas las suaves curvas de una mujer; imaginaba siempre que el arte estaba en ellas; que sus rostros acompañaban la sensualidad de sus brazos, los movimientos de sus muslos y la simetría de sus senos.

“¡Ay, Jonás! —se lamentaba muchas veces y se preguntaba en sus momentos de inspiración y pasión—: ¿Por qué sientes esta tremenda necesidad de amarlas? ¿Es un mandato divino? ¿Es Dios quién me condena? —y de inmediato se decía a sí mismo, tratando de entender—:

< ¡No saben cuánto sufro!, es una carga que llevaré de por vida, que no podré esquivar. ¿O será un llamado...? Será un mandato del Señor a quién debo obedecer? >.reflexionó. El Génesis, aclara perfectamente que las tentaciones de la carne viajan con el alma misma y penetran por la nariz, absorbidas luego en esa mucosa rosada llevando sensaciones directamente al cerebro para producir la respuesta adecuada.

< Es voluntad del señor... es la ley divina la que te lleva a la pureza que la misma Biblia o Talmud > y proclamó la palabra amor.

La noche anterior, había tenido uno bello sueño. Aparecían mujeres tan perfectas como la vida. Unas, vestidas con un pequeño tul rojo que dejaba sus piernas y tobillos desnudos. Estaban recostadas sobre la gramilla fresca con la mano derecha elevada, de esa posición caían por encima de sus cabezas, un rosario de flores que se detenían mágicamente entre las piernas; como diciéndole al soñador “ven; este es el lugar mágico que te ofrezco”. Las otras mujeres danzaban vestidas de fiesta, envueltas de amor y cubiertas de caricias. Buscaban a Jonás; se aprovechaban de su debilidad. Lo consumían sin encontrar resistencia. Horas después, immortalizaba en sus óleos las visiones. Los sueños terminaban en las mañanas. El amanecer derrumbaba fantasías. Jonás se enojaba, porque la luz del sol lo había despertado. Sin embargo, sabía que las mujeres existían y que lo esperaban en algún lugar. Esto le permitía nutrir su arte y despertar su imaginación.

Jonás miró con detenimiento a un hombre que habían internado hacía pocos días. Hasta esa mañana, él lo había ignorado. Estaba a tres camas de distancia. Se veía muy delgado y en estado de abandono. Jonás sabía algo de esto; lo había sufrido en carne propia. El paciente tenía la mirada perdida y a veces balbuceaba sonidos extraños. Nadie

lo visitaba. En las noches, solía gritar lastimosamente con voz seca y tajante. Otras veces, peleaba con alguien. Su lenguaje no permitía identificar nombres ni lugares, sólo actitudes desconcertantes y aisladas. El rostro anguloso y pastoso; los brazos delgados, secos, lastimados y sus tobillos que asomaban en la parte inferior del camisolín le daban un aspecto ridículo y lastimoso.

< ¿Quién es? > preguntó Jonás a Soledad señalándolo con su mentón cuando estaba atendiendo en su rutina diaria.

< Un vagabundo, Jonás; un hombre que trajeron de las montañas; hombre sin nombre, sin habla, sin parientes, abandonado a su suerte en una sola mugre, que deberemos transformar en persona —respondió Soledad repitiendo mecánicamente las palabras registradas en el ingreso >.

< Lo encontraron sentado en la sombra de unas piedras, delirando y comiendo raíces > agregó Soledad terminando de acomodar la mesa de luz. Luego le contó que los extranjeros lo habían sorprendido flexionado, con su espalda pegada en la loza de una cueva, y que jugaba con pequeñas piedras en las manos recogidas seguramente del lecho del río. Había sobrevivido comiendo hormigas negras mezcladas con raíces secas y malolientes. Estaba perdido, ajeno a todo lo que lo rodeaba, aunque veía a quienes lo miraban con curiosidad. La piel grisácea, pegada a sus huesos flacos y largos le daba aspecto de momia. Había huellas de mordeduras que él mismo provocaba para vaciar las pústulas y los abscesos que florecían en su piel, las mordía, las vaciaba de pus que escupía y luego con su boca, soplaba en sus heridas inyectándole agua para lavar los lechos sangrantes

< Está desnutrido y no habla, creo que está loco>opinó Soledad coincidiendo con lo que Jonás había sentido luego de haberlo observado esos días. Y agregó, al tiempo que tocaba con su mano la medalla de la Virgen de las Tachas Imposibles que colgaba de su cuello con el nombre Apolinario.

< ¿Apolinario? > repitió Jonás asombrado. No recordaba un nombre parecido. Cruzó por su mente el recuerdo de Heráclito que había llevado su ciencia y su filosofía a la montaña para dejarse luego morir de hambre.

< ¿Y sabes qué? > agregó Soledad parándose desafiante con las manos colocadas en la cintura y enfrentando al pintor que la miraba divertido y extasiado

< Estoy pensando en tu propuesta. > Y se fue sin decir más.

< ¡Genial, Soledad....nunca vas a arrepentirte! > prometió Jonás entusiasmado. Había

comprendido rápidamente a qué se refería. Tenían pendiente la pintura de su desnudo. Las imágenes de Julio Romero de Torres, uno de sus pintores preferidos, lo invadió. La muchacha no era andaluza, pero sin duda, su belleza podía compararse con la *Musa Gitana* y el *Retablo de amor*.

Soledad salió de la sala ágilmente como una gacela. Su andar lograba llamar la atención de los enfermos, los cautivaba. Diariamente su llegada en la mañana temprano iluminaba aquel espacio de aire viciado y también los internados. Cada uno de ellos tenía una excusa para llamarla. Ella reía, sabía que estaban todos a sus pies, aunque a veces tuviera que mostrarse molesta por los elogios a su anatomía. Pero, a solas se reía de ellos y aplaudía su belleza. No hay nada mejor para una mujer que sentirse deseada y admirada confesó meses más tarde a un Jonás que dormía a su lado.

II

Las Voces

< ¿Quién eres? > preguntó Apolinario, tratando de identificar de dónde salía la voz, mientras miraba a un lugar y otro sin encontrar a nadie cerca de él. La voz seguía presente, monótona, seca, áspera; vomitando sentencias y deseando desgracias para ese hombre.

< ¿Dónde están, malditos? > exclamaba vigilando los distintos rincones oscuros

Las voces se alejaban cantando. Cientos de hombres y mujeres amenazantes, deseosas todas ellas de un dolor sin fin. Cantaban. Cantaban letras de odios postergados, de sueños aplastados. Cantaban letras de hambre, estrofas de miserias cargadas en sus espaldas por años. Apolinario no razonaba, no sentía. Apolinario estaba ausente..

Estaba parado, contemplando imágenes difusas, negras, con rostros descompuestos, con manos crispadas, con ojos inyectados de odio; y estaba solo, parado en el centro del recinto de ceremonias; al lado de una estaca que antes había sabido contener las fuerzas del potrillo sacrificado en ceremonia diabólica. La multitud que aparecía gritando y pidiendo venganza encontraba en él un esperpento ridículo, un cuerpo seco, ajado e inerte; un hombre reducido a la expresión de la nada, un hombre que sólo podía ver figuras manchadas de negro, lastimadas, agonizantes, sin rostros, sin formas que se desplazaban en el aire y tocaban la tierra sólo para el descanso de quienes viven viajando sin tiempo. Eran un espejismo cubierto de ropas sucias, vomitadas de pasiones y saturadas de excrementos fétidos. Se aproximaban estruendosos grupos armados y munidos de palos, armas y cuchillas filosas, paralizadas en el aire. “¿A quién van a ejecutar?”, preguntaba un manifestante ansioso de incorporarse a la violencia.

Avanzaban las sombras silenciosas en medio de la noche del suplicio. Llevaban encendidos los mismos cirios negros de otras ceremonias demoníacas; protegidos con las manos para que el viento no los apagara. Cantaban las sombras, coreaban el nombre del Señor de los Infernos. Habían regresado de los abismos del dolor, para hacer de Apolinario su sacrificio. Son los sobrevivientes de la masacre de la Hermandad que han regresado, que han descendido de los rincones del pasado, envueltos en misterios; son aquellos que reptaban por el suelo, agonizando heridos de muerte, marcados por los plomos que perforaron sus pieles sanas; eran los que se arrastraban dejando sus caminos de sangre cuando buscaban la ayuda que no llegaba; los que tumbaban las mesas, las sillas, los adornos y los canteros con flores cuando buscaban la salida del infierno al que habían sido condenados; son los que habían visto los movimientos siniestros de los cielos entregados a mover las nubes negras que presagiaban sus desgracias, a mover las copas de los árboles para descolgar las ilusiones. Los mismos que, desde el más allá, pidieron una justicia postergada mientras continuaban hundiéndose en el fango, en las ciénagas traicioneras y en el olvido.

El gran sacerdote erguido, orgulloso, sin túnica que cubriera su cuerpo desnudo, llevaba en su mano derecha una lanza de filosa punta. Cargaba en su hombro izquierdo un macho cabrío que protestaba su imposibilidad de escapar. Balaba; movía sus patas indefensas. No cesaba de pelear su libertad, aún sabiendo que sería prenda del sacrificio.

Se acercaban sombras negras al recinto. Tronaba el cielo. Los relámpagos fusilaban

la oscuridad. Lloraban las nubes invisibles, caía el rayo clavando su filo en el árbol que moría quebrado, impotente ante esa descomunal energía. Subían las voces; los coros del lamento, hasta que, unificando las letras, anunciaron el inicio de la ceremonia.

Apolinario quedó solo, en el centro del recinto, cercano a la estaca que décadas atrás había contenido al potrillo que lo recibió desparramando sus vísceras. Rodearon las sombras al guerrero vencido; miraban su pobre figura atormentada e indefensa. Le quitaron su ropa; lo bañaron con emulsiones negras que patinaban en su piel. Grita Apolinario; grita por el perdón. Nadie lo escucha. Nadie contempla su lastimoso pedido. El coro aumenta sus clamores y las voces se cristalizan flotando en la suma de los cirios encendidos que iluminan el recinto. Las sombras escapan, se mueven, se retuercen y se confunden buscando una cuerda con la cual van a sujetar al condenado; mientras el Sacerdote atropella con su lanza, incrustando la punta en el pecho de Apolinario —quien revive la escena— como si el toro de Creta lo hubiese atravesado. Se abre su piel en el filo de la lanza.

Una figura negra, esbelta aproxima una vasija. Apolinario distingue, a pesar de su confusa situación, a la maga Circe, la sacerdotisa, la portadora del copón con sangre, mujer vampiro.

¿Quién es, Apolinario, la que roba tu esencia roja? —Preguntan las voces—. *¿Sabes qué harán con tu cuerpo, con tu sangre o con tu vida? ¿Lo sabes? ¿Piensas que esto es solo una parte de la ceremonia; o será el final? ¿Lo sabes?* —interrogan las voces inquietas acompañando las dudas del hombre a sacrificar.

Ella bebía sangre. Humedecía su rostro y lo mostraba pintado de escarlata, mientras los ojos destilan luces blancas y rojas que cruzaban el recinto sagrado. Erizados por el rito y liberados de sus jaulas, los lobos negros descarnan los muslos de Apolinario, que esperaba vencer al coro con su grito de dolor. Descargaba el sacerdote al chivato y atravesaba con el acero filoso su garganta; una explosión de sangre cae lloviznando sobre el maltratado cuerpo de Apolinario; lo tiñó de rojo.

La sacerdotisa disputa la presa a los lobos, así como Aquiles reclamaba el botín a Agamenón. Esa frágil figura llena de odio ostentaba una fuerza maléfica suficiente para acabar con su cautivo. Con un enmarañado lenguaje se dirigió a él para anunciarle que después del dolor, habrá un vacío. La multitud seguía saturando el recinto con gritos, súplicas, mientras la sacerdotisa escarlata, tirando su túnica negra, se desnudaba y

descubriendo su belleza que alcanzaba para ser Afrodita. Luego de mezclar la sangre de Apolinario con la del cabrío, se baña en ella despertando una mujer ardiente. Una braza rojiza de bellos ojos tan negros como el cabello que se extiende más allá de la cintura decide poseer a un Apolinario desfalleciente. Lo atrapa. Quitándole el alma que fluye por su boca, lo hace suyo y estalla el placer: la mirada perdida, quieta, extática se fija más allá de las galaxias y el cuerpo se contrae en un espasmo secreto que atormenta la cintura de Apolinario. Lo ahoga... Acaba de comulgar con el mismo demonio.

< Llevan tu cuerpo, Apolinario, entre sus brazos, vencidos de placer, vuelan por encima de esa figura encapuchada que sigue orando en un idioma secreto. Son las enviadas de Azatanavof que se elevan sin conocer lo que es el dolor, con sus torsos desnudos > murmuraban las voces.

Estallan las sombras, los relámpagos disfrutan su luz; los truenos rebotan en las nubes. El recinto está poseído, atrapado por el demonio que se ha nutrido de un alma más. Hay un enorme fuego sin calor; llamas que danzan entre las sombras sin quemarlas al son de una música extraña que ya no brota de sus gargantas.

Y se enciende Apolinario. Aparecen las batallas; surgen las imágenes guerreras de revanchas y lucha salvaje. Se muestran los cuerpos mutilados de cientos y de miles de hombres apilados en los campos, en las cloacas y en las tumbas. Pisa Apolinario sus cabezas sin importarle sus nombres; las aplasta. Y queda solo en esa batalla sin saber si la ganará; porque su bandera la tiene una mujer que no es Afrodita, pero que, envolviéndolo en la plenitud orgásmica, acabará por poseerlo. Y Apolinario se dice a sí mismo:

<“Espera, esta es tu batalla. La sacerdotisa que te ha secado, que se ha llevado tu alma, seguramente decidirá también tu suerte >.

<Somos eurídicés, Apolinario. Somos las mujeres de los infiernos, las que te tenemos cautivo, enloquecido y paralizado. Somos las que esperamos que la música de Orfeo dome sus fieras, que nos impiden escapar del Infierno > corean las voces

< Te hemos succionado cada gota de sangre, hemos descarnado tus piernas, nos hemos bañado con tus fluidos y matado tu honor. ¿Qué eres, Apolinario?, ¿Una masa ensangrentada, vacía y fría? Nada... no eres nada. Eres la Nada. Simplemente así: Nada > anunciaban las voces presagiando

< Tu condena será vivir en esa nada, por más que levantes tus manos sujetando el escudo del guerrero>.

Y una mujer levanta su bandera ensangrentada encima de los cadáveres; eleva el estandarte como si hubiese triunfado, demostrando que no hay batalla ganada sin bandera. Sus senos descubiertos y hermosos ondulan con cada grito, como olas mansas del mar y acompañan sus brazos que esparcían la fuerza de puños cerrados, tensos y potentes.

Apolinario volvía a caminar por las calles; los campos, las playas, los senderos y las montañas. Deambulaba vacío, perdiendo en cada paso los secretos de su alma. Era un sonámbulo de la vida, una escoria desclasada, un retazo del tapiz de la historia. En las enormes y solitarias playas, dejaba sus huellas sobre la arena cálida que, como no soportaba ser deformada, acudía a las caricias del mar para borrarlas. Y ese mar y las arenas blancas le prohibieron que volviera por allí por poner en riesgo aquella vida de libertad

<Eres un hombre sin destino, condenado a deambular como el leproso de las montañas que esconde sus muñones de la luz. Has quedado sin razón, sin mirada, sin pensamientos, sin sensaciones. Estás como en tu primer día de vida, luego de aquella ceremonia satánica donde te robaron el alma y te quitaron la voluntad. Te robaron la vida lujuriosa y te abandonaron en las cloacas donde navegas sin rumbo —murmuran las voces y le ordenan—: Camina Apolinario; camina por esos senderos abandonados. Camina por esos desiertos sin agua, sin alimentos que nutran tu decadencia. Camina por esas huellas donde la gramilla ni siquiera crece, donde las grietas del camino parten la tierra. Camina Apolinario; no dejes nunca de hacerlo. Este es tu destino: llevar la nada a todos, para que nadie te siga, para que te ignoren, aun en medio de tu dolor que crece > Y callan las voces

Apolinario alejado de la ciudad, del mar, de la selva que lo cobijó en su juventud iba deambulando sin rumbo, sin razón; recorriendo senderos sin nombres, mirando sin reconocer, escuchando sin comprender, hablando sin palabras. Iba bajo las sombras de la noche, el esperpento, el mendigo, y el fantasma con una vida terrenal usurpada.

Allí lo encontraron tirado debajo de una inmensa piedra gris, en medio de la montaña rocosa, escondiéndose del sol abrasivo que ya había desollado su piel. Algunas heridas de sus muslos habían cicatrizado deformando las piernas. El cabello era una maleza sucia. Sus ropas rasgadas eran recuerdo de las hilachas del género que, alguna vez, habría cubierto este deteriorado cuerpo. Se veía como un esqueleto con vida, cuyos

huesos no podían escapar porque su piel aún los aprisionaba. Con sus encías sangrantes y la barba abandonada al crecimiento, balbuceaba voces ininteligibles y palabras fragmentadas; mientras jugaba con sus manos, moviendo los dedos como si contara los días o los años de abandono. Y enseguida, sus ojos vacíos de vida miraban siempre a un más allá; a un rincón que nadie percibía.

< Stro to marado surabro.suncaye >balbuceó < Maxuntosa gua yomi estuere>.

< ¿Quién eres? ¡Mírame! ¿Quién eres? > le preguntó uno de los caminantes, asombrado.

< Stro to marado > repitió Apolinario sin mirarlo.

< ¿De dónde vienes? >quiso saber el otro hombre.

< Surabro suncaye gua > replicó mirando sus dedos que tecleaban.

< Tiene un medallón colgando de su cuello > advirtió el que más se le había acercado.

< ¿Qué dice? > El hombre se aproximó aún más a Apolinario para leer en la medalla de lata.

< Apolinario > leyó en voz alta.

< Est uere surabro > repitió sin moverse, ignorando a los excursionistas que solo atinaban a mirarlo.

En realidad, se trataba de dos antropólogos. Estaban buscando unas cuevas que escondían secretos en sus pinturas rupestres que se encendían en las tardes nubladas. Sus mapas indicaban que las cavernas mágicas quedaban muy cerca de ahí. Sin embargo, cuando uno de ellos se dio cuenta de que los pies de Apolinario estaban llagados y sangrantes. Gusanos blanquecinos se escondían en las pequeñas aberturas a lo largo de sus talones y su pierna preocupada dijo:

< Es una miasis >.

< ¿Qué es eso? >preguntó el amigo.

< Larvas de moscas. > Miles de ellas se multiplicaban en sus heridas.. Envolvieron el cuerpo en una loneta anillada, sujetaron dos cuerdas en sus extremos y la colgaron de un palo seco de unos dos metros. Así transportaron al hombre abandonado en ese desierto de rocas.

< Surabro yuncaye gua > repetía Apolinario envuelto en la loneta y colgado del palo, pegoteado de larvas aplastadas.

<¡Eh Apolinario!, los cuatro pájaros que aprisionaron tu podio al vacío del universo están muy enojados de no llevar tu cuerpo envilecido, habitado por los gusanos que ya estaban a punto de consumir tu existencia. No olvides, Apolinario, que estás condenado. Los cuerpos de tus hermanos, a quienes les quitaste la vida, están esperándote aún, silenciosos y fríos, en la tinieblas del Infierno. No creas que hemos abandonado tu destino, Apolinario, te estamos siguiendo...siguiendo.. siguiendo >coreaban las voces.

<Stro to mardo surabro suncaye gua >refunfuñaba Apolinario excitado y temeroso, rechazando el agua de la cantimplora que los antropólogos le acercaban a la boca.

Estos escuchaban los gritos incomprensibles de Apolinario sin inmutarse pues ya se habían acostumbrado. Sin embargo, debían taparse la nariz con un pañuelo para evitar el olor nauseabundo que destilaba la cercanía de su cuerpo. Durante el viaje, conversaron sobre este hombre: ¿de dónde había salido?, ¿quién sería en realidad?, ¿por qué estaría en ese estado de desnutrición y abandono? También, hablaron entusiasmados sobre cómo habían resistido los olores de la putrefacción los egipcios cuando trataban los cadáveres de los faraones para momificarlos. El caso de Tutankamón les llevó parte de ese camino. Tenían opiniones encontradas. “Las momias no tienen gusanos”, decía uno de ellos convencido. “Tutankamón tenía parásitos”, sostenía el otro justificando la ausencia de los gusanos y describiendo las tenias de más de dos metros que habían encontrado petrificadas en los intestinos de la momia. Por fin, llegaron al hospital, un Hospital pequeño, de techo de tejas rojas, con amplio jardín rodeado de naranjos y un césped verde que simulaba una alfombra prolija visitada por pájaros pequeños, alegres que comían desinteresados del peligro las pequeñas lombrices e insectos escondidos en las raíces.

< ¿Qué es esto? >preguntó la enfermera de la guardia, con cara de desprecio mirando ese hombre sucio, llagado y sangrante cubierto por una loneta vieja. El olor fétido atraía las moscas que ya lo rodeaban apoyándose en las partes descubiertas

< Parece ser un hombre > respondió uno de los antropólogos con sorna mientras bajaban al hombre y se cubrían con el pañuelo su nariz y la boca, espantando las moscas con sus manos

< Los hombres abandonados se parecen a las bestias > afirmó la enfermera pidiéndoles que lo colocaran en la camilla y mirando al paciente nuevamente con desprecio insistió

<: - Sí, es una bestia > .afirmó en voz alta

De inmediato llamó al personal de limpieza y ordenó que lo sacaran al patio y que limpiaran “esa cosa” con la manguera y detergente.

< ¿De dónde lo traen? >preguntó la mujer con la hoja de ingreso en la mano.

< De las montañas >. Explicó el mayor de ellos luego de relatar cuales eran sus objetivos antropológicos de su visita y el lugar donde encontraron a ese hombre. Relató también que en el momento del descubrimiento notaron que la tierra mezclada con arena y pedregullo que lo rodeaba, había tenido movimientos extraños, como queriendo esconderse de la vista de los visitantes y en un momento dado cambió el color gris sucio, por un amarillo con negro destilando un brillo extraño y calentando aún más el ambiente. Esa situación duró minutos, regresando a su color natural al igual que la temperatura, y permitía que los antropólogos se acercasen a ese extraño ser.

< ¿Cómo se llama? > inquirió la enfermera prestando atención y poniendo en dudas el relato de los profesionales. El pueblo sabía de que en esa zona de piedras grises, pasaban cosas extrañas. Lozas de casi tres metros de largo encontradas en excavaciones, cubrían cadáveres de aborígenes y a veces encontraban restos de vajilla o flechas. En las noches esos mismos lugares eran zonas donde se producía una luz blanca incandescente, que provocaban a quienes la veían, trastornos de la visión. Es la "luz mala" la causante de ceguera temprana, habían diagnosticado los médicos.

< No sabemos....su apellido, pero tenemos el medallón de lata que dice ‘Apolinario’ > agregó el antropólogo señalando el cuello del hombre y la placa que estaba reposando en su pecho

“Apolinario”, anotó la enfermera en la planilla y agregó: “es traído por dos hombres que dicen ser antropólogos y aseguran desconocer el apellido y domicilio Es un hombre de unos cincuenta a setenta años; una masa mugrienta y abandonada que habla un idioma que no comprendemos. Puedo afirmar a simple vista por la cantidad de gusanos y pus....que está podrido”.

<¡Surabro suncaye to gua mardo stro...! > gritaba Apolinario cuando el chorro de la manguera se incrustaba en las heridas abiertas de su cuerpo. Sin piedad, el agua a presión no solo hacía tambalear su espantosa humanidad, sino que los orificios ocasionados por los gusanos eran penetrados con violencia, saliendo larvas y huevos redondos y blancos al suelo Los gusanos de las piernas se asomaron asustados por el líquido frío que había

entrado en sus cavernas.

<¡Está lleno de gusanos! > le avisaron a la enfermera.

<¿Y qué otra cosa esperaban encontrar? > contestó ella.

Después de lavarlo con brocha, pincelaron con cloroformo y yodo todo su cuerpo. Cuando el yodo comenzó a lamer sus heridas, los alaridos de Apolinario se hicieron sentir en todo el hospital. Eran gritos desgarradores. “¡Suncaye!”, gritaba; “¡Stro To Gua!”, vociferaba. Los gusanos huían despavoridos del cuerpo de ese hombre que había sido rescatado de una muerte segura. Caían de la camilla y reptaban por el patio evitando que un enfermero los aplastara con una pala. Luchaban por su vida. Apolinario fue internado en una pieza aislada.

<Mientras tenga gusanos, estará aislado >ordenó la enfermera.

Estuvo cerca de un mes despidiendo larvas y gusanos; recuperando la sed perdida y el hambre que lo había consumido. Afeitaron su cabeza y su barba, cuidaron sus llagas y sus escaras hasta que las cicatrices comenzaron a borrar las huellas del abandono. A pesar de los sahumerios encendidos, la habitación olía a carne podrida. El día que autorizaron el traslado a la sala general fue todo un festejo; por fin el personal que lo había cuidado se liberaba de ese cuerpo abyecto.

<To Gua Nardo... To Gua Nardo... To Gua Nardo...>, repetía Apolinario en su viaje al pabellón. <Stro Suncaye Surabro>, parecía implorar.

Fue depositado en la cama de sábanas blancas, almidonadas y frescas; rápidamente lo vistieron con un camisolín verde, atado en su cuello. Colocaron en su mesa de luz la imagen del *Penitente*, que golpeándose con una piedra el pecho y mirando al crucifijo dice: “Señor, soy yo, San Jerónimo, el pecador que te pide perdón”. Apolinario no la vio ; estaba envuelto en sus fantasías negras, pero percibió un extraño frío en la espalda. Esa imagen estaba bendecida. Él, no.

<Est uere surabro... est surabro uere...>, repetía día y noche Apolinario, mirando sus dedos delgados, con la piel enguantada en sus huesos flacos y débiles. Las voces que le acompañaban en su inconsciencia, estaban atentas y no perdían ocasión de lastimar sus recuerdos.

III

ELLAS....

Ester se había recluso en las campiñas nacidas en los valles y laderas de montañas ocultas por el denso follaje de su vegetación. En medio de la selva impávida, se instaló con sus escasas pertenencias en una minúscula cabaña abandonada. Huía de las venganzas y de los lazos de las horcas que un pueblo enardecido había impuesto a sus gobernantes. Algunos alcanzaron a huir; los más, colgaban ondulantes en las horcas públicas de las plazas como lección de una triste historia del poder. Ester había sido parte de esa estructura perversa conociendo las sombras intrigantes y las miserias humanas de quienes detentaban el poder político. Alcanzaron a huir pocas horas antes que la turba enardecida llegara al burdel donde ejercía una prostitución secreta, cubierta su identidad por una mascarilla de piel de víbora. Pocas pertenencias y algunos bolsos se transformaron en su equipaje; su sierva negra la acompañó hasta que la fiebre del paludismo minó su vida. Fue tan dramático el final, como el inicio de la enfermedad, que la llevó a los abismos del delirio; la fiebre salía de su cuerpo como una aureola incolora, secando todas las plantas que existían a su alrededor hasta dejarlas marchitas y agonizantes.

< Bebe esta taza de agua; deja que tus labios agrietados de sed calmen las llagas que sangran, cuando los mueves para pedir el perdón que yo no puedo dar >le rogaba Ester a la moribunda bañada en sudor frío.

< Sí, Ester, estamos siendo castigadas por nuestras crueldades, por nuestros desaciertos, por nuestros actos de orgullo y arrogancia >decía la negra, con voz tenue.

La fiebre consumía su cuerpo, no sólo había perdido el líquido que daba lozanía a su piel, sino también su talla había ido disminuyendo lentamente hasta que se convirtió en una muñeca negra. Con ojeras moradas de sombras, los ojos incrustados en sus órbitas semejaban cráteres de volcanes apagados. Así se iba acabando, sin aviso; quedando más

cerca de un monigote de trapo que de una persona.

<Prométeme, Ester, que encontrarás lo que haya quedado de Apolinario con vida; aunque sea su cuerpo, que tantas veces hemos gozado. Y le darás al menos un sano cariño en sus últimos años >desvariaba la sirvienta, intentando restaurar conductas, antes de la muerte. Y en su delirio, el ataque de bondad le devolvía su imagen bendecida con el perdón por su arrepentimiento, transportada en un carruaje de oro labrado por los orfebres del Paraíso, que emergía entre ángeles pequeños; mientras los cielos se iluminaban con seres alados, blancos como su conciencia, antiguamente oscura.

<Prometo que así lo haré; lo buscaré para reparar el daño que le hemos hecho >aseguró Ester enternecida por la simpleza del pedido y su bondad desconocida.

<Pero no creas que la maldad nació sólo de nosotras; él fue un hombre cruel; también merece el sufrimiento >aclaró la negra justificando sus actos <No importa el daño que nos hagan, lo que interesa es limpiar el nuestro. Ester, te lo pide esta moribunda que tiene estos temblores que convulsionan el alma como si fueran las llamas del infierno; pero que increíblemente se llevan el calor del cuerpo >imploró agonizante la sierva.

Se fue consumiendo como una hoja sin tallo; tan seca que el negro de su piel se transformó en blanco grisáceo. Entonces, Ester dejó de llamarle ‘mi negra’ para decirle ‘mi ceniza fiel’. Ella nunca había despedido de la vida a nadie; miraba asombrada como la juventud de esa mujer se iba arrugando empequeñeciendo su cuerpo antes deseado y codiciado por los hombres que la consideraban una reina de ébano. Hoy, era un racimo marchito. Pensó también que la juventud era una etapa fugaz en donde la eternidad irremediamente desaparecía y lamentó que su paso acelerado por ella le había impedido gozar de otras cosas que la vida ofrecía.

Quedaría Ester sola, perdida en esa espesa vegetación que había puesto el límite a la impiedad de sus verdugos. Vivía Ester con sus recuerdos, con sus angustias que se alejaban cada vez más. Comía las frutas silvestres y la carne de algunos animales de la selva que cazaba con armas rudimentarias inventadas por la necesidad de sobrevivir.

La belleza de Ester no había sufrido el paso del tiempo consagrado solamente a perdurar. Alcanzaba también a su ropa, producto de su imaginación y fantasía fomentadas por el diseño de modelos que solía regalar a las plantas, que ocupaban el sillón de los espectadores.

Había llegado desfalleciente junto a su sierva a ese lugar privilegiado por la naturaleza: las orillas de un río manso de aguas transparentes, que se salpicaba de espumas al chocar las piedras lisas y suaves que a su vez dejaban pasar los saltos de los peces en sus juegos crepusculares. Las dos primeras semanas, habían estado ambas mujeres tan unidas que nadie habría podido adivinar quién era quién, si no fuera por el color de la piel. Se estaban consumiendo en el abrazo del temor y del terror; abandonadas donde la maleza trenzaba la oscuridad de una selva impenetrable, en una hondonada que se convertía en cama de descanso, rodeado de figuras abominables.

<¡Nos buscan..., Ester! Vienen por nosotras >decía la negra en medio de sus delirios. Sus visiones eran interrumpidas por paisajes paradisíacos; donde la serenidad de un lago turquesa reflejaba la majestuosidad de una montaña nevada o una construcción oculta que nacía entre el verde intenso de la costa y la arena blanca de la playa. “Cuando mis sueños son bellos es señal de muerte”, le había confesado semanas atrás, al despertar de uno de esos sueños en el Paraíso.

<¡No vienen por nosotras! ¡Vienen por lo que ellos recuerdan! >le aseguraba Ester.

Retenían ambas, a pesar del tiempo, las imágenes de cientos de personas cargadas de odios y deseos de matar y de matarlas; portaban palos, sogas y cadenas de castigar en sus manos. Muchas veces amanecían con sus ojos abiertos, mirándose entre sí, tratando de no dormir para no separar sus cuerpos entrelazados de temor. En las noches de tempestad repercutían en sus estados anímicos los relámpagos; aparecían figuras sombrías de demonios con cuerpos rojos, manos desproporcionadas, uñas gigantes y cuernos filosos que brotaban en la frente. Ellas se defendían de las sombras de los cuerpos repugnantes repasando las bellas imágenes Ester había cargado con ellas en su rápida huida. No se cansaban de admirar: acuarelas y óleos de todos los hombres del pincel mágico que juegan entre la realidad y la fantasías de sus sueños; maestros que llevaron la ciencia del color y de la armonía al centro del bastidor, al capturar los colores en paisajes de otoño, donde la partida de la lluvia y el viento mueven los ocre que despiden las hojas cuando abonan la tierra; mientras los árboles de delgado tallo se agitan furiosos compitiendo para permanecer en la pintura, más frescos que sus propios años.

<¡Mira la llegada de este otoño maravilloso! ¡Mira los colores ocre que alfombran los caminos! ¡Mira esas hojas violetas y naranjas con tornasoles del atardecer! pedía Ester a la negra, conmovida con su agonía. El otoño es a veces nostalgia; pero también,

belleza >sugería Ester sollozando.

<No puedo ver, Ester; mis ojos oscurecen de grises los paisajes que tú puedes admirar >dijo la negra abriendo sus párpados en busca del color perdido

<Hasta los cantos de esos bellos pájaros que se disputan el amanecer, se han alejado de mis oídos; sólo escucho el susurro de una muerte inminente >acabó lamentándose con dificultad, invadida nuevamente por la fiebre que le producía temblores en todo su cuerpo.

<La muerte solo posterga la belleza; opaca la vida hasta que llegamos a ella >afirmaba Ester, buscando una excusa para tratar de consolarla, de minimizar su situación

< Habría que tirarle rosas amarillas y también rosas rojas que esperan que alguien las admire en sus majestuosas figuras y colores, y también que pueda quitarles el perfume que las envuelve>.

Mientras estas mujeres, impactadas con una luz de vela o con el candil de una noche lejana, dejaban que la vista fijara sus propias historias; las voces silenciosas que ellas apesadumbradas escuchaban fijaban igualmente las historias de jóvenes hechas mujeres en los caminos de la vida, caminos de magnificencia, de inmensidad divina; de extensiones que no admitían cálculos entre llanura o montaña.

Ignorando las nubes que envolvían a la naturaleza con sus caseríos atrapados en los cañadones del sumidero, Ester y la negra transitaban en sus mulares los senderos del exilio. ¿Quién diría hoy que esta muchacha campesina había sido la aristócrata y la orgullosa dama del antifaz, entregada a una vida disipada?

Gigantes de piedra biselada escondían sonidos de aves que habitaban el espacio cantando en las laderas Y allí; por el fondo del abismo, pasaba el río tempestuoso, rugiente y fresco, de aguas enfurecidas de tanto recorrido y poco descanso; aguas furiosas, contrastando con las aguas mansas del llano que permitían a los mulares, que tiraban de los carros indiferentes al tiempo, reposar sus cascos recalentados de golpear las piedras abandonadas en el camino por el andar de los peregrinos perdidos en los senderos, cargados de alforjas con alimentos para el largo trayecto hacia un destino desconocido.

<Te pondré estos paños de agua de manantial fresca para bajar tu fiebre. Te pondré estas hojas verdes y húmedas de la selva, para que absorban tus dolores que te invaden sin anunciar tregua> consolaba Ester, llevando el género embebido de agua y hojas.

<Sea, Ester. Colócalas, si crees que con eso mejorará este padecimiento> asentía la negra dejando que el líquido resbalase por su piel encendida, mientras recordaba los baños en la cascada con sus amigas, cuando jugueteaban desnudas en las orillas del agua burlándose del tiempo, esperando que los rayos del sol envolvieran sus cuerpos vírgenes.

Aparecieron selvas de frondosa vegetación; magníficas playas de una civilización que sólo permitía enterrar los pies descalzos en sus arenas doradas y blancas. Eran habitadas por pescadores que, con la admirable maestría de sus movimientos, recogían redes y atrapaban los peces que, aún cuando se habían negado a salir de las profundidades del mar transparente y a pesar de su lucha por escapar de las redes que impedían su regreso, quedaban desprotegidos frente a la fuerza de la marea. Esas redes tejidas en la luz de un candil sometían los misterios de los mares.

<Podemos llegar a esa aldea, mi negra >sugería Ester a la moribunda, mirando el camino, un sendero custodiado por árboles y piedras que ofrecía el caserío de pescadores

< Tal vez ellos tengan algunas medicinas que puedan mejorarte >afirmó, asustada por el estado de su compañera sudorosa, pálida y con ojeras marcadas como el final de su vida.

<Llevo mi enfermedad dentro de mi sangre, Ester. Estos parásitos consumen mi energía, debilitan mi cuerpo y le han quitado su color, ya es tarde Ester. Deja que las cosas sucedan.>pedía la negra en voz baja, vencida por la fiebre y la sed que se acrecentaba.

<¡Estamos tan cerca del mar!... quizás allí mejores >razonaba Ester que no admitía ser testigo impotente de una muerte segura.

A pocos cientos de metros, hombres y mujeres de pieles doradas curtidas, secas, duras como los cueros de titanes sometidos a las luchas por la supervivencia de los relatos míticos, mantenían vigentes sus rutinas, ignorando el progreso. No lejos de ellos; en medio del oleaje jocoso del mar, las aves sobrevolaban cómplices en las aguas que las atrapaban y tiraban una y otra vez sobre las playas burbujeantes de almejas que se enterraban, con la rapidez del oleaje.

Esa espuma tan blanca le sirvió al artista para cubrir la belleza de sus mujeres, luego de un trabajo agotador que premió sus canastas entregadas a la recolección de peces y después de vaciar los cántaros de fino horneado, de agua dulce y fresca para mitigar el calor ; cántaros que descansaban encimados en un canasto de mimbre trenzado. Las mujeres se mantenían sentadas esperando que el pintor dibujara en sus ojos una mirada

serena y sensual; o la textura suave, impaciente de la piel bronceada que contrastaba con sus cabellos renegridos en la noche y ensortijados al cielo. Buscaban ellas la majestuosidad de los volcanes; y cerca, las flores blancas y amarillas que caían al suelo cálido de una interminable playa.

<El mar, Ester, entrega su humedad contagiosa. El aire le dará vida a esta piel reseca...; sí, Ester, llévame aunque sea para ver caer el sol en un horizonte que ya no tengo > pidió la sierva sabiendo que ya no sería posible cumplir su deseo.

<Te llevaré > prometió Ester mirando los médanos que se poblaban de sombras en el atardecer. Y la invadió una nostalgia convertida en desazón

< Lo prometo. Estaré contigo > dijo, mientras observaba caminando por la playa, los pescadores que regresaban de sus tareas.

En las tierras sedientas, cubiertas de arenales y piedras cortadas por el filo del tiempo, caminaban mujeres con cántaros en sus cabezas modelando los contornos que rodeaban el paisaje agreste; conduciendo procesiones que sólo la fe podía guiar hacia los mismos lugares de las plegarias, iluminando pasillos solitarios.

Todos los anhelos se traducían en una sola palabra: vida; que descendía del más allá encontrando en ellos el eco, la traducción de voces que se elevaban al unísono igual que las ramas elevadas que, protegidas en carpas naturales, apuntaban al cielo; o las campanas que vigilaban la tranquilidad de los poblados, la curiosa mirada de aves posadas en los jardines, con flores en sus picos.

<¿Quiénes caminan, Ester?> preguntó la negra impedida ya de ver.

< Familias de pescadores que regresan de los poblados ¿Escuchas?, cantan >dijo Ester.

A pesar del cansancio y las miserias, cantaban ignorando sus carencias eternas. Entonces, se podía escuchar la música vibrante del tambor y el ritmo que marcaba al son del clarinete; e imaginar a bajistas cuyos acordes dejaban brotar una música melodiosa de quejidos milenarios; que golpeaban ladrillones y convertían el piso en una orquesta improvisada.

< ¿No es fantástico, Negra?> comentó Ester

Cómo podrían olvidar la solemnidad del año los humildes habitantes sentados a la espera de la venta de pescados del mar y de vegetales extraídos de la tierra, bajo la sombra de vistosos sombreros hilados y de pañuelos coloridos que cubrían sus frentes de

un implacable sol. Las oraciones dedicadas al mar crecían frescas como el mismo océano.

Ester, señalando las playas serenas, lamidas por espumas y olas interrumpidas con las redes del pescador que al recogerlas del mar, arrastraban cientos de peces que chapoteando protestaban la limitación de sus movimientos, suplicaba:

<Son aldeas de paz, nadie nos hará daño, podemos intentarlo. No lles la desgracia a quienes no la merecen. Permíteles que vivan su felicidad sin nuestras desgracias... > dijo Ester a la negra entregada ahora a su destino

<Y déjame esas flores silvestres sobre mi cuerpo para vestirme de primavera cuando sea la hora de mi partida, en ese momento cubre de pétalos también mi rostro.>

¿Qué poeta podría escribir sobre flores silvestres o sobre el mismo cosmos con los colores amarillos y naranjas surgido de aquellos lugares como una lluvia de letras, perpetuando esos rincones en la vida eterna?

.Quién sería capaz de descubrir qué es más poderoso: las cúpulas de las iglesias, o los peñascos que trepan al cielo envueltos en nubes de tormentas y llegan al infinito? Nadie. Todos quedarían sin palabras, sin movimientos; sin poder expresar más que gratitud a la veracidad de la naturaleza que se humedecía salpicando los cuerpos con aguas de sueño escondido entre arenas finas de playa.

¿Podrían caer atrapadas en ese paisaje majestuoso, imponente, impaciente, que las convertiría de pronto en pequeñas observadoras de la naturaleza? Las aldeas se escondían de los curiosos. Evitaban ser descubiertas por extraños.

Ester llevó a su negra a los arenales blancos que cerraban la entrada al mar. Fabricó un asiento, cavando en la arena, donde acomodó el cuerpo y colocó un rollo de ropas de la anciana en la nuca para asentar su cabeza. Así podría mirar cómo aquel sol abrasivo se convertía en una luna anaranjada, perfecta, que caía lentamente donde el agua del mar mojaba el horizonte. Aquel atardecer, aquella caída de sol era tan majestuosa que arrancaba suspiros a ambas mujeres, extasiadas frente a tanta belleza, en el final de un camino esperado. Ambas sabían que, cuando el filo del sol se escondiera, la noche enfriaría sus sueños. Una de ellas, habría de partir.

El alma de la negra consagrada al atardecer dejaba que las últimas luces del día alcanzaran a abrazar su cuerpo multicolor. Tendió sus brazos y sus palmas acariciaron el cielo. Abrió sus manos lentamente, mientras sus párpados cerraban sus ojos a la tenue luz

que se apagaba, para entregarse en una noche serena.

Ester cubrió el rostro calmo con pétalos rojos y amarillos, aspirando su fragancia en medio de un dolor desmedido. Arrulló el vacío. Cantó suavemente la letra de una despedida a quien había acompañado durante tantos años sus caprichos. Los pétalos cobraron forma en una gigantesca flor abierta y generosa, llevando a la negra sobre la bruma de un mar domado; para desaparecer justo en el momento en que la luna asomaba exuberante de brillo sobre aquel atardecer olvidado.

Ester estuvo toda la noche sentada en la playa solitaria; buscando en cada recuerdo la sonrisa de la negra, su generosidad inmensurable y las palabras de consuelo que solía darle en sus momentos de dolor. Dejó que su corazón se abriera por primera vez y avanzó lentamente sobre la arena húmeda buscando el agua fresca de un mar dispuesto a bautizarla. Caminó hasta que una pequeña y mansa ola barrió las lágrimas de su rostro. Permitió, entonces, que su cuerpo flotara sin destino hasta su regreso a la playa donde se quedó dormida, cubierta de una luna cálida que se apoderó de su sueño. Así la encontraron en la mañana brumosa y húmeda: quieta, fría, pero viva. La llevaron a una humilde choza donde un viejo pescador la albergó cubriéndola con estrellas de mar

IV

La Pintura

< ¡No te muevas, Soledad! > imploraba Jonás a la modelo improvisada que se mantenía de pie con su cabellera al viento, su mano izquierda asentada en la roca oscura de minerales y con el otro brazo cruzado sobre el pecho permitiendo que la mano contuviera el seno izquierdo. Esa imagen blanca de sutiles curvas, contrastaba con el

acantilado que custodiaba un mar tranquilo. Las rocas absorbían los ocres de la tarde que había sido para Jonás una perfección, por haber descubierto la belleza de Soledad.

<No pretendas convertirme en piedra Jonás, no lo soy >aseguró Soledad moviéndose, estirando sus brazos y dando algunos pasos suaves. Ella hacía de su desnudez un homenaje al pintor concentrado sólo en el arte, pero ella también descubría el hombre.

< ¡Nunca podrías ser una piedra, Soledad! Eres demasiado mujer para ser tan dura >contestó apresurado Jonás, mientras continuaba dibujando el cuerpo desnudo de Soledad recostada en la punta del risco que cortaba las olas del mar y elevaba su imagen al cielo, definiendo con claridad sus curvas suaves, llevadas por el tiempo a su perfección a pesar de sus treinta años.

<Mira Soledad; te contaré sobre algunas de las pinturas más bellas de mujeres desnudas que pasaron a la inmortalidad, para que veas que vale la pena. ¿Quién no te dice que seas tú la que en años más te vuelvas famosa? > continuó Jonás.

< ¿Cómo quién?, no me digas que como *La maja desnuda* >preguntó curiosa Soledad.

< ¿Majas Soledad?... Muchas. Yo diría que eres más llamativa que la maja de aquel clásico de Goya o tal vez su capricho. Nada te comento de sus similares como la Venus de Velázquez o la de Tiziano. Pero siempre me he preguntado si el rostro pintado con tanta perfección pertenece realmente al cuerpo de esas mujeres > reflexionaba Jonás, mientras retocaba los trazos de su dibujo.

< ¿No será que esas figuras sensuales han sido prestadas a aquellos rostros que bien podrían ser de duquesas o de mujeres que deseaban pasar a la historia? > razonó Jonás en voz alta

< ¿No cambiarás mi rostro, Jonás? >preguntó Soledad, intrigada.

< ¡No!... Serás una mujer íntegra; ya verás > apuntaba Jonás entusiasmado, había logrado llevar a esa mujer a un grado de perfección que asombraba a los dos cada vez que admiraban la tela pintada.

< ¿Sabes, Soledad, cuántas fogatas se han hecho con las obras de arte y pinturas que la Inquisición había prohibido en nombre del Señor? > preguntaba Jonás, al tiempo que pintaba y recordaba esa lamentable etapa de la historia del arte

<. ¡No! Ni te lo imaginas >afirmó furioso al pensar cuántas de ellas habrían sido

eliminadas, quemadas, tajadas o manchadas

< También, la Iglesia, en nombre de Dios, blanqueaba los rostros de las pinturas del Renacimiento para evitar que fuesen reconocidos. La Inquisición, veía amenazas en cualquier artista o poeta que osara transgredir sus reglas. ¡Pero si los desnudos reflejan la perfección de la naturaleza, Soledad! Siempre se pinta el cuerpo en su momento de mayor esplendor... ¿Te imaginas a Cézanne condenado a borrar las mujeres desnudas de sus cuadros, *Olympia moderna*, *Siesta en Nápoles*; *La tentación de San Antonio* o a borrar las mujeres de *Las grandes bañistas*? > le sugería Jonás tratando de despertar su curiosidad. Por el solo hecho de escuchar esas historias ella se mantenía estática, permitiéndole a él continuar con sus grafitos.

<Es cierto Pero ¿por qué existe el prejuicio de ser pintada desnuda? >preguntó Soledad que trataba de justificarse, aunque ella lo sabía.

<Porque la desnudez permite la libertad mujer. La belleza de la mujer es casi la perfección de la forma> manifestó Jonás que había dejado el lápiz para descansar, mientras observaba la debilidad de una luz que pincelaba el cuerpo de Soledad.

Regresaron de noche. Jonás no dudaba de haber captado el mensaje de la naturaleza. Dejó a Soledad en su casa, pero antes la besó tiernamente en los labios para llevarse la sensación reconfortante que sólo ella le brindaba. Aún así dudaba, porque creía que no estaba preparado para iniciar una nueva relación. Había dejado de frecuentar la bebida y los vicios que atormentaron su vida y comenzaba a sentir nuevamente emociones que hasta hace poco habían estado encadenadas a su pasado: Malena aún habitaba su corazón y cuando una mujer acompaña los latidos, es difícil separar un duelo.

Soledad entró con su cuadro en la mano, confusa pero feliz de percibir que Jonás había iniciado una primera comunicación con ella. Se sentía atraída por él; lo supo el mismo momento que ingresó inconsciente en el hospital. Buscó un vino blanco y fresco, tapó el cuadro con un lienzo y se recostó dejando que la noche atrapara sus sueños.

Jonás llegó a su pabellón contento. La imagen de esa mujer le devolvía vida; estaba vivo. Espontáneamente amanecía una nueva pasión, y supo entonces que sería capaz de jugar con los colores, sin necesidad de recurrir a licores o a las pesadillas que paralizaban sus actos. Viajó entre los desnudos de Rubens a cuyas tres rellenas y hermosas mujeres homenajeaban las flores. Paseó entre las esculturas de Clará, descubriendo *La Diosa*; *Serenidad* y *Juventud*. Se quedó contemplando la *Olympia* de Manet, estirada

orgullosamente en su desnudez. Y luego, pasó cerca de la cama de Apolinario que continuaba su balbuceos con frases en un idioma que nadie comprendía. Tomó sus lápices y sin hacer ruido se acercó al misterioso hombre para dibujar sus pensamientos.

“Soy la esponja de los sueños”, solía alardear Jonás ante sus amigos. “El artista puede ‘ver’ lo que piensas. Nadie más” afirmaba a quienes le cuestionaban estas virtudes.

<El artista es como un fotógrafo invisible > repetí solo él puede captar el momento de magia; la luz y el movimiento que vendrá, casi puedo pintar tus fantasías sin que me las cuentes>, le decía en las mañanas a Soledad. Logró captar figuras retorcidas, envueltas en llamas; tortuosas imágenes siniestras que se mezclaban con los cuerpos humanos olvidados en unos callejones oscuros. Hasta pudo percibir el olor nauseabundo de un cuerpo en descomposición, mientras una figura similar a de Apolinario estaba en el vértice mismo de una gran pirámide, dando órdenes a sus tropas para que castigaran a una amorfa y desdibujada turba de manifestantes, que llevaban en sus manos sogas con su lazo listo para usar, aunque sin su víctima.

<Te estoy conociendo, Apolinario; hoy pude adivinar tus sueños! No dudo que has vivido envuelto en el espanto y la tragedia nada me dices, pero te aseguro que sabré por qué ese pueblo quería tu sangre> susurraba Jonás en la oreja de Apolinario que seguía ausente, hablando con la nada e ignorando las palabras de Jonás.

Cansado pero feliz, Jonás se estiró desprolijamente en su cama, iniciando el descanso merecido. Esa noche tuvo sueños de colores, de luz, cargados de bellas formas envueltas en una paz deseada: la figura de una negra que llevaba una bandeja de plata, vestida con una bata blanca que dejaba sus hombros descubiertos, se acercaba a un hombre de frac que miraba cómo se abría una ventana sin marcos para dejar que la naturaleza entrara con intensidad, invadiendo una habitación tapizada de terciopelo. Soñó por primera vez con Soledad; ella estaba esperando la decisión de Jonás.

Apolinario, ausente de sí mismo, seguía gesticulando y hablando sin parar, peleándose con sus propios fantasmas, su cuerpo sufría de movimientos incordinados sumados a temblores suaves y aislados, con fuertes convulsiones que le daban una imagen repugnante cuando vomitaba en su pecho un gel verdoso, pegajoso y espumoso.

V

Estrellas de mar

Ester había dormido casi cuarenta y ocho horas seguidas. El dolor y el agotamiento presentes luego de la muerte de su sierva habían minado su natural energía. Cuando la pareja de pescadores la encontró tirada en la playa, llevaba varias horas inconscientes. Arrastraron su cuerpo, lo lavaron, lo aceitaron. Y por último, cubrieron cada centímetro de su piel, salvo la del rostro, con estrellas de mar, para que éstas, que traían de las profundidades del océano el misterio de la recuperación, produjeran el milagro esperado: resucitar aquel cuerpo sin vida. Como las cinco puntas de las estrellas se encendían, el cuerpo de Ester parecía envuelto en un manto incandescente. Después, Ester fue regresando a la vida. Los pescadores alimentaban a la mujer inconsciente con un mucílago hecho a base de aceites de tiburones, en donde se habían macerado raíces de la selva, mezcladas con mandioca: un brebaje sagrado. El médico hechicero, a quién habían convocado rodeó la mujer con semillas de calabaza y muérdago, mientras él se untaba su cuerpo sangre fresca de vizcacha y comenzaba la danza invocante con palabras sombrías y disonantes en un idioma extraño, producto de la ingesta del Peyolt. Los amuletos que cargaba en su cuerpo eran de huesos de animales, todos fosforescentes que ayudaban a espantar los espíritus malignos que aseguraba el Machi, le había detectado a esa mujer. La ceremonia terminó cuando el médico quedó agotado, delirando a los pies de Ester mordiendo sus dedos. Los pescadores observaban en silencio.

<Si se alimenta, vivirá >afirmaba la mujer del pescador, envidiando la belleza de la desconocida. Se preguntaba si no sería una mujer nacida en el mar y traída a la playa por los dioses para mejorar su vida miserable. Eran dos, razonaba; una blanca y una negra; sin embargo la negra ya no estaba, a pesar de que ellos la habían visto antes. Los pescadores detectaron la presencia de Ester y de su compañera hacía varios meses, cuando ellas incursionaban esporádicamente las playas y se refugiaban luego en la vegetación de la selva, siempre alejadas de las aldeas, de la gente y siempre solas. Eran extrañas para todos. "Son las locas del cielo", decían los ancianos recordando leyendas

que anunciaban aparición de dos mujeres de distinto color, nacidas en la profundidad del mar y criadas en la selva. ellas traerían dicha y fortuna al lugar; pero estaba establecido que sólo una de ellas sobreviviría al recuperar sus fuerzas.

La mujer del pescador retiró las estrellas de mar blancas antes, grises ahora por haber absorbido la inconsciencia, cuando Ester abrió sus ojos y articuló sus primeras palabras.

< ¿Dónde estoy? > preguntó Ester mientras miraba a su alrededor en el interior de la cabaña, desconociendo ropa colgada, y las estrellas de mar a su lado, las redes de pescador estaban suspendidas de un extremo otro a lo largo de la habitación y a esa mujer extraña que, casi pegada a ella, la observaba.

< ¿Quién eres? > preguntó a la anciana que permanecía inmóvil a su lado.

La mujer del pescador no respondió, pero atinó a traerle un caldo de tiburón con verduras y un pedazo de pan recién amasado. Con una cuchara de bronce, le acercaba el alimento que Ester recibía gustosa. Al fin, no preguntó más; se limitó a seguir las indicaciones de la mujer silenciosa. La anciana no la miraba a los ojos; sólo de vez en cuando la observaba de lejos.

<¿Qué edad tendría?>, pensaba Ester al ver el rostro de la mujer cubierto de profundos surcos sobre una piel gruesa, curtida por el sol y las inclemencias del tiempo. Calculó que podría llegar a los cien años... aunque su pelo gris y su boca desdentada le añadían años al tiempo vivido. Sus manos pequeñas, manchadas y delgadas la cubrían de una fragilidad especial.

El pescador llegaba al atardecer con sus bolsas de pescados frescos. Junto con su mujer lo despinaban y preparaban para llevar al mercado sin cruzar una sola palabra, como si el silencio fuese el nexo de la convivencia. Era la rutina diaria que compartían en silencio apenas interrumpido para comentar las características de los pescados que les llamaban la atención, como aquel calamar gigante de Humboldt, de poco más de veinte kilos, que casi rompe la frágil red del hombre de mar. Filetearon una parte para su propio consumo, el resto iba a la venta. Estaban satisfechos de su tarea.

Ester no tardó en adaptarse a la vida de la pareja de pescadores. Pocos días después se integró a las tareas domésticas ayudando a la mujer anciana que resultó ser una buena persona. Lavaba la ropa, barría la choza y ayudaba a tejer nuevas redes hechas con fibras vegetales cuidadosamente seleccionadas en la selva. En las mañanas, acudía a la playa y

se bañaba gustosa, sumergida en las olas que acariciaban su cuerpo libre. El alimento y el sol hicieron de Ester una mujer sana. Había recuperado su belleza y también su dignidad. La piel bronceada protegía su cuerpo de los rayos del sol. Ester no podía quejarse. Estaba viva, sana y cuidada por esos dos ancianos a los que había comenzado a tenerles un afecto especial. Pero, su vida transcurría en una rutina que comenzó a inquietarla; pues tenía una promesa que cumplir. No podía quedar encerrada en ese lugar. Fue cuando planeó su futuro ; un domingo, en sobremesa, aprovechó el descanso para anunciar su partida. El anuncio no fue fácil, comenzó tratando que sus palabras no se consideraran un gesto de ingratitud; pero aseguró que debía continuar su camino.

Continuó explicándoles que su vida tenía que seguir el rumbo que a su entender ya había sido trazado. Ester abrió su corazón a esos dos ancianos que sólo escuchaban. Comentó, a modo de confidencia los últimos días de la negra, y la promesa que tenía inexorablemente que cumplir. Ellos la miraban con una complacencia infinita. Habían llegado a encariñarse con esta joven desbordante de vida, de canto y de fantasías que les contaba en noches de sobremesa. Sabía Ester que era una familia solitaria y que en algún momento de su vida, habrían deseado tener una hija.

El Silencio fué la única repuesta a lo que Ester había desarrollado durante casi una hora de relato. Pero no se sorprendió. El silencio era un hábito familiar.

Ester partió efectivamente a los diez días. Llevaba un bolso con comida que la mujer del pescador había colocado ordenadamente. También llevaba ropa confeccionada con vestidos antiguos que había logrado modificar. Se despidió con un abrazo y se fué caminando compungida con el bolso buscando el camino asfaltado, distante a diez kilómetros de la vivienda. Estaba turbada, le parecía haber detectado un brillo en los ojos de sus circunstanciales protectores, la anciana simulando que se quitaba una arenilla del ojo ocultaba en realidad lágrimas secadas con un pañuelo que siempre llevaba en su mano derecha. Esa vida no admitía lágrimas, tampoco dolor. Ester se conmovió.

Los rayos del sol acompañaban el inicio de una mañana fresca, más tarde el calor sería insoportable. Ester calculaba dos horas de caminata rápida hasta la ruta, donde algún vehículo se apiadaría de su soledad. Iba en silencio recordando sus historias y también su caída. Traía a su memoria la inmensa casa paterna, el jardín exageradamente perfecto, los jazmines que inundaban de aroma las ventanas, los geranios y las lilas que terminaban de pincelar el paisaje. Se angustió al recordar su compañera negra que había

dejado en el camino. Fue entonces cuando se sintió segura de emprender nuevamente una vida distinta. Se convenció de que su vida en el burdel y la clientela cada vez más generosa por sus favores, habían terminado para siempre. Es más ; había enterrado junto al cuerpo debilitado de la sierva, el antifaz de género negro que usaba en aquellas noches de misteriosos encuentros rentados. Sólo había quedado en el bolso el antifaz de piel de serpiente, aceptado como prueba de una unión matrimonial consentida.

El camino estaba cercado con alambrados que dividían los campos cultivados con trigo y con alfalfa. El verde contrastaba con la rutina gris de los médanos que rodeaban viviendas de pescadores. Sin embargo, cada paisaje tenía una magia; una música distintiva. Sabía que extrañaría ese lugar y esos mudos acompañantes de su recuperación.

El camino solitario, sumado al calor, se presentaba como su verdugo. El agua de la cantimplora improvisada obligaba a racionar la incertidumbre del tiempo. ¿Cuántas horas estaría en la ruta ? No lo sabía. Llevaba más de seis horas de espera. Su cantimplora se había secado. El sol quemaba la piel, las chicharras protestaban sequía y el calor insoportable la invadía. Ester confundía la cinta asfáltica con la superficie serena de una laguna en calma. En el horizonte las imágenes se desdoblaban en una danza repetida. Se quedó dormida a la vera del camino, agotada en sus fuerzas y con sus labios secos y partidos. El sol golpeaba su rostro y los sueños mezclaban el pasado habitando el burdel donde su cuerpo ofrecía los placeres. Las máscaras que cubrían su identidad, las imágenes de las brujas muertas por orden de un cruel dictador, la sacerdotisa pintada de escarlata rugiendo con voz sepulcral la venganza, el temor por su vida, las hordas sin control con las sogas buscando cuellos desnudos y la imagen de un hombre con capelina negra que se perdía entre las sombras. Despertó sobresaltada, sudando y temerosa. Vió aparecer de la nada, un pájaro oscuro con alas majestuosas y dos patas con garras afiladas que se escondían en el plumaje durante el vuelo. Dibujaba figuras en el cielo azul, trazando círculos caprichosos.

Ester no pudo contenerse, comenzó a correr hacia el ave que ahora descansaba en un poste seco que alguna vez habría conducido cables del telégrafo. La emoción de ver nuevamente el ave se sumaba a la agitación por correr hacia el lugar donde la estaba esperando. Ella sabía que era la señal esperada. Presumía era el nexo entre pasado y el futuro. Ese animal alado destellaba una luz anaranjada desde sus ojos inquietos dirigidos hacia Ester.

< ¡Atos! >exclamó emocionada, a pocos metros de él, apoyada en una roca

<. Atos...,¿eres tú? >preguntó mientras se acercaba al ave que no se inmutaba y persistía en su mirada fija con destellos de colores

<. ¡Atos!, ¡mi Atos! >balbuceaba Ester angustiada, llorando frente al enorme pájaro negro; similar al cuervo transformado cuando Artemisa mata a Coronis por culpa de esa ave que fué la mensajera de su desgracia.

El ave negra, orgullosamente majestuosa, se dejó acariciar. Segundos después voló.

VI

Rostros y cuerpos

Soledad estaba segura que en la vida, no hay casualidades y que el encuentro con Jonás tenía algo más que un futuro. Su amistad la reconfortaba. Le dio la razón a Jonás cuando discutieron sobre los desnudos y se convenció de que su turbación, pertenecía a una etapa superada. Si bien en los primeros días había sentido vergüenza, ahora la costumbre de desnudarse adelante de Jonás le resultaba placentera y la pintura que guardaba en su casa reflejaba fielmente su belleza.

En la biblioteca, hojeando libros de arte, había comprobado que la teoría de Jonás era relativamente cierta. Los rostros de las mujeres pintados en el Renacimiento parecían no pertenecer a esos esbeltos y sensuales cuerpos. Miraba las reproducciones de Velázquez y se imaginaba que esas señoras de la aristocracia bien podrían haber sugerido al pintor la inmediata incorporación de su rostro a los cuerpos de jóvenes mujeres.

Imaginar a doña María de Austria, a Juana Pacheco o a doña Antonia de Ipeñarrieta en esas poses le causó risa; estaba segura de que ninguna de ellas había posado.

<Esas damas no se prestarían a ser pintadas desnudas > le comentó a Jonás más tarde, cuando retomaron el tema del desnudo artístico.

En realidad, se enteró de que todas ellas se habían apropiado de los cuerpos de las

queridas de sus esposos. Era una forma de vengar su humillación, incorporar la belleza de las favoritas a sus rostros.

< Explícame mejor, Jonás > requirió Soledad, atenta a los ejemplos.

Que los esposos tenían amantes no era desconocido por las señoras de buen pasar que se hacían las distraídas. Sin embargo, algunas que mantenían su vanidad intacta encontraron la forma de perpetuarse ante sus maridos al hacer de esas pinturas dos recuerdos: el rostro de ella, atento, elegante, cuidado; y el cuerpo voluptuoso de la amante, deseado y codiciado. De esta manera lograban dos objetivos: robar el cuerpo del deseo y colocarle sus rostros delicadamente trabajados. Lo mismo acontecía con las esculturas, que también cotizaban el orgullo. Las damas más osadas immortalizaron de esta manera, una combinación perfecta: En cambio otras, las más pudorosas pero renuentes a acoplarse a sus enemigas, prefirieron esconder el rostro, dejando que el pintor o el escultor pintara o cincelase sus cuerpos, de los cuales ellas se sentían orgullosas. Así nacieron las pinturas de Ingres como *La bañista de Valpinzon* y *La pequeña bañista*; o *La mujer del desconsuelo* de Limona, y te diría que *Venus implorando a Adonis* de Tiziano está en la misma tónica.

< Y si quieres más perfección para ocultarse, el ejemplo de Degas en *Entrando al baño*, lograba representar un desnudo de espaldas, que gracias a esa postura alcanza sensualidad perfecta sin mostrar el rostro >.

Con esas explicaciones, Soledad se quedó pensando que ella no le prestaría el cuerpo a una doncella:

< Mi cuerpo y mi rostro son indivisibles >. Miró a Jonás convencida de haber comprendido lo que el arte a veces no explica y se retiró..

Soledad aparecía muy temprano en la sala de internación. Besaba la frente de sus pacientes, mientras repartía medicamentos y un café con bollitos, como desayuno. Cuando llegó el turno de Apolinario, se esmeró para darle en la boca su alimento. De otra forma, él no aceptaba el desayuno. Gracias a esto y a la paciencia de Soledad, en pocos meses había recuperado su estado general y también había subido de peso. Sus muslos habían cicatrizado, pero la deformación de sus piernas era notoria.

< To Gua Nardo > le decía a Soledad cuando la veía. Tal vez pretendía dar a entender que la conocía y que la saludaba agradecido.

< ¡No sé qué dices, Apolinario!, pero sé que tienes hambre > aseguraba ella

mientras lo alimentaba.

< Stro Suncaye Surabro > insistía Apolinario, mirándola con ternura y acercando su mano a la de ella, con la excusa de ayudarla con la cuchara. Sin duda Apolinario no estaba completamente ajeno a lo que acontecía a su lado.

< Suncaye , Suncayé > susurraba complacido, estremecido con la piel de Soledad.

< ¡Hoy toca baño y afeitada, Apolinario! > anunciaba Soledad molesta. porque el esfuerzo para levantarlo e introducirlo en la bañera corría por cuenta de ella. Nadie ayudaba a la joven a pesar de sus quejas. Las escaras del hombre la obligaban a colocarse guantes de látex ya que de esos cráteres de tejidos segregaban aún un pus verdoso.

< Stro To Gua > contestaba Apolinario contento con la noticia; ser bañado por esa mujer era para él más que una ceremonia. Se sentó lentamente cuando le tocó su turno. Soledad le sirvió el mismo desayuno que al resto, pero agregó una gelatina con un pocillo de frutas.

< Es para que te recuperes más rápido > justificó incómoda e inquieta por la forma que la miraba. Algo de ese hombre le producía rechazo, sin embargo lo asistía solícita.

< ¿Vamos a dibujar? > sugirió Jonás a Soledad, entusiasmado por estar nuevamente con ella.

< Cuando termine de repartir desayunos, Jonás. ¡Y no seas meloso!> sonrió Soledad apurando su trabajo. Ella también quería hacerlo.

Jonás sonrió. No le costaba interpretar los sentimientos de Soledad. Es más; se divertía con ella cuando le decía algo subido de tono. Ella respondía poniéndose colorada y nerviosa.

Habían comenzado el dibujo. Ella posaba imperturbable. Estaba resplandeciente.

< Soledad, ¿estás enamorada de mí? > le preguntó alegre Jonás, seguro de haberle sugerido directamente lo que más podría comprometerla.

< ¡Jonás, de ti... jamás podría enamorarme! > respondió sonriente e inquieta, y agregó

<: No sientes amor Jonás, tu corazón es una piedra. ¿Crees que podrás seguir negando la vida? > lo desafió ansiosa, esperando una repuesta más clara y obligándolo a que fuera él quién diera el primer paso.

< No lo sé > dijo Jonás intrigado, acusando recibo de esa indirecta.

< Pienso que tal vez en algún momento pueda abrirlo para vos >contestó

alegremente festejando su ocurrencia ya que no deseaba comprometerse más allá de la palabra.

< Pero no importa; con o sin corazón te seguiré pintando > agregó y lanzó una carcajada por su ocurrencia, aunque estaba indudablemente nervioso. Le intrigaban las actitudes de las mujeres. Pretendían que en forma permanente se les recitasen palabras de amor, como si eso fuese un contrato con mecanismos automáticos de renovación.

<¿No sientes nada, Jonás, cuando me pintas? >preguntó Soledad, tratando de desentrañar las intimidades del pintor.

< Sí, siento el profundo placer por el arte > dijo Jonás serio, aunque dudando de poder mantenerse incólume ante la insistencia sobre un tema que prefería no discutir.

< Pero... ¿mi desnudez; no te atrae? > preguntó Soledad ofreciendo su mejor perfil y acariciando suavemente su cintura y sus muslos.

< Tanto como el arte > respondió Jonás confundido y turbado ante su belleza

<. Eres mi modelo. Los sentimientos no pueden cruzar ese umbral> agregó tratando de evadir la pregunta de Soledad. Sin duda, su corazón había comenzado nuevamente a inquietarlo y su temor crecía. Eran las secuelas de una soledad prolongada y también, de una confusión extraña. Deseaba colocar un límite y, a su vez, transgredirlo. Por el momento evitaba hacer confesiones que pudiesen comprometerlo.

< Tengo que irme, Soledad > anunció Jonás colocando sus pinceles en agua. El pincel rojo dibujó círculos en el agua, anillos que se desparramaban formando figuras; una de ellas sugería la imagen Ätropos una de las hijas de la noche. ¿Sería ella quién habría de señalarle a Jonás el bien o el mal? Movi6 el vaso de agua para hacer desaparecer esa imagen.

< Está bien > contestó ella cubriéndose con una bata blanca. Abandonó el lugar al comprender el mensaje velado de Jonás. Ambos ordenaron sus pertenencias. Soledad pidió que dejara la pintura en la habitación porque estaban los óleos frescos, luego lo acompañó hasta su pabellón en silencio.

<¿Sabes que en poco tiempo más te irás, Jonás?>preguntó ella compungida dándole a entender que no habría muchas oportunidades para definir esa relación.

< Sí, lo sé. Pero estaré cerca del hospital. He decidido rentar una habitación en el hospedaje de la playa. Si logro vender dos pinturas al mes, cubriré los gastos >anunciaba orgulloso Jonás tomando la mano de Soledad y percibiendo la calidez de sus delgados

dedos.

Ella respondió la invitación silenciosa. Nuevamente la invadió esa sensación de ternura que la reconfortaba. Apretó su mano contra la palma de Jonás consintiendo su lenguaje.

< ¡También vendré por Apolinario para pasearlo! >exclamó Jonás para asegurarse de que habría tiempo para todo.

Esa mañana, cuando se había acercado a la cabecera de la cama de Apolinario, captó vibraciones estremecedoras que se sumaban a voces semejantes a cantos gregorianos. Percibió también que Apolinario sangraba los pulpejos de sus dedos, como si hubiese estado arañando paredes de cemento.

<Hay algo en ese hombre que despierta compasión y rechazo; nadie lo ha visitado, nadie lo conoce. Sin embargo todos lo ignoran > reflexionó Jonás en voz alta

<. ¿No te parece extraño? >preguntó a su compañera.<Es cierto; pero pasa muchas veces...>contestó Soledad acercando su cuerpo a Jonás y rozando el brazo derecho del pintor con sus pezones, consciente de su provocación.

Jonás se detuvo tomándola de sus hombros, acercó sus labios y la besó. Ella correspondió sin decir una sola palabra; pero ahora sí estaba segura de que Jonás finalmente había comenzado a transitar el camino del amor; ese camino de luz que aparece sin intención. Nace. Jonás estaba vivo.

VII

Las Palabras

La vida de Apolinario transcurría entre el monólogo de su extraño lenguaje y la atención de sus compañeros de infortunio. La enfermedad y el dolor eran los lazos que unían a los habitantes de esa enorme sala.

< *¿Sabes Apolinario que esa gente que te rodea se encuentra enferma? ¿Sabes acaso qué es el dolor? Tú no piensas, Apolinario. Hemos quitado tus umbrales de sabiduría y si hoy estás en este lugar es porque descuidamos tu castigo. Los gusanos, redondeando sus formas hasta satisfacer su gula, habrían hecho de ti un animal casi seco. Tal vez escapes de nuestros dominios, pero estaremos siempre cerca de ti, para recordarte que has sido maldecido por tu fracaso, por tu traición* > coreaban las voces.

Las enfermeras se habían encariñado con Apolinario sin importarle qué historia tenía. Ese hombre balbuceante, evadido de la realidad y sumergido en su propio desvelo reflejaba un alma torturada e inspiraba una piedad cercana a la clemencia por un ser oscurecido. Sentado en su cama con su bata humedecida de saliva y manchada con restos de alimentos, expulsados por el desequilibrio de sus labios, tenía una imagen de miserable abandono. El corte de su cabello y su mentón rasurado dejaban ver un rostro desnudo, marcado con líneas caprichosas que habían decidido quedarse para siempre, transformando sus angulosos pómulos en peñascos inmóviles que se destacaban sobre una piel pálida y porosa.

“Suncay”, susurraba cubriendo sus piernas deformes con la sábana blanca, cuyas puntas masticaba hasta deshilarlas, e insistía: “Suncayé”. Y apoyaba su cabeza en la almohada que lo recibía sin protesta. Había momentos en que frotaba los ojos, porque las imágenes fantasmales invadían su visión. Están a su lado, las siente cercanas; podría hasta identificar sus alientos fétidos. “To Gua Nardo Stro Suncaye Surabro”, repetía mirando sus manos como si buscara una repuesta en esa piel ajada, esperando que alguien a su lado escuchara su mensaje.

Soledad descostró suavemente las cáscaras pegoteadas en sus heridas convalecientes; pasó el jabón y el cepillo delicadamente, mientras Apolinario jugaba con un corcho flotante al que le decía alguna cosa que ella no pudo descifrar. Algo le decía y por más que ella intentó enseñarle algunas palabras básicas, como ‘agua’, ‘comida’, ‘pis’, ‘caca’, por respuesta obtenía el *Suncay* o el *Suncayé*, acompañados de la mirada perdida e indiferente de Apolinario.

En la ventana justo al frente de su cama, estaba posada un ave negra sobre el borde del ladrillo pegado al postigón de madera astillada; dos días seguidos se había hecho presente al atardecer. Esperaba una o dos horas colocando sus ojos vítreos cerca del cristal y luego remontaba vuelo hacia el Norte. Apolinario no lo percibía, porque siempre

estaba atento al juego de sus manos, tratando de interpretar el mensaje que las líneas de sus palmas le anticipaban.

¿Te acuerdas de Atos, Apolinario? Tu fiel Atos, quien llevaba tus ojos al infinito, al vacío de los cielos, a los horizontes intangibles; quien pudo llevarte las visiones del mundo que flotan en las alturas, esquivando los latones inteligentes, llamados satélites del espacio, que navegan y vigilan los movimientos de la tierra y sus guerras; Atos el que comía las sobras de alimento abandonadas por los señores de la riqueza, mientras tú estabas naufragando y desvariando; al que enviabas a matar tus venganzas de furia. Ahora es él quién te busca —corean las voces.

< “To Gua Nardo” >, repetía una y otra vez cuando sus visiones le daban una señal.

La mañana había llevado los rayos del sol naciente a los pies de su cama. La primavera asomaba a su ventana; Apolinario se levantó sin ayuda. Moviéndose lentamente, pisando el mosaico fresco y caminando hacia la luz, atravesó los metros que lo separaban de la ventana que lo había acompañado desde su ingreso. Apoyó su rostro contra el vidrio, de modo que su nariz se ladeó permitiendo que los ojos alcanzaran a ver el jardín colmado de flores multicolores. Entonces, escupió el cristal; si algo le molestaba era rodearse de belleza. Inmediatamente, apoyando sus manos en las bisagras de la ventana, suspiró y habló por primera vez en varios meses:

< Vvv... iddd... a Suncayé Surabro >, fueron sus primeras palabras.

Sus ojos se humedecieron. Una lágrima escapó buscando las grietas perpetuas de su rostro; desde allí se esparcieron hasta quedar colgadas, indecisas de saltar, en el borde de su mandíbula descarnada.

< To Gua Nardo > repetía incesantemente nervioso y asustado hasta que comenzó a articular “Vvv...ida” despertando la curiosidad de sus compañeros que estaban rodeándolo atónitos.

< ¡Soledad! > llamó uno de ellos.

< ¡Apolinario habló! > gritaban regocijados uniéndose al festejo general.

Jonás corrió hacia la ventana conmovido. Llevaba en sus manos el grafito de dibujo y la cartulina borroneada en la punta. Inspirado, dibujó el rostro de Apolinario y adivinó nuevamente sus pensamientos, aparecían colores en su vida de sombras, pero las flores que habían coloreado su alma perdida, estaban marchitas.

< ¡Lo tengo! > decía Jonás, mientras dibujaba una cara sombría, de cejas oscuras,

que se confundía con rostros difusos surgidos espontáneamente de la pared húmeda < ¡Ha vuelto! > insistía feliz entregando una filosa daga a la mano del dibujo

< Suncay... vvv... iddd... a... > machacaba Apolinario estremecido sobre el cristal empañado.

Los compañeros conmovidos con el regreso dejaron que gozara de su visión. Nadie se animaba a sacarlo del lugar; hasta que Soledad le tomó las manos suavemente y las desprendió de las bisagras que lo sujetaban, mientras le hablaba:

< ¡Vida!... ¡Sí, Apolinario, vida! > y lo iba llevando lentamente a su cama venciendo su resistencia ante el temor de perder esa nueva visión. Pronto Apolinario se durmió.

Al atardecer, a la misma hora, el pájaro negro visitó la ventana. Apoyó sus ojos vítreos en el cristal y supo que Apolinario había llorado. Esta vez no se quedó. Voló al Oeste. Entre tanto, Apolinario dormía por primera vez apaciblemente, sin sobresaltos.

<¿Crees que por recuperar palabras volverás a tu vida anterior, Apolinario? ¿Lo piensas? Duerme... Sí, duerme en ese recinto, esclavo de tu locura, para que mañana las vocales encuentren casilleros coherentes. Cruzando tus manos sobre tu propio rostro y tapándote los ojos para evitar ver el futuro, cierra los ojos y escucha nuestras voces>.

VIII

El Ave

Atos; el ave negra, volaba fortalecido por los reencuentros, entre la bruma del amanecer y una humedad creciente, mezclada con aromas emanados de la vegetación espesa. Flotaba acariciado por la brisa sobre el mar imponente, exuberante, majestuoso, con oleajes mansos abiertos por las aletas negras de algunos tiburones en búsqueda de su presa. Al Oeste, la tormenta tropical había convocado en la noche a un concierto de pájaros felices de su bautismo en la naturaleza plena. Atos se dirigía hacia el pequeño poblado distante a sólo doce kilómetros de la ciudad, donde Apolinario permanecía

enredado en su propio lenguaje y ausente de la vida.

Jonás se había mudado a una habitación amplia de techo de madera con vigas despulidas. La ventana de grandes marcos rústicos dejaba entrar una brisa fresca. El paisaje que se contemplaba desde ese tercer piso atrapaba el mar custodiado por la selva de una península solitaria, sembrada de gaviotas blancas que volaban a escasa altura y a pocos metros de las playas.

Ester, como de costumbre, estaba lista para encarar un nuevo día. Trabajaba en una casona colonial de tejas rojas despulidas por el tiempo. Era su ama de llaves y a su vez la institutriz de dos niños. No podía quejarse: casa y comida y un sueldo nada despreciable. Ella asumía su trabajo con vocación. El viejo mobiliario contrastaba con los equipos electrodomésticos de última generación, pero todos los muebles mantenían intacta su dignidad pasada. Ester tenía la costumbre de desayunar en el patio lateral, rodeada de magnolias, jazmines y enredaderas que trepaban los muros desnudos. En esos amaneceres, escuchaba los pájaros de la selva en sus diálogos interminables de sonidos perfectos, únicos, transparentes, y respiraba profundamente antes de sentarse a tomar café caliente y untar las tostadas con mantequilla de miel. Contagiaba su energía y su felicidad.

Una de esas mañanas, lo vio cruzar su espacio íntimo. Era Atos que había pasado reconociendo la zona, buscando volver a encontrar el espacio que ya había relevado muchos meses antes. Quería estar seguro de la soledad de Ester y que nadie fuese testigo de su visita. Atos regresó. Volaba en círculos a una distancia prudente, observando la mirada de Ester que lo perseguía con sus enormes ojos en silencio, hasta que decidió posarse en el viejo tronco del árbol colocado en el centro del cantero que poblaban flores destellantes de colores. Las ramas del guayabo daban sombra a los racimos de bocas de dragón, ocultas por los pétalos colorados, azules y morados de las aguileñas. Los crespones de las dalias resaltaban sobre el resto. Atos miraba a Ester atentamente estudiando cada gesto y escuchando cada palabra que pronunciaba, mientras se acercaba.

< ¡Atos!..., ¡mi Atos! >exclamaba Ester corriendo, tratando de alcanzarlo en su vuelo rasante

< ¿Qué haces aquí? > preguntó inquieta y desconcertada. Sabía que era una señal importante y que su visita formaba parte de la continuación de una historia.

El ave había descendido y esperaba posado en la piedra biselada. No se movió y

dejó que la mano de Ester acariciara su cabeza delicadamente. Luego, cuando Ester lo tomó en sus manos, abrió las alas, pero enseguida las regresó a su lugar sin oponer resistencia.

< ¡Cuánto tiempo, Atos! > susurró Ester y le preguntó mirándolo a los ojos

< ¿Me traes algún mensaje?>

Los ojos redondos de Atos miraron a Ester profundamente. Ella comprendió. Lo colocó nuevamente encima de la piedra y preguntó:

< ¿Para dónde, Atos? ¿Cuál es el camino que quieres que haga?>

Atos desplegó sus alas y se fue hacia el Norte lentamente, marcándole a Ester su rumbo. Ella comprendió que volvería en unos días. Estaría lista.

Jonás salió, como de costumbre, temprano con sus pinceles y sus telas preparadas para pintar; había encontrado en los pericos y tucanes la combinación perfecta de colores. Hallaba extraña la distribución caprichosa de las líneas en los picos. Copiándolos, recuperaba la seguridad en sus trazos. Era su ejercicio diario, pintar.

Tal como lo había pensado, con dos cuadros vendidos al mes, se daba por satisfecho. Comía, pagaba su alojamiento y compraba el material necesario. Jonás había encontrado en ese lugar una paz casi perfecta. Soledad era parte de este nuevo estado de felicidad. Estaba aprendiendo a quererla, pero por ello no dejaba de pensar muchas veces en Malena. No tomaba, sus insomnios estaban cada vez más espaciados y la serenidad le había permitido iniciar una serie de pinturas de pájaros que cotizaba en el mercado.

< Si antes volaba mi imaginación, ¿por qué no dejar que las pinturas vuelen? > le decía a Soledad, cada vez que terminaba un cuadro

<. Escucha, Soledad —explicaba un Jonás reflexivo— el artista percibe signos que otros no pueden ver; no pueden escuchar ni tocar. Es un momento; una única situación especial que se da, tal vez, sin haber una lógica. Es en ese instante que se manifiesta el arte y podemos capturarlo. Esa es nuestra misión. Después; vienen quienes se apropian de tus sueños; compran tu obra; te llevan a las paredes de sus casas, oficinas, empresas. Entonces, tu mensaje trasciende; cientos de hombres y de mujeres verán tus pinturas. Muchos de ellos recibirán la explicación de lo que el artista deseaba expresar en el instante de la creación. Hasta ese momento eres el dueño; después, serán otros los que lleven tu idea. Eso sí, nosotros seremos siempre los artistas > concluía Jonás entusiasmado.

< Sin embargo, parece que sufres una afrenta, cuando alguien compra tus pinturas
> comentó Soledad dudando.

< ¡No, al contrario! Son los mensajeros, sin ellos nadie podría ver mis pinturas>.

Ese día Jonás vio un enorme pájaro negro volar a media altura. Daba vueltas sobre la piedra en la que él estaba sentado, limpiando sus pinceles en agua. Le llamó la atención su color y las figuras que trazaba en el aire. Sabía algo de pájaros, había estudiado los pelícanos, las águilas y los avetoros. Estaba convencido de que las alas eran el plano de sustentación y la cola llamada timonera daba el curso exacto del vuelo. Aunque en general, este pájaro cumplía con las características de la especie, su plumaje no era tan brillante para ser macho ni tan ostentoso; tampoco coincidía con los vuelos de las aves que escapan al invierno buscando climas cálidos y alimentos de estación. Menos aún era una golondrina y su color lo ubicaba en las antípodas del Espíritu Santo. Jonás tomó el grafito e inmediatamente dibujó aquel pájaro con sus movimientos. El ave quedó impresa en la imagen plasmada en la cartulina. El parecido era increíble. La miró una y otra vez, hasta que se dio cuenta de que las líneas caprichosas, capturadas a los movimientos del animal, tenían una lógica; marcó varios puntos siguiendo un esquema imaginario y los unió. Quedó paralizado: allí había quedado inscrito un mensaje.

IX

El Regreso

Apolinario estaba en la terraza del hospital, sentado en su sillón de mimbre. El camisolín verde contrastaba con su palidez y, a pesar de haberse repuesto, sus tejidos no alcanzaban a sustentar el esqueleto. Con la cara angulosa, los hombros reducidos, sus brazos delgados y consumidos, sus manos entrelazadas sosteniendo una piedra azul; y con la mirada perdida que alternaba entre el mar y la selva repetía palabras de su particular léxico. Pero, cuando por fin emitía ‘vida’, se iluminaba su rostro como si

encontrara en esa palabra algo diferente y misterioso. ¿Quién podría sospechar que este hombre decrepito, vencido y humillado había sido el soberbio déspota, cuya única ley era su voluntad y cuyos actos de crueldad habían superado los límites de la tolerancia? Si bien su cuerpo se había deteriorado por el tiempo de abandono; sus carnes deshechas por aquellos lobos, que habían tratado de quitar su dignidad, habían cicatrizado deformando sus piernas. Y ahora, Apolinario iba recuperando no sólo la salud, sino también su memoria. Por primera vez había reconocido el azul del mar y el verde de la selva cautivante. Sin embargo, a nadie pudo explicarle por qué sus palabras permanecían incomprensibles.

<To Gua Nardo>, gritaba al viento con una energía desconocida y, al no obtener respuesta, balbuceaba melancólico transformando su rostro:

<Stro Suncaye Surabro>.

Nadie a su lado, sólo la hamaca crujía en el mimbre viejo que sostenía el cuerpo arqueado. Soledad le había dejado un vaso de vidrio soplado, en una pequeña mesa, con agua fresca extraída del cántaro de barro. Él bebía paladeando por primera vez ese líquido transparente que lo había mantenido con vida en el desierto rocoso; se sentía satisfecho, aun cuando todavía no recordaba su pasado. Un pelícano, que permanecía silencioso a pocos metros en la horqueta de una planta seca, lo miraba con curiosidad.

< Stro Togua >, decía deseoso de que alguien escuchase su mensaje, aunque fuera un pájaro. Entonces, satisfecho con su nuevo vocabulario se acercó al pelícano y le susurró suavemente:

< Vida, vida...>; pero luego, aumentando la intensidad de su voz, gritó: < ¡V ida! >.

Esa tarde, Soledad lo había buscado para pasearlo dentro del jardín del hospital, por los senderos que custodiaban enormes magnolias. Este paseo cotidiano le permitía reconocer las formas de las hojas de los helechos gigantes que destilaban un aroma fresco; y también, escuchar a los zorzales que habitaban pequeños bosques respetados a la naturaleza.

Jonás apareció abruptamente. Llevaba sus telas y su mochila de cuero con los pinceles y pinturas envasadas. Se veía alegre y distendido; se acercó con sigilo a las espaldas de Apolinario y colocó dos de sus dedos en las axilas del hombre, logrando que sacudiera su cuerpo ante la sorpresa.

< Stro Togua >gritó Apolinario sorprendido y se dio vuelta.

< ¡Hola, viejo perdido! > saludó Jonás entre carcajadas contagiosas, ubicándose frente a él y observándolo con curiosidad

< Te llevaré de paseo a la playa; podrás ver el atardecer. Y yo de paso te pintaré, mientras tú disfrutas >.

Tomó la silla de ruedas y sentó al viejo sin pedirle permiso. No era pesado; apenas unos huesos cubiertos de escasa piel fría y seca.

< Stro Suncaye Surabro > protestaba Apolinario quejándose.

< ¡Qué ‘Stro, ni. Stro’! > lo reprendió Jonás, lanzando una carcajada burlona

< Las palabras como las tuyas.. viejo, son letras solitarias que nacen de la nada. Cuando logres juntarlas, entonces sí, habrá mensajes para quienes te rodean > sentenció Jonás acomodándolo para que estuviese en condiciones de contemplar el crepúsculo.

Apolinario estaba en la silla de ruedas. Por primera vez se dio cuenta de que tenía a su alrededor y pegadas a su cuerpo, mariposas multicolores que aleteando con rapidez, desplegaban sus irisaciones y formas perfectas; y jugueteaban como niños sobre las piernas inmóviles del hombre; mientras sus antenas delgadas buscaban la vibración del cuerpo tanteándolo con calma, independientemente de la agitación de las alas. Una de ellas se posó en la mano derecha con alas abiertas en posición de descanso. Era maravillosamente bella. Apolinario quedó inmóvil para no espantarla.

< ¡Mira, Apolinario... el mar! ¿Lo recuerdas? > preguntó Jonás.

< Vvv... iddd... a > respondió el viejo abriendo sus ojos mirando el horizonte rojizo y el gigantesco mar fundidos en un paisaje imponente. cuando el sol iba cayendo en un bolsillo infinito. Las olas salpicaban con miles de espumas blancas la superficie del océano. A varios kilómetros de la costa, un barco pesquero, con sombras de mástiles sobre el rojizo horizonte. El ruido del mar golpeando acantilados y las olas mansas acariciando las playas, envolvió la tarde.

Jonás había regalado al pobre viejo un pedazo de alegría. Sentado a su lado dibujaba los primeros bocetos de la que sería su nueva pintura: *El viejo mirando el mar* o *El mar envejecido* o *El hombre nacido en el mar*. No había decidido aún.

< ¡Eh, Apolinario, soñador de alquimias y fantasías! ¿Nos escuchas?... ¿Puedes escuchar el grito del silencio? Tú, genial soñador de letras, ¡deja que cada una de ellas caigan sin pensar y formen oraciones sin sonidos, sin estilo; palabras de regreso, de llegada, de vida y de sueños! —Corean las voces—. ¡Eh, tú, Jonás, generador de

pinturas y figuras!, aprieta ese botón de raíces y deja que surjan, entre las nubes que pintas, los vientos que lamen la tierra. Dibuja la mejor imagen del recuerdo de ese hombre en el mismo espacio que lo rodea, en el aire. Luego, deja que tenga vida. Pinta a este hombre viejo sin pasado. Sopla, sopla suavemente para que se libere y deshoje como el capullo en pétalos de monedas de oro, para que descienda al mar sin levantar espuma, viajando sin rumbo al final de algo que no puedes ver. Sigue, Jonás, aunque no nos escuches. Total, es Apolinario el que inspirará con sus pensamientos tu tela>.

Jonás no escuchaba. Sentía que estaba inspirado. El viejo espejo del abandono de ese hombre había comenzado a provocar movimientos espontáneos de sus pinceles. Los colores aparecían fluidamente, se conjugaban con alegría en la tela y los grises del grafito desaparecían por magia. Los amarillos y naranjas iluminaban una imagen impertérrita de Apolinario que se cubría con la noche. El rojo y el naranja se atenuaban en una incipiente oscuridad. El cielo estaba diáfano, una luna llena asomaba impaciente.

< ¡A ver... Apolinario; escucha mis palabras! Simplemente escucha lo que iré diciendo para que luego pueda captarte en el espacio. Trata de soñar. Trata de ver o imaginar las estrellas cuando viajan; trata de ver esas luces titilantes de la noche. ¡Imagínalas, Apolinario! Y ahora; apunta tus ojos a las galaxias y busca una sola estrella, la que te guste; mírala fijamente, con audacia, sin temor y tráela a tu mente para que así me dé la luminosidad que necesito. > pedía Jonás mientras mezclaba frenéticamente los colores.

El hombre de la silla de ruedas había quedado mirando al cielo. Sus ojos estaban atrapados por las luces de las estrellas; el mar se había borrado de su retina. Ahora todo lucía brillante, las colas de los cometas cruzaban el espacio estremeciendo a un Apolinario desconocido.

< Lll...uces > dijo el hombre sorprendido por su lenguaje recuperado.

< Estrellas, estrellas...>, repetía una y otra vez.

Jonás, emocionado por lo que escuchaba, dejó el pincel y lo miró como si se hubiese producido un milagro. Comprendió que sus palabras habían llegado a la profundidad de la mente de ese hombre, permitiéndole ver en la noche racimos de luces. Supo también que si le hablaba, lograría de ahora en más, traer sus recuerdos en palabras. Por primera vez había entrado en la misteriosa mente de Apolinario y también, había descubierto la fórmula para comunicarse.

Debían regresar. Tomó sus pinceles, los lavó; cubrió la tela pintada con un plástico, armó su pequeña valija de arte y la colgó de su hombro. Finalmente, tomando las empuñaduras de la silla de ruedas, emprendió el regreso al hospital. Si estaba fresco o si la brisa golpeaba los cuerpos sin resguardo no inquietaba a ninguno de los dos, por el contrario, el aire del mar había humedecido el rostro seco del viejo dándole frescura a su piel apergaminada y manchada.

Las letras sueltas habían comenzado a encontrarse. Jonás y Apolinario iniciaron ese día el diálogo tan esperado.

< Lu... ces >repetía un Apolinario renovado

< estrtr... tre... lla>.

< Sí, amigo mío, luces y estrellas > emulaba contento Jonás, empujando la silla y también; tengo un mensaje para ti, Apolinario.

< ¡Ah, maldita Trampa del Tiempo! ¿Por qué no bajas? ¿Por qué estás allí burlándote de tu triunfo, escondida en las penumbras y en esas sombras en movimiento? Has terminado con nuestra ilusión de venganza. ¿No tienes acaso otra forma de burlarte? Y esa red que envolvía la condena ¿la has destruido? Avisanos Trampa del Tiempo. ¿Quién te ha dado alas para alejarnos; para quitarnos de la sombra de Apolinario maldecido para siempre? ¿Cuál es tu coraje, maldita? ¡Contesta!, ¡no te quedes callada! Nosotras vamos a luchar para darle perpetuidad a la sentencia >corean furiosas las voces.

<... ¿Sabes, Apolinario? > dijo Jonás cuando entraban por la galería del hospital, pero calló, consideró que no era momento para decirle nada.

— ¡Otra vez, Jonás!... —gritó Soledad desde la puerta de la sala donde esperaba su regreso tejiendo con una aguja el hilo grueso una red de pescadores. El hilo estaba mezclado con escamas de pez volador que daban al tejido un brillo especial y una textura áspera.

< Lu... c... es. Es... tre... ll... as. Vi...da > insistía Apolinario, sin modificar sus gestos habituales.

Soledad quedó paralizada mirando al hombre de la silla de ruedas. No podía creer lo que había oído. Hablaba y tenía en sus ojos un brillo distinto.

< ¡Habla? > gritó intrigada.

< ¡Habla, Soledad! > confirmó Jonás, admirando la red de Soledad. Imaginaba que

en esa tela quedarían atrapados los peces más diversos y que los hilos, a medida que se acercaran al fondo, comenzarían a tener movimiento propio, reptando y saltando al igual que los peces cuando protestan al salir de las profundidades.

Imprevistamente, un relámpago cruzó el cielo oscuro e iluminó todo el edificio. Jonás corrió por la calle buscando refugio de una segura tormenta tropical, que insólitamente se desataba en la noche. También llamó su atención, que ante cada palabra de Apolinario las voces nocturnas iban desapareciendo, ya ni las ranas ni los grillos estaban presentes.

X

El Guía

Hacía unas semanas que Ester tenía preparada, en su habitación, una pequeña valija con ropa. En esos meses, había juntado un dinero para el viaje que presentía que iba a emprender. Esa mañana en la ventana de la cocina, sobre el alféizar que tenía macetas con flores, estaba Atos inmóvil. Ester abrió la ventana suavemente para no espantarlo, aunque el pájaro no aparentaba nerviosismo ni temor. Lo tomó en sus manos; le acarició la cabeza y en voz baja le preguntó:

< ¿Hoy.... Atos?, ¿Has venido por mí? >

Atos la miraba fijamente como la vez anterior. Ester comprendió todo lo que él le decía con su postura. Había llegado el día. Dejó al pájaro en el mismo lugar y dijo:

< Espérame Atos, no te vayas. > Atos picoteaba la tierra de las macetas buscando insectos. Estaba hambriento.

Ester acudió con su bolso y una pequeña mochila cargada en su hombro derecho. Abrió la puerta y fue directamente a la ventana de la cocina donde Atos la esperaba pacientemente. Estaba ansiosa; la incertidumbre y la posibilidad de un encuentro deseado habían despertado nuevamente sus fantasías. Era el día esperado. Atos la vio acercarse, movió lentamente sus alas desperezando su cansancio y levantó vuelo. Jugueteaba en el

aire y avanzaba señalando el camino, mientras Ester lo seguía sin dudar. De vez en cuando, Atos se paraba en un poste y esperaba su llegada, para retomar enseguida el vuelo. Así marcharon durante cuatro horas por un camino solitario y recto, que Ester percibía como un túnel perfecto, estrechado a lo lejos cuando rozaba el horizonte. Cantaba; tarareaba canciones y palabras que dejaba flotando a sus espaldas para que descendieran en cascadas limpias y frescas, poesías sin destinatario, sobre los verdes o las sombras frescas de fresnos rodeados de los aromas de las flores silvestres, que custodiaban los bordes del camino. Eran palabras que llevaban mensajes adornados con sonidos de cuerdas de arpas o de teclas de pianos imaginarios. Los campos cubiertos de espigas doradas brillaban a su paso y las copas de los árboles se incrustaban en un cielo nublado. Caminaban cruzando los sembrados de amapolas que vestían el paisaje de rojo al fondo de la imponente vista con casonas viejas, que guardaban recuerdos de historias familiares.

Sobre el mar, las barcas de pescadores desteñidas avanzaban lentamente arrastrando las redes que acumulaban alimentos. Las precarias naves de madera sujetaban casillas fabricadas artesanalmente por los mismos pescadores, para cubrirse de las inclemencias del tiempo. Algunos veleros, uno que otro, navegaban con las velas desplegadas, infladas por el viento marino. En los crepúsculos las cosas se reflejaban en las aguas quietas de un mar cansado, mientras el sol se desnudaba el dorado, para teñirse de naranja.

Atos voló rasante sobre la playa, hasta que encontró un risco negro donde decidió detener la marcha y posar su figura majestuosa. Las gaviotas hacían sus últimas pruebas casi tocando la arena. La brisa se aquietaba. Ester, asentando sus pies en espumas que limpiaban el espejo de las playas, observaba sus vuelos. Ambos, exhaustos, decidieron descansar una corta noche. Ella desplegó su manta gris sobre las rocas remedando una almohada; sabía que en la mañana encontraría su destino. Se durmió mirando al ave.

Aquellos Ojos

Jonás estaba en la plenitud de su recuperación. En los últimos meses se había dedicado a pintar y a hablar de su vida. Su corazón se estaba abriendo nuevamente sobre heridas cicatrizadas en tormentosas noches grises de brumas y huracanes. Los cielos eran diáfanos y se alternaban los paisajes de costas y playas rodeadas de exuberancias selváticas, los verdes intensos envueltos en las humedades de sombras; las superficies lisas y espejadas de los pantanos y las figuras de rostros y cuerpos de hermosas mujeres que posaban sin pudor en sus sueños. Cuando no encontraba motivo que lo inspirara, solía ir a los arcos de los arroyos y, parado en la punta de ellos, observaba cómo el agua serpenteaba el lecho con peces zigzagueando, y de qué modo los caracoles permanecían adheridos a las piedras. Las flores silvestres asomaban a su cauce. Allí comenzaba nuevamente a encontrar detalles olvidados.

Esa tarde había logrado rescatar todo el interior secreto de Apolinario, afinando colores en sus ojos y en las delgadas manos crispadas manteniendo esa posición de indiferencia que lo caracterizaba. Pero quedó disconforme, algo faltaba. Sabía que no podría descubrir ese ‘algo’ con los pinceles. Se quedó contemplando su obra en busca de una repuesta. Percibía y coincidía con la visión de Ezequiel en *La resurrección* que tanto admiraba, donde la tormenta huracanada avanzaba contra la muralla de luz sobre las columnas vencidas y quebradas a los pies del profeta. Miles de seres en redención pedían su libertad. ¿Será esta, también, una resurrección?, se preguntaba. Yo la terminaré, no seré el profeta o el poeta consagrado, pero llegará el día en que Apolinario regrese a la vida, pensaba muchas veces. Y resignado, cubría la pintura con un paño para protegerla de los vientos y aguas de lluvias que podían filtrarse por los cristales rotos. Después, sentado en la hamaca de mimbre con piernas cruzadas, encendía un cigarrillo y miraba por la ventana sin saber en realidad lo qué buscaba. Su mente viajaba por los túneles imaginarios del tiempo como si traspasara la puerta de las serpientes del Yucay, para caer en un inmenso vacío, donde el cielo se junta con la admiración de la naturaleza. Las piedras cortadas por el artesano y encimadas hacían de refugios perfectos.

<Todo lo perenne es piedra>, pensaba y recorría el templo del adivino de Uxmal, las pirámides del Sol y la Luna; el Caracol de Chichén Itzá, la Esfinge de Gizeh; las

pirámides de Snefru y Dachur perpetuadas en sus láminas de estudio;

< Todo lo bello es pintura > aseguraba reconfortado quedándose dormido, cayendo las cenizas en el suelo de ladrillo. Cenizas; sí, cenizas. Y por primera vez tuvo el sueño esperado después de tanto tiempo.

Observó, entre las piedras perennes a un hombre desconocido que era perseguido por historias de sombras. Tumultos de hombres y mujeres gesticulando, decenas de animales descomunales, bicéfalos, enfurecidos, que avanzaban en un desierto de humo pisoteando lamentos y gritos de venganza. Por primera vez; aparecieron las horcas en las plazas, donde las turbas llevaban cuerpos inertes en busca de las sogas justicieras. Vio a un hombre huyendo desconcertado a las profundidades del silencio, buscando desesperado un refugio salvador. Era Apolinario que arrastraba su lastimosa y degradante humanidad. Jonás lo llamaba a gritos por su nombre. Quería verle la cara, mirarle los ojos que faltaban en su lienzo. Sería ese, el momento de comprender el detalle huido para que la pintura fuera terminada. El último grito obtuvo repuesta. Apolinario dio vuelta su cabeza y miró fijamente a un Jonás absorto. El brillo de sus ojos enrojecidos de odios y rencores apareció con la crudeza esperada. En ese momento, el pintor se despertó asustado, envuelto en un temor extraño. Había encontrado al verdadero Apolinario.

Se levantó temblando, tomó sus pinceles y pudo darle por fin vida a esos ojos que permanecían inmóviles y vacíos. Mezcló colores insólitos y logró que la pintura fuese el fiel reflejo de la vida de ese hombre que durante tanto tiempo había sido una incógnita. Luego, quedó sentado al frente del taburete contemplando su obra dolorido, perturbado ante tanto terror.

< ¡Soledad! > gritaba en la habitación vacía

<; ¡Soledad! > sollozaba sin obtener repuesta. Adentro de ese cuarto oscurecido por un cono de sombra; lo acompañaba la mirada implacable de la pintura que se había encendido con luces rojas y naranjas, del lienzo que apuntaban a Jonás era la fiel mirada de Apolinario que le reprochaba haber encontrado su origen despertado los infiernos.

<Este es el hombre de quién te compadecías, Jonás. Tu curiosidad ha logrado revivir su pasado. Has traído maldiciones postergadas. ¿Que será ahora de ti, Jonás?> preguntaban las voces del coro.

Por primera vez Jonás las escuchó. No comprendía su origen..

< ¡¿Quiénes son ustedes?! > reclamó Jonás mirando al vacío.

Las luces se retorcían en su cuerpo, atrapaban sus pensamientos y le impedían quitar la vista de los ojos de Apolinario que ahora reía desde esa pintura con maldad y soberbia, satisfecho de su regreso. La pintura había cobrado vida. Estaba destellante, ansiosa de seguir un camino inconcluso en esa resurrección. Jonás escapó corriendo de la habitación hacia cualquier lugar sin importarle su destino. Corrió desconsolado, sin descanso, hasta caer exhausto en un médano. Allí la noche lo atrapó.

< ¿Existe el destino? ¿Hay alguien que pueda reclamarle al destino su espontánea aparición? El hoy y el mañana estarán siempre separados por una esperanza, y ellos, a escasos metros, por un vacío iluminado por la luna.

Esa noche. Exactamente la misma noche en que Jonás escapaba de su creación, que lo había llevado a enterrar su cansancio en un médano muy cercano a los filos de las rocas, Ester había desplegado su manta sobre la arena para descansar custodiada por el ave negra posado sobre una roca fría. Jonás y Ester estaban separados por no más de cien metros. Ella, cerca del murmullo de las olas que terminaban mansas en la playa. Él, a metros de una calle de tierra abandonada.

Los dos, con sueños distintos, ajenos de esa cercanía, sin embargo, alguien estaba atento a ese encuentro. Atos, el enigmático e imponente ave negra.

XII

El Encuentro

Amanecía, el comienzo del día demostraba nuevamente que la luz todo lo puede. La selva ostentaba orgullosa su impenetrable verde, agitando la neblina atada a las copas de gigantes árboles. El mar, desperezaba sin agitarse; estaba calmo y se preparaba para el

juego de mareas. Atos, permanecía en la punta del risco, contemplaba los dos cuerpos inmóviles separados por médanos de arena. El horizonte se teñía de rojo y despuntaba el sol, tras la popa de un barco pesquero. Atos intuyó que era momento de volar para cumplir su destino. Movi6 con fuerza las alas para quitarse el rocío de sus plumas negras y se lanzó hacia la playa elevándose en pocos segundos. Allí comenzó un juego mágico; probando su destreza. Subía y bajaba a ras de agua cepillando olas. La playa se alejaba y el mar opacaba su majestuosidad descubriendo vientos marinos que alternaban con bandas definidas de corrientes marinas atravesándolos con su vértigo. Sus alas respondían quebrando los ángulos para dejarlo caer en el vacío, hasta la línea de peligro, un metro a ras del agua. Era el momento en que abría sus alas trepando las escaleras de las nubes. Por fin, se dejó caer lentamente aproximándose a Ester que dormía. Se acercó suavemente a la mujer y con su pico tocó una y otra vez la mano que ella había dejado reposando lejos de su cabeza. Despertó sobresaltada buscó su mano perdida que estaba siendo tocada con delicadeza y encontró al ave cuyos ojos le ordenaban retomar el camino. Atos se elevó desapareciendo en el cielo iluminado por un sol que prometía lanzar sin piedad rayos de calor. Nada dijo Ester, sólo miró cómo el pájaro se perdía, caminó hacia la playa para lavarse con las cálidas aguas del Caribe. Quitó su ropa y la enjuagó hasta sacarle la tierra pegada del camino, luego la extendió sobre la pared lisa de la roca quedándose desnuda esperando que su piel absorbiera todo el fresco del amanecer. En dos horas estuvo lista para reiniciar la marcha. Calculó que estaba a sólo unos cientos de metros de la ruta, buscó el sendero de los médanos. Por allí fue.

Jonás, sin saber de la cercanía de ella, estaba despertando. Le dolía la cabeza, pero no había rastros de violencia. Observó a ambos lados la soledad que lo rodeaba. Y recordó el sueño con la imagen de la pintura, que invadió su memoria. Decidió volver.

Jonás y Ester caminaban sin saberlo a un mismo lugar; la carretera. El camino de tierra abandonado quedó atrás. Ella lo vio primero. Estaban absolutamente solos, pero no sintió miedo. Continuó caminando impávida, segura de que ese hombre no la había visto. Llegó hasta el borde de la ruta y quedó esperando el paso de algún vehículo. Jonás, que aún no había notado su presencia, caminaba con la cabeza gacha mirando la arena, pensando lo que había ocurrido hasta que fue imposible ignorar la presencia de Ester. Se quedó inmóvil mirando a esa joven mujer. Abrió y cerró los ojos creyendo que era una alucinación, un espejismo. Se frotó los ojos con las manos. Era real, una mujer solitaria

en el camino,. ella saludó reconfortada por el encuentro respondió Jonás sin que se le ocurriera otra forma de saludo ante la sorpresa.

Caminaron. Sus historias fueron sintéticas, al haber obviado aquellos aspectos que no podían confiar a un desconocido. No pasaba ningún vehículo; el sol comenzó a apretar. Al mediodía, estaban llegando a la ciudad. Jonás la invitó a su casa para almorzar y ella aceptó gustosa. Nadie la esperaba y tampoco conocía el lugar. No tardaron en llegar. Ester subió confiada a la habitación. Cuando entró, encontró una pieza desordenada. Él levantó en silencio el bastidor con la pintura que estaba caído en el suelo, lo cubrió sin mirarlo y lo colocó contra la pared. Ester seguía contándole de sus andanzas en la casa de los pescadores, Jonás prendía la cocina para calentar agua. Él no conocía aquella playa de los pescadores Ester hablaba ignorando que Jonás había comenzado a observarla detenidamente.

<Seguramente es una mujer comprometida>, pensó mientras colocaba las tasas y los platillos con el pan casero.

< Veo que has pintado mucho, Jonás >comentó Ester al ver las paredes cubiertas de telas.

< Y no son todas; he abandonado muchas de ellas en otro lado > dijo ocultándole que en realidad había sido robado y que junto con ese robo tuvo su tragedia.

< Te interesan los desnudos! > opinó Ester mientras observaba entre otros dibujos el de una mujer pintada sobre la gramilla imaginaria de un valle rodeado de montañas.

< Sí; son mis preferidos, también hago retratos y pintura abstracta >explicó Jonás, quien estaba despegando los huevos de la sartén para servir el almuerzo. De inmediato se sentaron a la mesa y él, interesándose, le preguntó a quién buscaba.

< A una persona...pero ignoro dónde vive —contestó ella mientras comía entusiasmada.

< ¿Pariente? > inquirió Jonás tratando de acercarse.

< Algo así; podríamos llamarle un pariente querido, pero prefiero no hablar de ello > respondió Ester convencida de que su pedido sería respetado por Jonás.

< ¿Y cómo sabes que está aquí? >insistió Jonás intrigado.

< Por Atos; un ave > contestó ella sin darse cuenta de su deslíz.

< ¿Atos? —> Jonás quedó mirándola absorto. No sabía si en realidad ella estaba inventando una repuesta o si jugaba con él. Sin embargo, el rostro de esa mujer no

mentía. Fué entonces cuando súbitamente recordó el pájaro negro que había dibujado hacía poco tiempo y también, el mensaje que había descifrado al unir los puntos imaginarios del recorrido

<. ¿Cómo es Atos? > comenzó a interrogarla, ahora más interesado que nunca, presintiendo que estaba por descubrir algo más que mera información.

< Un pájaro imponente que me sigue y guía hace tiempo > contestó distraída sin darse cuenta que Jonás estaba tenso y asombrado.

< ¿Es un pájaro negro? > indagó tembloroso Jonás.

< Sí, negro, intensamente negro y grande > dijo Ester descubriendo un Jonás pálido.

< Es él > confirmó Jonás sentándose en la silla esterillada.

< ¿Él? > repitió intrigada Ester.

< Ese pájaro me dejó un mensaje > reveló distraído Jonás

< ¿Mensaje?... ¿Qué mensaje, Jonás?>

< Nada; ninguno, no recuerdo, tal vez estoy confundido > se retractó.

Sentía calor en el cuerpo, se levantó para abrir la ventana. No podía comprender lo que estaba pasando, ambos tenían algo en común: el ave. Fue entonces cuando le pidió que se quedara hasta su regreso. Sugirió que si quería podía bañarse y arreglarse. Él iba a tardar varias horas en regresar, de manera que hasta podía dormir en su cama. Le mostró en donde había alimentos y le alcanzó las toallas de baño. Ester no comprendía su apuro; pero aceptó complacida.

XIII

Las voces

Jonás salió apresuradamente de su cuarto. Le faltaba aire; estaba asustado y muy desorientado. Recordaba claramente a ese pájaro y su señal codificada. Lo que pretendía

ser un hallazgo casual se había transformado en una realidad tenebrosa. Su marcha se aceleraba por las calles vacías de la ciudad: al comienzo iba trotando; luego, corriendo agitado y con mucha sed. No tenía un destino fijo; escapaba sin atinar a nada. Sus piernas se acalambraron y tuvo que parar bajo la sombra de un árbol. Al frente había una cantina hecha con cañas secas, sin vidrios en su ventana por donde la música salía buscando clientes solitarios como él.

Sintió deseos de beber algo fuerte, una bebida que hacía tiempo no ingería y de la cual había salido con mucho esfuerzo. Temblaba; el sudor empapaba su camisa. Secó su rostro con el pañuelo y se aproximó lentamente al bar. El ambiente estaba pesado; los ventiladores zumbaban sin refrescar. Los clientes estaban sentados en sillas de madera, acodados sobre las mesas y la cerveza esperaba transpirando el cristal transparente de los jarrones. Se acercó a la barra y, decidido ya, pidió ron: “Doble por favor” y se lo bebió de un solo trago hasta ahogarse. Sintió su garganta encendida y el cuerpo acusó recibo de tamaña agresión. “Otro doble, por favor”, pidió más seguro de sí mismo. Llevó la copa a una mesa vacía; se sentó y se quedó mirando el licor fijamente, tratando de recuperarse de su confusión. “¿Será ella?...; el mensaje no aclaraba quién, sólo que llegaría.” Vacío nuevamente el vaso y pidió otro doble. “¿Y si es?; ¿qué haré?”, se preguntaba notando que su cuerpo estaba más relajado. Entonces aparecieron nuevamente las voces:

< ¿Y..., Jonás? ¡Mira!, ¿ves a esa muchedumbre en las plazas? ¿Ves cómo se pisotean entre ellos y se desgarran las ropas, arañando sus odios? ¿Ves cómo cortan árboles que luego serán los mástiles de las horcas? ¿Ves a esos hombres y mujeres tirados en las cunetas, inconscientes? Mira, Jonás, los charcos con barro que han esperado esos cuerpos; mira las casas con los techos destruidos, los esqueletos de las vigas aún encendidas, las paredes escritas con insultos y proclamas. Mira a ese hombre que se cuelga de la soga gruesa del campanario que truen. Mira esa cara, Jonás; mira esos ojos abiertos más allá de sus posibilidades, que destellan odio; mira esas manos crispadas que toman la soga que mueve la campana de la iglesia destruida. Mira esas columnas ajadas por el tiempo, descascarándose por los ruidos y los lamentos. Mira esas piernas delgadas, huesudas, pálidas, que cuelgan del campanario, columpiándose. Escucha el coro de las ranas que te envían mensajes de reproche. ¿Recuerdas los pájaros mineros que te perseguían? ¿Recuerdas las anacondas que surgían de las malezas y el agua? Mira, Jonás, esas osamentas que flotan en los pantanos y a esos

miles de hombres y mujeres condenados al ostracismo por paganos > coreaban las voces aturdiendo a Jonás.

< ¡No! ¡No me hablen más!. ¡Quítense de mi lado!. No las escucho. No me importa lo que ustedes me quieren hacer ver. Estoy ciego para sus reclamos. ¿Me escuchan? > gritaba Jonás sollozando tapándose los oídos, mientras los parroquianos vecinos a su mesa se daban vuelta. Todos miraban a Jonás, un Jonás desconocido; paranoico y descontrolado. Tenía las venas del cuello hinchadas, el rostro rojo de cólera. Sus labios dejaban caer una saliva espesa y las manos crispadas llevaban el vaso nuevamente a la boca para tapar palabras con bebida que ya lo tenía mareado.

< *Mira, Jonás, en esa habitación gris, donde una lámpara alumbra dos cuerpos caídos encimados de muerte. Mira las manos que empuñan los cuchillos ensangrentados. Mira esos rostros dormidos de dolor, pálidos, fríos como tus manos que pintaron el cuadro de Apolinario. Mira esas muertes que has traído otra vez al presente, cuando un pequeño batallón fusilaba a los hombres de sotanas y capuchas negras. ¿Sabes quiénes son, Jonás? Son hermanos de tu Cofradía, masacrados por orden del poderoso señor que has despertado y que desertó de su amo. ¿Entiendes, Jonás? ¿Ahora puedes comprender?* > corean las voces.

< ¡Nooo! > gritó Jonás y se levantó tirando la mesa y el vaso. Escapó de la cantina a los gritos, insultando a aquellas voces, desparramando alaridos incomprensibles, corriendo por las calles en donde, a su paso, se abrían ventanas curiosas que deseaban saber qué animal estaba aullando. ¡Corre Jonás! Y corría nuevamente sin rumbo, a cualquier lado, en medio del vaho del alcohol que había logrado mezclar su sangre y su confusión. Escapando de voces invisibles que lo atormentaban, huía Jonás hasta que atropelló una raíz próxima a la acequia; entonces cayó golpeándose la cabeza en el filo de la vereda. Allí terminó su infortunada carrera...

< Está inconsciente > afirmó Soledad curando la herida de la frente, cuando llegó el médico de emergencia, "y bebido" aclaró con desgano y desilusión.

El médico lo revisó. Conocía a Jonás; era quien había hecho su mejor retrato. Comprobó que no había gravedad en las heridas, pero el hedor del alcohol salía de su boca y de su piel. Le preguntó a la enfermera:

< ¿Ha vuelto a la bebida, Soledad? >

< No lo sé > contestó ella apesadumbrada, pero era evidente que está borracho y

perdido.

< Ya despertará; debes mantenerle su hidratación > le indicó el médico y se fue.

< Sí... sólo la hidratación > repitió Soledad decepcionada.

XIV

Sin Plumas

Apolinario estaba sentado, esperando la visita diaria de Soledad, miraba la ventana de cristales sucios y vacíos, mezclaba su nuevo lenguaje con el repertorio de palabras articuladas automáticamente que recién ahora cobraban sentido.

< To Guanardo Stro Suncaye. Viii... da. Aggg...ua>, repetía y de golpe, inexplicablemente, comenzaba a cantar una canción sin trabarse. Las palabras fluían sin cesar citando lugares, nombres y promesas. Se había convertido en el centro de atención de todos, pero él los ignoraba. Cantaba mirando la ventana y observando atentamente lo invisible. Las palabras y los nuevos ritmos se multiplicaban con el movimiento incesante de sus dedos que tocaban un piano de teclas imaginarias. El cabello consecuentemente desordenado y los pies que colgaban de la cama bailaban con vehemencia su propia música. La canción describía en detalle un burdel con luces mortecinas, tapizados rojos, muebles dorados; hombres disfrazados de gallos, reyes, príncipes, arlequines y fantasmas; mujeres esbeltas con vestidos abiertos en las piernas hasta la raíces de sus muslos y abanicos que alejaban del local impregnado de vapores el humo de cigarros que flotaba en la atmósfera densa. Hablaba de una mujer en especial, cuyo rostro estaba cubierto con un antifaz; detrás del cual se ocultaba alguna otra cosa que impedía averiguar su nombre. Le cantaba a su belleza y a su sensualidad con la esperanza de que se acercara a él, el cantor de la noche, para ofrecerle sus servicios y sus vicios

seguramente anhelados y deseados; regocijándose de sus efectos. El hombre gallo perseguía a la damisela; el hombre rey, a su sierva; el hombre fantasma, a la sombra de las damas que esparcían sus encantos en el salón.

Cantó Apolinario sin cesar con una voz metálica, lejana, aturdiendo a su auditorio que perdía la paciencia, hasta que en un momento quedó mudo porque en el borde de ladrillo de la ventana, estaba nuevamente el pájaro negro que, agitando sus alas, le anunciaba su presencia y su visita. Apolinario se levantó ante la mirada atónita de los presentes; se acercó sigilosamente a la ventana abierta y estiró sus manos hacia el pájaro que no se movía, le dirigía palabras cálidas; lo retuvo con su mano derecha y entre sus dedos, observando al auditorio, tomó el cuello del animal, lo retorció una y otra vez hasta que el cuerpo dejó de moverse y las alas colgaron inertes. La cabeza del ave tenía sus ojos abiertos, sorprendidos y ausentes. El cuerpo mantenía un movimiento convulsivo como avisando que había llegado un final no deseado mientras Apolinario, feliz, untaba la sangre en su rostro y con la misma voz metálica y lejana comenzó a recitar sus palabras inventadas para su propia subsistencia

< To Gua Nardo> comenzó a decir sin inmutarse, luego añadió:

< Stro Suncaye> y finalizó con malicia:

< Surabro>. Tiró el inmenso pájaro negro por la ventana y regresó a su cama.

< Ha muerto> anunció secamente con absoluta claridad, olvidándose de su mutismo y el limitado vocabulario Lentamente y triunfante, se acostó; cubriendo su cuerpo con la sábana. Se durmió.

XV

Poesía

Soledad se quedó sentada cuidándolo. Sacó de la mochila el cuaderno donde solía

escribir Jonás y se puso a leer detenidamente un borrador llamado *Pasillos del Saber*:

"Túneles perfectos que se estrechan en las distancias/ pasillos vacíos del saber / puertas abiertas al conocimiento y la razón / esperan palabras que floten y retumben / con fuerza ajena a todo sentir / Solo encontrarse haciendo frases / que luego serán libros, poemas y prosas/. Cayendo en cascadas límpidas y frescas / en pasillos que terminan en ventanas de cristales / que miran jardines de verdes y sombras de fresnos; flores y esencias./ saturadas de luces del día que iluminan....".

Al terminar la lectura, sollozó. Tomó la mano de Jonás y se fusionó en la calidez de su piel. Había percibido claramente que esas manos de artista también lo eran de la palabra que fijaba la eternidad de sentimientos tan resguardados en su alma, otra vez atormentada por algo; o por alguien. Lo sabría una vez que Jonás despertara. Controló el suero; el gotero mostraba la rítmica gota de la solución amarillenta que viajaba silenciosa por cánulas transparentes hacia el brazo derecho y de allí al interior de su cuerpo.

< Cuide la hidratación >, le había dicho el médico. Sólo eso. Nadie le había confiado el cuidado del alma; pero Soledad se había hecho cargo de ella. Esperaba pacientemente, e inclusive en las horas de descanso brindaba a Jonás su ternura. Lo amaba. Recordaba cuando le había entregado en un papel con poesías como *Frutos con colores* y también cuando él recitaba sonriendo, tratando de conmocionar su alma y estremecer su cuerpo con el acompañamiento de sueños que permanecían vivos, aún en la inconsciencia o en ese infortunio.

< Es mi fortuna > le decía muchas veces

<. Es lo único que nadie me pueden robar Soledad. Cuando descubras el valor de mis palabras, habrás entendido mis sentimientos >. Ahora ella fué quién recitó en silencio *Frutos con Colores*:

"Te he llevado flores de colores./ Ahora descansan en esa fuente de cristal/ para que en silencio/ dejes que esa silla vacía pueda arrancar tus nostalgias/ y guardarlas entre sus esterillas/ trenzadas en perfectos cuadros./ También/ para que me recuerdes/ he llevado esos frutos de variadas formas/ para que pinten el espacio de madera/ de tu mesa de roble./ Y ahora que ya tienes flores y frutos/ en tus delicadas manos/ voy a llevarte a ese lugar secreto/ testigo único de nuestros encuentros/. Sin idiomas/ Sin palabras..../"

< ¿Eres tú, Soledad? > preguntó Jonás con los ojos cerrados.

< ¡Sí, soy yo, Jonás! Soy la que toma tu mano y llora tu poesía >.

< ¡Ah!, la poesía..., Soledad, a veces lastima y desnuda el alma ¿Te acuerdas de ella? >

< La vivo, Jonás; la vivo en plenitud. No me lastima. Pero ¿qué pasó, Jonás? ¿Qué fue lo que te llevó a esta desgracia? ¿Por qué la bebida? > preguntó ansiosa.

< El mensaje..., Soledad. El mensaje del ave > respondió apretando la mano de Soledad

< ¡El Ave... el ave! > Y comenzó a temblar antes de entrar nuevamente en un sueño apacible. Repitiendo "maldita ave; es un presagio de tragedia".

< ¿El mensaje, Jonás? ¿Que mensaje? > quiso saber ella. Pero pronto se dio cuenta de que ya no la escuchaba.

Soledad permaneció a su lado esa noche con lágrimas contenidas. Sabía como sufría Jonás, aunque ignoraba la causa. “¿Mensaje de quién?”, se preguntaba.

XVI

Amiga

Ester se había bañado, cambió su ropa, comió unos restos de comida y luego se estiró en el sofá al frente de la pared más alta para observar las pinturas de Jonás, se dio cuenta que tenía estilo. Manejaba los colores con mucha frescura. Irradiaba un cierto respeto cuando se trataba de retratos, siempre serios; siempre rígidos. No así los desnudos en los que su creatividad se potenciaba y daba pinceladas de extraordinaria belleza. A su derecha, estaba apoyado un bastidor cubierto por un paño blanco. “¿De quién será?”, se preguntó sin atreverse a destaparlo. No era correcto hacer eso. Luego leyó un libro de poesías, una antología de viejas tapas duras. Comprendía varios autores, algunos de ellos estaban marcados con lápiz y tenían anotaciones; seguramente escritas

por su circunstancial amigo. Así se entretuvo hasta que una mujer entró apresuradamente en la habitación de Jonás. Era Soledad..

< ¿Quién eres? > preguntó sobresaltada Soledad mirando con detalle la intrusa. Si bien estaba acostumbrada a encontrar huéspedes desconocidos en esa habitación esa la mujer le llamaba la atención

< Una amiga de Jonás > contestó Ester turbada

< ¿Amiga? > se burló Soledad con una mueca de desprecio, sabía que no lo era porque Jonás le hubiese contado

< Bueno, conocida desde esta mañana, él me dejó en su habitación y me dijo que esperara. Pero aún no ha llegado > agregó preocupada

<. ¿Sabes algo de él? >

< Está internado desde hace unas horas > respondió Soledad abriendo los cajones de la cómoda y sacando ropa limpia y planchada. Todo estaba revuelto mezclados con pinceles húmedos..

< ¿Un accidente? > preguntó Ester interesada

< No, una borrachera que es peor, porque ya no bebía.> contestó Ester

< ¿Y por qué lo hizo? > inquirió Ester intrigada.

< Aún no lo sé.....dice que había un mensaje....o algo así >.

Soledad acomodó el bolso y salió no sin antes decirle que si quería dormir, usara la cama de Jonás; esa noche no regresaría. Ella había reconocido esa mujer en varias pinturas de desnudos, con seguridad era ella Vencida por el cansancio, se recostó en la cama de Jonás y se concentró en las últimas palabras de Soledad..."el mensaje"; su cuerpo estremeció, las manos se humedecieron. Una sensación de calor reconfortante ascendió por sus brazos, miró las palmas de sus dos manos y observó sangre.....se fue durmiendo lentamente. Soñó que estaba galopando en una pradera verde, su caballo alazán de finas canillas era tan veloz como el viento y sentía que su cabellera se agitaba golpeando los hombros desnudos. La alocada carrera terminó en las orillas de un lago sereno y gigante, donde navegaban cisnes de cuello negro. Las montañas se reflejaban en un agua turquesa, duplicando la belleza del paisaje. En el centro del lago flotaba una isla invadida por pájaros que cantaban a la vida con voces transparentes y plumas de colores. Ella se acercó a la orilla. Las aguas se abrieron, dejando un camino naranja que le permitió llegar hasta la isla encantada. Los pájaros no se movieron de sus lugares, libre

de todo homenaje apareció el pájaro negro que había sido su guía. Voló...hacia ella que solo atinaba a escapar. El pájaro negro volaba sin cabeza y del codo sangraba un líquido viscoso. Las aguas regresaron a su lugar y comenzó un ruido progresivo, como si algo se fuera partiendo, la tierra firme comenzó abrirse con grietas profundas, en los bordes estaban decenas de prostitutas compañeras del burdel, con máscaras pintadas de fuertes colores, todas reían pronunciando su nombre, llamándola entre burlas y risas. Ella sumergida en un profundo sueño, teñido de color púrpura.

XVII

El espejo

Apolinario despertó al amanecer. Caminó hacia la ventana, se asomó buscando el pájaro negro. Allí estaba; muerto, duro y seguramente frío. No había sido un sueño. Miró su camisolín como si fuese la primera vez y observó a sus compañeros de sala que aún permanecían dormidos. Hizo un recorrido visual de la sala de internación. El pabellón de hombres, tenía unas treinta camas ocupadas. Estaba en el Hospital General. Esto lo confirmó al ver algunos pacientes con los trípodes con suero, los botellones de orina sobre las mesas de luz junto al desorden de medicamentos, cuatro pacientes enyesados hasta sus cuellos. Su primera reacción fue buscar un espejo para mirarse, para reconocerse. Sabía que su memoria comenzaba una franca recuperación. Pudo verse en el espejo del baño, era un hombre avejentado, delgado, ojeroso y pálido. Palpó su rostro

como si pretendiera que lo que veía en el espejo fuese una máscara y no, su verdadero rostro. Sin embargo era su él, no cabía ninguna duda. Asustado miró su cuerpo, le llamaba la atención sus piernas deformadas con cicatrices importantes. “Fueron los perros”, pensó y regresaron aquellas imágenes de carnicería feroz cuando una manada de diez lobos disputaba un pedazo de sus muslos sangrantes. También recordó a grandes rasgos, una importante etapa de su pasado y se estremeció. Pero más se alarmó porque había perdido el destello de maldad en sus ojos que siempre lo había caracterizado.

Se encontraba vivo, viejo, deforme y con un ridículo camisolín verdoso. Lavó su cara con agua fresca y regresó a la cama; se acomodó con un cuidado desconocido cubriéndose con la sábana blanca y se dispuso a repensar su pasado.

< ¿Quién lo había traído?, ¿dónde estaba?, ¿estarían enterados de quién era? > Tocó la medalla de lata que colgaba de su cuello, la sacó y leyó su nombre: “Apolinario”; nada decía de su apellido.

< Lo saben >, pensó en ese momento de lucidez. Pero, si fuese así; no se explicaba por qué lo tenían en el hospital. En una época cercana, él había habilitado el burdel regenteado por su primo.. “Trataré de averiguarlo se propuso y quedó inmóvil, simulando dormir

<. Es mejor que crean que sigo ausente de la vida. Atos está muerto; eso es importante, garantiza el silencio acerca de mis orígenes >. Luego se puso a atar cabos sueltos de imágenes que reaparecían en racimos vertiginosos.

Por la mañana temprano, como todos los días, llegó la enfermera. Visitó uno a uno a sus pacientes entregándoles medicamentos, tomando la presión y anotando en la hoja de controles los signos vitales: la cantidad de orina juntada en los papagayos y la temperatura. Cuando llegó a Apolinario, Soledad lo saludó:

< ¿Cómo estás? Me dijeron que ahora cantas > le dijo en forma jocosa. Él nada respondió, sólo la miraba mientras le tomaba la presión y la temperatura. Los senos se insinuaban descuidadamente, sin que ella se diera cuenta, por el escote de su delantal blanco.

< Estás mejor que nunca...Apolinario > comentó al confirmar su buen estado y cuando terminó de asearlo

< Avísame cuando vayas a cantar > le dijo caminando hacia otro paciente que estaba a pocos metros de esa cama.

< ¿No habla? > preguntó otro paciente a la enfermera.

< Parece que no > contestó ella.

< Pero ¿sabías que anoche mató un pájaro negro y lo tiró por la ventana? > comentó el paciente seguro de dar una noticia extraña

< ¿Por la ventana? > dijo ella desconcertada.

< Sí, mientras cantaba... lo descogotó y lo tiró > agregó encantado con su morbo.

< ¿Por cuál ventana? > repitió ella intrigada

< Por aquélla > indicó el paciente señalando justo al frente de la cama de Apolinario.

< A ver > dijo Soledad y fué hasta la ventana, donde se asomó>. No hay nada.

< ¡¿Nada?! > exclamó desconcertado el paciente.

< Al menos allí, no se ve ave alguna. > contestó ella dirigiéndose apurada a otra cama para terminar su rutina.

Entretanto, Apolinario acostado en su cama y con los ojos cerrados recordaba haber visto esa ave. Era Atos y él, le había dado muerte. Rogaba que nadie supiese quién era; al menos, hasta haber salido de ese hospital. Pero ¿adónde iría? ¿Acaso contaba con medios para valerse por sí mismo? Tenía muchos interrogantes para los que aún no había encontrado una repuesta. Decidió entonces no hablar; seguir simulando que estaba ausente hasta conocer cuáles eran sus verdaderas posibilidades de escapar.

Mientras en la sala de guardia avanzada la mañana, Jonás abrió sus ojos. El dolor de cabeza era intenso. A su lado encontró a Soledad adormecida, tomada de su mano. Seguramente había pasado la noche cuidándolo. No se movió para que ella no despertara. La observó detenidamente aunque se la veía extenuada. Era una mujer hermosa y en su rostro descubrió una bondad infinita. “Tuve suerte de encontrarla” pensó mirando las delicadas manos que apretaban la suya.

En ese momento, el médico de guardia descubrió a Jonás despierto, se acercó a su camilla y sin ninguna compasión despertó a Soledad.

< ¿Quién es el enfermo, Soledad? ¿Tú o Jonás? > preguntó fastidiado. Soledad se sobresaltó. Sosteniendo aún la mano de Jonás miró al galeno, lo saludó y rápidamente miró a Jonás.

< ¿Estás despierto? > quiso saberlo mientras acomodaba su pelo desordenado

<, ¿Te sientes bien? >

< Sí, pero con mucho dolor de cabeza > lamentó Jonás.

< La borrachera, amigo, la borrachera > comentó el médico mientras lo examinaba. Luego, dirigiéndose secamente a Soledad le dijo que podría llevarlo a su domicilio.

< Si necesitas....usa la ambulancia > le propuso más comprensivo.

Soledad se levantó de la silla y ayudó a su amigo a asearse y a vestirse. Una vez listo se fueron en la ambulancia.

Cuando llegaron a casa de Jonás, Ester aún dormía en la cama del pintor estirada plácidamente con la ventana abierta por donde entraba la cálida brisa de media mañana. Se había acostado vestida, al menos así lo indicaba su ropa. La llegada de Soledad y Jonás la despertó.

< Me quedé dormida > se justificó ante los visitantes inesperados.

< ¿Cómo estás, amigo? > se interesó Ester.

< Bien; al menos puedo caminar > contestó con alegría y se quedó observándola fijamente, estudiando su rostro, sus ojos y también sus manos.

< ¿Tengo algo raro? > preguntó incómoda Ester.

< No...es que trataba de recordarte > se justificó Jonás al tiempo que buscaba sus bastidores observando rápidamente la ubicación de los mismos.

Prepararon un tardío desayuno. Se sentaron a una mesa servida con tostadas, manteca, mermeladas y café con leche humeante. Hablaron de varias cosas a la vez. La información que cada uno sonsacó al otro fue limitada. Ester aprovechó para elogiar las pinturas y opinó que los desnudos de Soledad eran muy bellos. Hasta se atrevió a preguntar por la pintura tapada.

< ¿Por qué está tapada con ese género? > preguntó tratando de disimular la intensa curiosidad.

< Por seguridad > contestó rápidamente Jonás, fijando su mirada en Soledad.

< ¿Se puede ver? > dijo distraída Ester, quien en realidad se moría de curiosidad.

< ¿Puede? > preguntó Soledad a Jonás.

< No sé...; aún le falta > contestó Jonás inseguro.

Jonás dudaba. Miró a Ester con cierta desconfianza; el mensaje que aún no le había comentado a Soledad tenía que ver con esa desconocida. Al menos, lo sospechaba por las coincidencias. También recordó el final de la pintura. Completar los ojos había sido revelador de algo siniestro, turbulento, casi secreto y maligno. Pero no pudo oponerse a

descubrir la pintura. Fue hacia el cuadro, quitó el paño y dándolo vuelta lo mostró orgulloso a las dos mujeres. Soledad dijo que era realmente asombroso el parecido y la mirada Ester en cambio, quedó paralizada. Palideció, trató de abrir la boca para decir algo y se desmayó, cayendo al suelo. Soledad se apresuró para ayudarla y rápidamente la asistió. Jonás dejó la pintura, levantó a Ester y la colocó en su cama.

< ¿Por qué?... > preguntó Soledad a Jonás sin comprender.

< Te lo dije:...el mensaje > contestó Jonás

< ¿Qué mensaje? > lo interrumpió Soledad.

<... del ave, Soledad; del pájaro que dibujé en su vuelo > replicó Jonás seguro de sí mismo.

< Pero ¿qué decía el mensaje?...! Basta de intrigas! > agregó Soledad ofuscada.

< Decía ‘Belcebú’...sólo eso > explicó Jonás confundido y pálido. Eso

< Significa satanás, diablo, demonio, cualquiera de ellos > es el mensaje

Ester recuperaba color. y lentamente abría los ojos. Sus labios pálidos regresaban a un rosado carmín. Se apoyó sobre sus dos manos y se sentó. Los observaba confundida, tratando de recordar lo que había sucedido. Recordó la pintura.

< ¡Apolinario!... ¡sí!, ahora lo recuerdo > dijo Ester preocupada y se conmovió.

< ¿Cómo sabes su nombre? > preguntó Jonás intrigado. ¿Cómo lo sabes? repitió ahora con énfasis.

< Lo conozco desde hace mucho tiempo...es una larga historia > respondió Ester pidiéndole con la mirada comprensión.

< ¡Te lo dije, Soledad!... El mensaje > intervino Jonás.

< ¿El mensaje? > preguntó Ester distraída

< ¡Nada que ver! > sostuvo Soledad tratando de cambiar la conversación y a continuación hizo señas a Jonás para que callara.

< ¿Puedo levantarme? > pidió permiso Ester.

Soledad la ayudó a ponerse de pie. Una vez parada, Ester caminó hacia la ventana evitando volver su mirada sobre el cuadro que había quedado apoyado sobre la pared. Abrió las dos hojas y se asomó buscando algo que no era el paisaje real que permanecía inerte.

< ¿Buscas algo? > preguntó Jonás convencido de sus sospechas.

< El pájaro > contestó distraídamente Ester.

Soledad se estremeció. Las palabras de Jonás ahora sí cobraban sentido.

< ¡No está! La última vez que lo vi fue en la playa > agregó Jonás mientras le hacía señas con las manos a Soledad para que saliera de la habitación con él.

Salieron de la habitación presurosos. Recién cuando estuvieron lejos de la entrada del edificio Soledad se mostró confundida.

< ¿Quién es Belcebú, Jonás; de quién hablas? > ¡Por favor!

< Es Lucifer; las tinieblas, y de algo estoy seguro > aseveró Jonás

< Ester, el enorme pájaro negro y las líneas que alcancé a dibujar de su vuelo junto con el mensaje que descifré al unir los vértices de dichas líneas Anuncian esto Soledad...la llegada del mal > sentenció Jonás

< También reconoció a Apolinario! > comentó Soledad asombrada.

< Sí, pero hay algo que no termina de convencerme > le confió él pensativo.

< ¿Qué, Jonás? >

< Su desmayo con la pintura; el ave negra y las voces > reflexionaba Jonás tratando de descubrir la función de cada cosa en esta historia.

< ¿Qué voces? > preguntó Soledad, totalmente intrigada.

< Las que escucho. Nada te había dicho, porque pensarías que me había vuelto loco. Todo comenzó antes de mi última borrachera. Pero es así, escucho voces que me hablan desde lo invisible, desde las sombras, desde un misterioso lugar secreto > explicó Jonás..

< ¿Y qué decían esas voces? > preguntó Soledad compadeciéndose de su amigo.

< Hablaban de lo que estaba haciendo yo ; del cuadro de Apolinario y de muchas otras cosas que iban del espanto al misterio >. ¿Había llegado el mal?.... ¿Qué representaba Belcebú en sus vidas?, se preguntaba Soledad siguiendo el paso de Jonás por la vereda.

En pocos minutos el cielo se nubló cubriéndose de espesas, pesadas y negras nubes.

XVIII

Masilla

Apolinario repasó con la vista todo el pabellón. Calculó cuántas ventanas había sin rejas, cuántas puertas sin un enfermero; qué distancia había desde ese lugar a las rejas y del portón de entrada. Memorizó todos los detalles. Comió pan y tomó agua. Era absolutamente consciente de cuál había sido su historia y del porqué de su desgracia, aún no lograba recordar cómo había llegado al hospital. Sin embargo estaba seguro de que tendría que salir de allí de cualquier manera y tan pronto como fuese posible. Reaparecieron las voces que de algún modo, le habían profetizado ese destino incierto cuando la turba se había abalanzado sobre él.

< ¡Eh!, Apolinario, escapaste de tu condena. Has regresado a una vida que no te pertenece, aunque no sabemos cómo. Lo has logrado. Pero, tu destino quedó escrito y fue sellado en el mismo momento en que mandaste a matar a tus hermanos de la Cofradía... ¿Te acuerdas de ese día cuando ellos caían al suelo ensangrentados; perforados por balas de plomo, destrozados sus tejidos; y tú, Apolinario, reías? Gozabas de tu traición igual que cuando mandaste al infierno a tus brujas. ¿Te acuerdas de Alticia, Apolinario? Su cabeza estaba en el frasco que tenías en tu escritorio —coreaban las voces a un Apolinario estático.

< ¡Malditas!> susurró. Apolinario sentado en la cama, tapándose los oídos inútilmente pues igual las escuchaba. Renacía otra vez aquel odio que había nutrido su alma durante tantos años. Repasaba su esplendor y su caída su poder y su destierro. Había vivido tanto tiempo con esas voces que ya casi no le importaban. Estaba decidido a seguir adelante con su plan para escapar. Había matado al ave negra, sí ; a su fiel Atos, que lo había regresado al mundo donde antes, lo habían condenado. Sentía que su cuerpo estaba aún ágil a pesar de sus años y el abandono sufrido. Tendría que armarse de paciencia y continuar haciendo la misma rutina para no despertar sospechas.

Apolinario se acercó a la ventana, miró hacia abajo y, efectivamente, Atos no estaba. Era lógico. El ave no era más que un mensajero de su destino. Quitó masilla del borde de los marcos que sostenían los cristales de la ventana, la amasó y luego prolijamente fue colocando en los conductos de sus oídos hasta lograr taparlos en forma definitiva. El silencio se presentó inmediatamente. Comenzó a observar a sus

compañeros de sala que hablaban, gesticulaban y caminaban, sin escuchar absolutamente nada. Sabía que no se libraría del coro de las voces, porque estaba en su mente; pero los ruidos y las palabras generados en su entorno habían quedado bloqueados. Este hecho le permitiría simular un estado de ausencia que habría de explotar hasta lograr la fuga.

< Seré un mueble, una cosa, un ente o algo más inanimado > se dijo a sí mismo mientras regresaba a su cama quitándose la masilla sobrante de sus dedos.

Al pie de la cama, estaba la carpeta con la historia clínica. Esperó a que nadie lo mirara y se puso a leer los datos que le faltaban para comprender su situación. Decía así: “Es un hombre de unos sesenta años, absolutamente en estado de abandono, con las piernas descarnadas, y colgajos putrefactos. Los gusanos fueron sacados con agua, jabón y cloroformo mezclado con éter. Los antropólogos americanos que lo trajeron lo encontraron debajo de una piedra, delirando. Pudieron grabar ¿palabras? como *To Gua Nardo*, *Stro Suncaye*, *Surabro* y *Stro Togua*, inexistentes en idioma conocido. También, entregaron el medallón de lata que colgaba de su cuello con un nombre: ‘Apolinario’. No hay parientes ni conocidos...”

< De manera que así fue > pensó

<. Conocen mi nombre; nada más. Estaba perdido, demente, sucio y solo > se jactó el Apolinario lúcido

<. No tengo familia, nadie me conoce; hasta he creado un lenguaje propio > pensó riéndose de su descubrimiento. Copió en un papel aquellas palabras de las que opinaban que “eran exclusivas del engendro encontrado por los antropólogos extranjeros”.

<¡Yo...un engendro!>, se dijo regresando la historia clínica a su lugar. Se acostó tratando de memorizar su antigua jerigonza que de ahora en más podría usar para no levantar sospechas, cada vez que alguien le hablara.

< ¡Apolinario vamos! a bañarse! > ordenó la enfermera sin darse cuenta de que el paciente no escuchaba absolutamente nada de lo que pasaba a su alrededor. Por supuesto ella ignoraba la masilla en sus oídos

<. ¡Eh!, Apolinario > insistió colocándose frente a él con las manos en la cintura

<. ¿No me escuchas?>

< To Gua Nardo > contestó seguro de haber memorizado correctamente y agregó

<. Stro Suncaye > para deleitarse al ver la cara de preocupación de la enfermera.

< ¡Otra vez! > exclamó asombrada.

Apolinario, simulando estar ausente, la miró completamente quieto. Ella desapareció de su vista apresuradamente para comunicar la novedad, una regresión.

< ¿A bañarse? > pensó Apolinario. ¿Esto hacían con él?. Entonces recordó los baños de inmersión de Erzsebet Bathory que llenaba la bañera con sangre de sus víctimas para lograr inmortalidad y belleza eterna.

< ¿Intentarán convertirme en una belleza?> se preguntó burlonamente y en seguida se preparó para la próxima escena. Dejaría que sucediera. No le disgustaba la propuesta. Imaginó la enfermera dentro de una bañera retozando con él en medio de juegos acuáticos lujuriosos.

El médico lo revisó detalladamente y no dudó de su regresión. Le comentó a la enfermera que era un caso típico de estrés.

< Es frecuente. Lamentablemente estamos como antes, mujer > aseguró el galeno

< . Haga de cuenta que recién ingresa...aunque puede ser transitorio > destacó y así lo anotó en la historia clínica.

Llevaron a Apolinario al baño. Sumergido en la bañera con agua tibia, el jabón pasaba una y otra vez por su cuerpo. Sintió el placer de las manos suaves de una mujer; no se había olvidado de ellas. Volvieron a su recuerdo sus brujas: Alticia y Amanda. La Negra y especialmente Ester, la dama del Antifaz. Todavía regresaban las imágenes del día que las condenó a la horca por culpa de la prostituta Ester La lujuria se apoderó de él mientras fingía que estaba perdido. La enfermera, preguntándose cuánto tiempo habría pasado sin una mujer puso distancia. Lo llevaron nuevamente a la cama. Lo taparon con una sábana limpia recién cambiada. Observó a sus compañeros a quienes no podía escuchar,. Entonces, mirándolos, les dijo :

< Stro Togua Surabro >.

Uno de ellos se acercó y lo observó cuidadosamente.

< Esto pasó luego de que mató al ave negra. Yo sabía que algo raro estaba ocurriendo y no me quedaron dudas cuando ese pájaro desapareció > comentó..

Por fin, lo dejaron solo. En realidad eso deseaba.

XIX

La Verdad

Ester había quedado sola en la habitación. El cielo se iba tornando plumizo, los truenos y relámpagos, anunciaban una tormenta tropical. Los ojos dibujados de Apolinario, la perseguían sin parar. Aunque tenía miedo de mirar nuevamente la pintura, decidió enfrentarlo. Se sentó contemplando el bastidor que retenía a un Apolinario diabólico. La mirada del retrato expresaba la maldad de ese hombre; todo su resentimiento y su odio. Recordó cuando lo conoció en el burdel, escondida tras el antifaz negro; con su cuello desnudo y el escote de su vestido que exhibía sus senos generosos. Recordó la noche en que ese hombre había desatado la bestialidad de su sexo y el diálogo frío que mantuvieron para acordar el pago de su entrega. También; cuando le prometió ser parte del poder que él había construido durante tantos años. Mientras Ester rememoraba así su pasado, volvieron Jonás y Soledad. Prepararon la comida en silencio; todos colaboraron. Los tres tenían temor de abordar los detalles ineludibles. ¿Qué relación existía entre el ave, Ester y Apolinario?, ¿quién era en realidad Apolinario?, ¿cómo lo había conocido?, ¿Qué pasaría a partir de ese momento con ellos? Y obviamente, ninguno podía ignorar las coincidencias entre el mensaje del ave y la realidad, que ese día se había presentado súbitamente.

La tormenta se desató con fuerza, los relámpagos se mezclaron con una lluvia intensa.

< Ester... > comenzó a hablarle Jonás, mirándola atentamente

< Tenemos algo que preguntarte > .

< ¿Qué? > dijo Ester secando su boca luego de terminar el almuerzo.

< ¿Quién es Apolinario? > inquirió Jonás deseoso de tener referencias concretas.

Ester dudó, sabía que ese mediodía, las preguntas comenzarían a revolver su pasado. Se dispuso a dar sólo algunos detalles esperando saber lo que Jonás y Soledad conocían de la vida de Apolinario, pero antes preguntó ansiosa:

< ¿Lo podré ver...antes ? > preguntó Ester

< Sí; después que contestes lo que se te ha preguntado > prometió Jonás.

< Un hombre, un hombre perdido hace unos años > comenzó Ester a contar

< Tiene un pasado muy triste. Una historia regada de sombras y crueldad...la vida de los gobernantes corruptos, de los dictadores y de los asesinos> se detuvo

<. Pero antes de hablar con ustedes, me gustaría poder hacerlo con él.

< ¿Puedo?> rogó Ester.

< ¿Y el Ave negra? > interrogó Jonás, dispuesto a no ceder su interrogatorio

< ¿Atos?... es el ave mensajero > contestó Ester aturdida.

< ¿Mensajero de quién, Ester?> requirió Jonás

< Del pasado > replicó Ester nerviosa y agregó contundente

<: Atos es quien me condujo a este lugar para encontrarme con Apolinario >.

< ¿Y él lo sabe? > interrogó Jonás seguro ahora de encontrar una explicación a sus sospechas.

< No puedo afirmarlo; Atos solamente mostró el camino >.

Jonás miró a Soledad, ambos estaban inquietos y deseosos de saber más de toda esta historia que los había envuelto de una forma incierta. Ester sollozaba, mostrando un grado de angustia que producía compasión. Decidieron terminar el interrogatorio. Levantaron los platos, los lavaron y Soledad se despidió porque era su turno en el hospital. Jonás había decidido ir a la playa para pintar. En realidad era una excusa para tomar aire. Estaba asfixiado. La lluvia había cesado y la humedad crecía.

< Nos vemos en la noche > dijo Jonás saliendo con Soledad que llevaba el maletín con sus pinceles y pinturas, y dos bastidores en su mano izquierda.

< Puedes hacer lo que quieras, comer, dormir, salir a caminar. En fin; debes sentirte como en tu casa > dijo Jonás despidiéndose.

Ester quedó otra vez sola. Estaba ansiosa de ver a un hombre que había marcado su vida y tenía en su mente años de recuerdos que resolver. Acomodó sus cosas, barrió la habitación y cuando guardó los cubiertos encontró una impresionante cuchilla de cocina

que tomó mirando detenidamente su filo y se quedó un tiempo pensando mientras apretaba el mango con ira. Vio la hoja del cuchillo mancharse con sangre que se escurría en formas caprichosas. Pasó su mano sobre ella y no se manchó. La sangre recorría la hoja del cuchillo pero sus manos, no se contaminaban. Le pareció el inicio de un presagio..

< ¿Qué opinas, Jonás? > preguntó Soledad a Jonás

< Estoy confundido > respondió él

<. Pero sé que la clave del mensaje está en ellos dos. Por lo pronto, sabemos que el ave era sólo el mensajero>.

< ¿De Belcebú? >

< No lo sé > contestó preocupado

Al llegar a la puerta del hospital, el sereno la saludó y le comentó:

< Tu protegido tuvo una recaída, Soledad.> dijo el sereno

< ¿Apolinario? > preguntó asustada.

< Sí.....el hombre de las palabras secretas. Se volvió nuevamente estúpido > anticipó distraído cerrando el portón.

Soledad apresuró el paso, tenía un presentimiento. Todo había sido tan confuso que no sabía en realidad qué era lo que pasaba. Llegó a la sala, le entregaron la guardia con las novedades que corroboraban una regresión de Apolinario.

< Ocurrió después que mató al ave negra. Bueno.... dicen que él la mató porque en realidad nadie encontró su cuerpo > dijo la enfermera saliente.

< ¿Un ave negra? > preguntó Soledad.

< Sí, un ave que siempre se paraba en la ventana que está frente a la cama de Apolinario > comentó la enfermera.

< El mensajero > pensó Soledad

<. Mató al mensajero, es un hecho >.

< ¿Alguien lo vio hacerlo? > interrogó Soledad.

< Nadie, Soledad. Te digo más, tampoco encontramos su cuerpo >Tomó sus carpetas y fue asistiendo a cada paciente de la forma más espontánea y despreocupada que le era posible, sin demostrar su ansiedad por llegar a la cama de Apolinario que estaba acostado e inmóvil y hablaba nuevamente su lenguaje. Ella lo escuchaba; sí, eran sus vocablos. Sin embargo, percibió algo en el tono que lo hacía menos delirante de lo

que había sido en los inicios de su internación. Había algo distinto, como si la expresión estuviese bajo un control casi voluntario.

Al tocarle el turno a Apolinario, Soledad se acercó como solía hacerlo, hablándole con afecto, pero se le cayeron imprevistamente las bandejas con frascos al lado de Apolinario que le daba la espalda. Él no acusó recibo. “No oye”, pensó Soledad. A continuación provocó otros ruidos con el latón de la bandeja. Nada, ni un solo movimiento. Rodeó la cama y se enfrentó a un Apolinario distinto. El brillo de sus ojos había cambiado, tenían la fuerza de la pintura de Jonás, esa misma fuerza que había devuelto a Jonás a la desesperación y la bebida. Sintió miedo. Tomó el brazo del paciente para colocarle el mango del tensiómetro y notó, en dos de sus dedos, que debajo de las uñas tenía restos de una pasta amarillenta. Cuidadosamente la quitó con su alicate. Era masilla, adivinó enseguida por el olor y la textura. ¿Para qué habrá tocado masilla?, se preguntó y comenzó a peinarlo. Entonces fué cuando descubrió los orificios de los oídos de Apolinario taponados con el mismo material. No dijo nada. Terminó su tarea en forma natural y se retiró. Colocó la muestra de masilla en una bolsa de plástico y la guardó en su bolsillo. Se la llevaría a Jonás, era una nueva prueba de su sospecha. Apolinario no era el mismo de antes. Estaba segura.

XX

La Sordera

Jonás como de costumbre se dirigió a unos cinco kilómetros de la ciudad, a su lugar preferido: un enorme risco de altura considerable que se introducía en el mar. El peñasco de roca negra terminaba cortado en un acantilado que caía en el agua, donde las olas golpeaban furiosas contra la pared rígida. La espuma que dejaban después del choque no terminaba de desaparecer, pues una tras otra se encimaban entre las piedras lustradas por el mar. La brisa marina castigaba el cuerpo de Jonás que permanecía sentado con su maletín cerrado. Necesitaba ordenar los acontecimientos; descubrir la progresión en las

casualidades que se habían dado hasta ese momento y de qué forma se acomodaban sus sospechas con respecto a Ester. Esta mujer parecía ajena a todo, pero ella también conocía al hombre rescatado del abandono. Le había impresionado su reacción cuando le mostró la pintura de Apolinario.

Recordó que él también se había turbado con ese cuadro que impactó en la profundidad de sus temores. El día que terminó de pintar los ojos, descubrió imágenes que, sin su pincel, aparecían misteriosamente. Esto lo llevó al estado de desesperación por el que se refugió en la cantina, donde trató de desprenderse de las voces que lo atormentaban, ahogando su ansiedad con ron. Recordaba la mano de Soledad en el hospital mientras él se recuperaba de su borrachera.

Extrañamente, la imagen del ave seguía estando presente, aunque no la había visto más. Desde ese peñasco, Jonás observaba el cielo tratando de encontrar en el vuelo de las gaviotas, la sombra de las alas negras del ave ausente. Sin embargo, no aparecía. Una roca negra emergía de la playa con orgullo, fue el último lugar donde Jonás había sido observado por el pájaro. Sabía que era el mensajero de Ester; ella lo había reconocido. Además, tenía nombre, vale decir que escondía una historia aún no desentrañada. Jonás se esforzaba por adivinar cuáles serían los lazos existentes entre Ester y Apolinario; entre un hombre abandonado, viejo y esa mujer sin origen claro, que había sido conducida por el ave a ese lugar desconocido. Ambos, por distintas razones, tenían aparentemente nexos misteriosos.

Si bien en sus escasas décadas de vida, su experiencia había sido dura; tanto en su infancia como en aquellos momentos en que la bebida y las drogas se habían apropiado de su cuerpo, los sueños demoníacos que solía tener Jonás y que en definitiva lo habían llevado a crear sus primeras pinturas sombrías, deberían de tener alguna relación con el mensaje captado de Atos. Aquella tarde en la playa, Jonás, más tranquilo abrió su maleta y comenzó a ordenar las pinturas y pinceles. Acomodó el bastidor en la estructura de madera plegable. Con grafito, comenzó a dibujar un mar encrespado con enormes peces sentados en barcas de papel que devoraban vegetales y frutos de una selva generosa. Dibujó también, la cabeza de un cabrío asomándose entre dos rocas y colocó la imagen de una mujer caminando en la playa dorada arrastrando un pájaro negro, con una cuerda rígida atada al cogote. El cuerpo arrastrado, borraba las huellas de sus pasos dejando plumas esparcidas que luego las olas llevaban silenciosas a distintos lugares. Una de esas

plumas se había erguido. Parecía escribir palabras sobre la misma superficie del agua. Aunque eran letras aisladas imaginó que en algún momento su nombre iba a estar entre ellas. Pero no le interesó hacerlo. Simplemente preparó la mezcla de colores y comenzó a rellenar espacios que había dibujado con tonos de intensos colores, mientras pensaba cómo se llamaría esta obra: “El *pescado de mar; Navegante y letrado; El mar culto invadido con barcos de pescados*”. No se le ocurría nombre pero se despreocupó. Intuía que la mujer de la playa tendría una función en el momento de definir el título. Finalmente así fue. Lo tituló *La mujer solitaria que espera un poema del pescado pirata*. Una vez finalizado el trabajo, estampó su firma en la esquina derecha; y se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no firmaba espontáneamente una pintura. Últimamente las había hecho a pedido. Sabía también que no había poesías acuáticas; que el pescado no podría vivir fuera del agua; que los barcos de papel terminaban siempre hundidos y que una mujer no podría caminar indefinidamente arrastrando un pájaro negro muerto. Pero eso era lo que había salido. “¿Cómo habrían matado al ave? —se preguntaba mientras volvía sus pinceles limpios al maletín—; tal vez ella no la mató; lo encontró muerto en la playa como las aves que aparecen cubiertas de petróleo, asfixiadas por la contaminación de los buques petroleros que se rompen en sus rutas mercantes”.

Satisfecho regresó caminando. Esperaba que pudieran sonsacarle a Ester más datos de su misteriosa vida con Apolinario, para echar luz sobre todos esos interrogantes que se le iban planteando aceleradamente.

< A medida que me entero de más cosas; más preguntas tengo >, repetía en su viaje de regreso. Tal vez, la mujer solitaria que llevaba pintada en su bastidor tuviera que ver con esa otra mujer: Ester. Pero.... ¿y el pájaro muerto?

XXI

Tiburcio

Apolinario permanecía regocijándose de su repentina e insospechada recuperación. La persecución implacable contra él en el pasado, había dejado profundas huellas en su vida y también en su cuerpo. A pesar de todo, sus vengadores: los hermanos de la Cofradía, no habían logrado mantenerlo de por vida en aquella condena que habían pretendido eternizar. Las imágenes de sus consejeras brujas a quienes personalmente ordenó ejecutar, no lo atormentaban tanto como las imágenes de las traiciones de quienes lo habían rodeado en sus momentos de esplendor y dominio. Su memoria, enmohecida por el tiempo de ausencia recobraba rápidamente el vigor. Las imágenes de Alticia, su bruja preferida a quien eliminó; Tiburcio, el hombre del misterio que lo conectó con las tumbas y los rituales para contactar con los muertos con la posibilidad de iniciar el camino hacia el poder, estaba presente y desafiante. Maclovio; aquel pretensioso y ambicioso empresario a quién dejó en la miseria como venganza a su éxito, aparecía velozmente pero sin una relación cronológica. El silencio adoptado como táctica en esta desconcertante etapa le permitiría ordenar sus recuerdos sin temor a equivocarse en el tiempo. Tendría que ejercitar plenamente su mente soslayando detalles que aún lo confundían. Ya no era el mancebo de años atrás. Se había convertido en un hombre desgarrado y limitado por una condena vigente pero no cumplida, que debía sortear. Estaba exultante; dispuesto a una vindicación impía.

< ¡Regresaste, Apolinario! > coreaban nuevamente las voces inquietas y disgustadas

< pero vendrán los inquisidores, sabrán de tu pasado y tu lengua adormecida por tu voluntad saltará como un áspid llevando tu veneno a quienes te rodeen. Sin embargo, aún debes rendir cuenta de tus actos y traiciones. ¿Recuerdas a Tiburcio, Apolinario? ¿Recuerdas a tus abnegadas Alticia y Amanda? ¿Recuerdas al ilustre Maclovio confesando sus debilidades? Nosotros sí los recordamos. Y nos encargaremos de descorrer el paño de olvido que pretendes, mientras te sumerges en ese callejón oscuro de la negación. Allí están, por más que cierres tus ojos, los cuerpos rígidos, las calaveras vestidas de fiesta, las ciénagas donde tiraste otros cuerpos para que no hablaran, los cadalsos en aquellos patios solitarios, el crucifijo que mandaste a destrozar por las hienas cuando lo rociaste con la sangre humana de tus víctimas > le recordaban las voces elevándose con tonos graves.

< ¡Poco me importan ustedes voces del infierno! Pasaron sus vidas ocupándose de

mi castigo y no pudieron vencerme. Ahora me protegeré con las cenizas de los sepulcros a quienes ustedes temen; regresaré al poder que me quitaron y a las glorias postergadas > contestó Apolinario mentalmente como había aprendido a comunicarse con las voces de las profundidades.

A partir del momento en que había recobrado su memoria, Apolinario juntaba las cucarachas y moscas de la basura que pasaban cerca de él. Las guardaba en sus medias y las comía cada dos o tres horas. Necesitaba reforzar sus energías. El alimento convencional no le era suficiente. El silencio, producido por los tapones colocados en sus oídos, era absoluto. Si alguien le hablaba o algún ruido cercano se producía, él no lo escuchaba. Pero su vista, no podía disfrazarla. Soledad estaba frente a él nuevamente mirándolo con curiosidad, estudiando sus actos. No había podido encontrar detalles que la alarmaran o que llamaran su atención. Estaba como el día en que había ingresado, cuando los antropólogos lo trajeron; pero ahora se lo veía limpio y alimentado. Con mucha audacia, Soledad extrajo un alfiler de costura grueso y se lo clavó en la pierna derecha. Apolinario sintió el filoso punzón entrando en su carne. Pero no se inmutó, a pesar de que el dolor podría haberle extraído un espantoso alarido, o desencadenado un movimiento de protección encogiendo su pierna. Como no reaccionaba, Soledad clavó dos veces más el punzón y tampoco obtuvo repuesta. Apolinario se estremecía de dolor, pero no lo demostraba. En venganza se puso a recitar el idioma particular:

< To Gua Nardo Stro Suncaye...>. Soledad se dio por vencida; Apolinario era una masa insensible, un hombre vacío que había tenido una regresión, como había anunciado el médico luego de examinarlo.

Habiendo llegado el final de su turno, Soledad entregó la guardia y se fue rumbo a su casa. Debía comunicarle a Jonás el estado actual de Apolinario y anticiparle a Ester que si pretendía comunicarse con ese hombre perdería el tiempo. En el camino de regreso notó que alguien la seguía con pasos silenciosos. Apuró su marcha; la sombra, también. Ella se detuvo frente a una vidriera; la sombra, frente a una pared. Decidió entonces enfrentarla. Era una mujer de agallas. Se dio vuelta violentamente sin darle tiempo a esa sombra de cambiar de posición. Encontró a un hombre lóbrego envuelto en una capa gris de cuello alzado. Cubría su cabeza con un sombrero de ala ancha que le permitía esconder su rostro y proteger sus gélidos e inescrutables ojos negros. Apenas dejaba ver sus manos de filosos dedos pálidos.

< ¿Quién es usted? ¿Por qué me está siguiendo? > gritó Soledad llamando la atención de unos hombres que fumaban en la vereda del frente y tenían una botella de vino en el piso.

El hombre salió de la sombras. El sombrero no ocultaba completamente su rostro; se podía, al menos, adivinar sus rasgos. Le pidió calma a Soledad y trató de explicar su actitud.

< No la sigo > explicó con voz grave y extraña

< Sigo a un hombre que usted conoce y que tengo entendido, ha cuidado Soledad > pensó en Jonás era el hombre que no sólo había cuidado, sino también amado. La voz de ese hombre se endurecía

< ¿De quién me habla? > preguntó ella con autoridad disimulando su confusión.

< De Apolinario > contestó el hombre del sombrero aludo levantando la cabeza y dejando ver por primera vez sus ojos que paralizaron a Soledad.

< ¿Usted también lo conoce? > preguntó desarmada Soledad.

< Era mi discípulo.> un trueno acompañó el final de sus palabras

< ¿Y usted quién es? > atinó a preguntar Soledad.

< Mi nombre es Tiburcio. Estoy hace mucho tiempo buscando a mi alumno > contestó con amabilidad para no asustar aún más a esa mujer de quien él esperaba obtener información.

< ¿Cómo ha llegado usted a esta ciudad? > inquirió Soledad tratando de ganar tiempo para poder encontrar una explicación coherente del nuevo escenario.

< Hubo un mensajero > dijo Tiburcio y una luz naranja rodeó su lóbrega figura marcando su cuerpo contra la negra oscuridad de la noche

< ¿Quién? > insistió Soledad aterrorizada ya por las coincidencias.

< Atos, el ave negra gigante que ha desaparecido en la mañana > La suave brisa dio paso a un viento frío cortante.

Soledad no salía de su sorpresa, el mensajero estaba ligando a todos los personajes extraños. Y lo peor de todo era que tanto ella como Jonás estaban en el medio de alguna conspiración, sin saber de qué se trataba ; qué buscaban o qué pretendían de ellos. El dato del ave no era menor. Coincidió con lo que hacía pocas horas habían contado en el hospital.

< ¿Para qué lo busca? > preguntó Soledad curiosa y más tranquila tratando de

disimular su ansiedad y temores

< Tiene que pagar una deuda > dijo serio Tiburcio. El viento respetaba la figura naranja de Tiburcio mientras sus delgadas y pálidas manos destellaban un brillo acerado.

< No podrá hablar con él > se escudó rápidamente Soledad.

< En realidad sólo pretendo.....¿Está allí? > Los relámpagos iluminaron por primera vez en forma total el rostro del hombre misterioso mostrando sus bordes angulosos

< Sí...pero... > estuvo por explicar Soledad cuando el hombre la interrumpió.

< Ya lo sé. Me dirá usted que él está ausente y que se expresa en un lenguaje incomprensible > adelantó Tiburcio sorprendiendo a Soledad. que quedó con la boca abierta.

< ¡¿Cómo lo sabe?! > exclamó desconcertada.

< Sé más de lo que usted cree Soledad > le advirtió el desconocido recalcando su nombre. Una llovizna acompañó el último trueno que estalló entre nubes negras y el relámpago partió en dos un árbol cercano a Tiburcio que permanecía impávido.

< Pero ¿qué quiere de mí? > dijo Soledad atemorizada, temblando.

< Sólo dos saber..... > especificó Tiburcio, con voz metálica y seca.

< Una ya la tiene, es sobre Apolinario. ¿Cuál es la otra? >

< Si hay una capilla a la entrada de la sala > dijo Tiburcio confuso.

< ¿Una capilla... una capilla? > pensaba Soledad en voz alta mientras repasaba mentalmente los pasillos del hospital.

< Sí, hay una capilla... está en la entrada a los pabellones > indicó.

< Gracias > dijo Tiburcio y tiró una moneda en la calle que estalló en el asfalto produciendo un ruido distinto al metal, pero que obligó a Soledad a seguirla con la mirada un instante. Enseguida volvió los ojos hacia su interlocutor. Pero éste ya no estaba. Tampoco había nadie en la acera ni en las esquinas. La llovizna se transformó en una fuerte tormenta

< Este hombre ha desaparecido > dijo en voz alta y salió corriendo en busca de Jonás. Su mano derecha estaba húmeda. Se detuvo abajo de un farol para mirarla Pegó un alarido. Era sangre fresca, sin embargo, ella no estaba herida.

XXII

El Pedido

Jonás llegó antes que Soledad. Encontró a Ester dormida en su cama con la ventana abierta. La pintura de Apolinario estaba en el mismo lugar que la había dejado. Fue directamente hacia ella y la cubrió con el paño blanco. Jonás estaba seguro que los ojos de Apolinario espiaban la casa, no lo soportaba, había comenzado a odiar esa pintura.

En la cocina, los utensilios estaban limpios y ordenados. Adentro de una olla de aluminio encontró comida preparada y sobre la mesa, una botella de vino. En la mesada había un poco de fiambre. Abrió el cajón de los cubiertos y sacó la cuchilla filosa. Cuando la tomó, sintió el mango pegajoso; estaba impregnado de sangre fresca. Espantado la tiró en la pileta y dejó correr el agua para que se lavara. Ester despertó.

< ¡Hola, Jonás!, me quedé nuevamente dormida. Es como si recién ahora estuviese reponiendo fuerzas > le dijo levantándose cubriendo su cuerpo semidesnudo. Jonás observó en detalle la mujer buscando algún rastro que justificara la sangre de la cuchilla. Sin embargo, por el estado de Ester nada le había pasado, no tenía huellas de haber sido herida. Su rostro estaba tranquilo y la mirada serena. Pensó que era una mujer indudablemente bella.

< Está bien. Lamento haberte despertado con el chorro de agua. Es que la cuchilla estaba sucia > dijo Jonás sin alterarse observando si la mujer tenía alguna reacción extraña. Tomó el cuchillo nuevamente para secarlo. En ese momento llegó Soledad agitada.

< Mató al mensajero > dijo Soledad sentándose en la primera silla que encontró.

< ¿Qué mensajero? > quiso saber Ester ansiosa.

< Tu ave.....Apolinario mató a Atos > contó Soledad pidiendo un vaso de agua a Jonás.

< ¿Por qué? > intervino Jonás mirándola incrédulo.

< Nadie lo sabe, Jonás. El ha sufrido una regresión, habla su idioma, está sordo y ha perdido la sensibilidad en su cuerpo > contestó Soledad mirando a Jonás. Ester al escucharla se detuvo junto a la mesa, temblando.

< Es signo de tragedia > Ester dejó escapar su comentario sin que nadie le hubiera pedido

<. Ahora regresarán por él > anticipó desencantada. La tormenta recrudeció y el viento agitaba las hojas de la ventana

< ¿Quiénes regresarán por él? > preguntó Jonás.

< Ellos... la Cofradía.> contestó fríamente Ester. Debo verlo, es urgente pidió mirando a Jonás que no atinaba a nada.

< ¿Cofradía? > repitió Jonás cansado de misterios

<. ¿De qué me hablas, Ester?> dijo Jonás

< No puedo decirlo sin antes hablar con Apolinario > insistió tomando las manos de Jonás entre las suyas para pedirle que la llevara a verlo.

< ¡A esta hora, ni lo pienses, Ester! > intervino Soledad.

< ¡A ver!... vamos a sentarnos y hablar de una vez por todas > propuso Jonás con un tono resignado. Llevó nuevamente a Ester a una silla, sirvió otro vaso de agua para Soledad y él también se sentó.

< Hoy me siguieron, Jonás > anunció Soledad con voz entrecortada y agregó

< Un hombre siniestro me siguió y me preguntó por Apolinario >.

< ¿Qué está pasando Soledad; ahora todos conocen este hombre?> manifestó Jonás asombrado.

< ¿Cómo era? > se interesó Ester.

< Alto, delgado, envuelto en una capa con el cuello levantado y un sombrero de ala ancha. Tenía una mirada inquisidora que daba miedo > detalló Soledad.

< ¡Tiburcio! > exclamó Ester descontrolada. Los relámpagos iluminaron la sala, la luz se cortó, el viento azotaba furioso.

Jonás y Soledad la miraron desconfiados. Ella sabía más de lo que demostraba. Ahora, también había adivinado el nombre del personaje misterioso. Conocía el nombre de Atos y sabía de Apolinario por una pintura. Todo coincidía. Jonás estaba seguro de que Ester les ocultaba la clave del misterio. Se decidió a hacerla hablar; el hartazgo lo

invadía.

< ¿En dónde está el hombre, Soledad? > preguntó Jonás.

< ¡Desapareció frente de mí! > contestó ella aturdida.

< ¡Es él! > confirmó Ester abatida.

< Bien, muchacha, es hora de que hables con claridad. Nosotros estamos a tu lado, te apoyamos, pero vienen ocurriendo cosas muy extrañas desde que llegaste y ahora nos encontramos en peligro con un hombre desconocido que desaparece como un fantasma > exigió Jonás levantando su voz y golpeando la mesa con la palma de su mano

< . Esto ha llegado al límite, Ester. O hablas o debes irte definitivamente.>

Ester estaba pálida y sudorosa, sabía que no había otra alternativa más que explicar su historia. Estaba dispuesta a ello, pero quería antes ver a Apolinario. Necesitaba decirle una sola palabra en su oído derecho antes de desnudar la historia de ambos. Tenía un claro mandato que no podía eludir. Entonces, tomó la iniciativa de hablarles a Jonás y a Soledad claramente. Les rogó que la llevaran al hospital, entraría sólo un minuto para darle a Apolinario un mensaje. En cuanto se lo hubiera dado, estaría dispuesta a relatarles su historia.

Jonás consultó a Soledad con la mirada.

< Pero no te puede escuchar, Ester; te dije que tiene una regresión, no habla, no siente, no mira, no contesta. Es una cosa > recordó Soledad inquieta.

< No importa; me escuchará > sostuvo con firmeza Ester.

El pintor y su amiga encontraron razonable la última propuesta. Si la aceptaban postergarían la verdad por escasos minutos y la pesadilla terminaría definitivamente. Accedieron al pedido de Ester y se aprestaron a salir. Cuando ya habían bajado las escaleras, Ester les pidió que la esperaran; se había olvidado de un papel que tenía que entregarle a Apolinario. Subió y, a los pocos minutos, regresó.

< Ya está > dijo agitada.

< ¡Vamos! > ordenó Jonás, salieron caminando hacia el hospital. La furia de la tormenta recrudecía en la noche.

< Es época de agua > opinó Jonás observando el cielo. Ester llevó su mano al muslo derecho y se aseguró que ese objeto estuviese presente.

XIII

El Cristo

La costa del mar estaba barrida por espumas de olas enardecidas; el océano se mezclaba con una intensa bruma húmeda cuyo vapor se elevaba para confundirse con nubes cada vez más negras y el viento huracanado acompañado con esa lluvia torrencial, recobraba una fuerza y energía inaudita. Cientos de kilómetros se sumaban al fenómeno meteorológico hasta que comenzó a formarse el centro de un huracán que crecía por minutos. Un gigantesco embudo nacía en el centro del mar atrapando con furia la atmósfera descompuesta con casi sesenta kilómetros de alto, el embudo se trasladaba lentamente a la costa, atrapando en su ojo vacío, los objetos que en su recorrido succionaba sin límites. De sus paredes se desprendían tornados y los truenos y relámpagos sacudían las costas. El huracán hacía gala de las leyendas que siempre lo rodearon: el gigante que lleva la tierra en su cabeza; el pez que lleva las rocas en su dorso ; el ángel furioso que envía Dios golpeando la tierra ; el Dios Loki, asesino atado en una roca profunda en el mar ; el pez gato-namanzú enroscado en el fondo del mar ; el Diablo rasguñando la tierra ; las cavernas submarinas que abren sus compuertas a las tempestades. Todas las leyendas confluían en ese siniestro espectáculo que el huracán inmisericorde desataba ya en las costas. Las calles se agrietaron, los árboles se hundieron ; los postes de luz cayeron desprendiendo sus cables que chispeaban en el suelo ; desplomaban las viviendas ; los habitantes corrían desesperados sin rumbo. Pálidos, gritando un auxilio imposible de ser escuchado, llantos y rezos en las calles, en las plazas, en cualquier lugar que hubiese un pequeño resguardo. Incertidumbre, temor, terror y desconsuelo. Sin embargo el hospital estaba intacto, hasta que la punta del huracán afiló su aguijón para entrar por los pasillos en búsqueda selectiva. La capilla

estaba entre dos pasillos que conducían respectivamente a las puertas de las dos salas de internación. La imagen de la Cruz impactada en la pared resaltaba por su tamaño; era de madera sólida, algarrobo; Cristo estaba en la clásica posición de sacrificio con su corona de espinas que capturaba el dolor. A su lado, las estatuas de santos y vírgenes piadosas parecían escoltarla. Seis bancos alargados, dispuestos esmeradamente uno detrás de otro, daban la sensación de un orden casi perfecto. Las últimas oraciones acompañadas de coros elevaban sus voces a las criptas. Un violín, un solo de violín atravesaba el espacio haciendo de sus cuerdas un lamento melodioso, empaquetado al sufrimiento y al llanto, de una música de notas imaginarias, hasta que sumó el sordo sonido de los contrabajos mezclados con los cornos, las tubas cilíndricas, doradas; y trompetas que anunciaban la llegada o la partida, de un deseo; con los trombones secos, rítmicos angustiantes. Un clarinete desgarró el final terminando en el silencio contagioso de la sacristía oculta, donde reposaban las hostias de la mañana.

Fueron apenas unos minutos o tal vez segundos cortados por las grietas que aparecieron en la cúpula de frágil vejez. El material vetusto fue cayendo como las hojas en otoño. El derrumbe, levantando polvo hacia un espacio vacío, desmoronaba cuadros y estatuas esculpidas sobre yeso añoso. Se derrumbaba una historia. El Cristo resistía con estoicismo negando la posibilidad de abandonar el lugar que por justicia le pertenecía. Nadie en la capilla. Nadie cerca de ella. Todos estaban durmiendo el cansancio o la rutina de su internación, hasta que un estrépito despertó a esa población ausente de peligro.

Los ladrillones de adobe se desintegraban transformándose en pedazos abiertos de estructuras vencidas, que rellenaban los bancos de madera y tapaban todo escape a la tragedia inédita. Finalmente, el Cristo fue vencido con su enorme cruz de madera y desgarrado de sus clavos eternos, que sostenían su orgullosa abnegación. Cayó el Cristo: se fracturaron sus brazos y sus piernas y su torso estalló sin contemplación. La capilla se había transformado en un pequeño cementerio que se llevaba los pecados, tantas veces confesados en las rejillas de madera de los confesionarios labrados por algún hábil artesano.

Nada había quedado en pie. Sin embargo, no existía causa que justificase esa tragedia. Pacientes y empleados del hospital asistían aterrados al dantesco espectáculo; mientras en la calle, un hombre delgado, disfrazado de sombra, envuelto en una capa gris de cuello levantado y con un sombrero aludo se alejaba sin emociones. Sólo un paciente

había permanecido en su cama. El hombre, que no pudo escuchar el desastre por los tapones de masilla en sus oídos, lo percibió con la piel; era un presagio. Estaba paralizado, espantado. Si era el viejo edificio de la capilla el que había desaparecido; el derrumbe solitario anunciaba la pérdida definitiva de la protección divina. El huracán aspiró las pertenencias divinas destrozando sus restos en su túnel. Supo que había llegado su hora; la hora en que tendría que levantarse sobre sus deformes piernas laceradas por los perros de caza y caminar antes que la vida descubriera su origen. En el jardín del hospital pastaba un caballo blanco, de lomo pronunciado, manso y silencioso, resignado a llevar todas las noches las bolsas de basura en su carro desvencijado.

< *¿Piensas escapar, Apolinario?*—preguntaron las voces—. *¿Piensas que ese caballo blanco que imaginas montar será suficiente para escapar de quienes azotarán tu cuerpo? Un látigo ensombrece tu figura, mientras los corceles que aparecen en el horizonte, desde un lugar impreciso. Avanzan sobre ti. Tu rostro adusto observará asombrado tus pesadillas que de ahora en más vendrán por tu recuerdo aun cuando tomes la guadaña curva para defenderte. ¡Apolinario, ella indica la declinación de la vida que creías haber recuperado! Tampoco será la selva quien te esconda a pesar de que su follaje eterno crezca y una sus caprichosas formas. Mira esas flores de tallo delgado que se desprenden de la humedad del suelo virgen. ¿Puedes verlas? Cubren los ojos de los animales de la selva que te están esperando; no podrás resistirte a sus instintos salvajes. Te vigilarán apenas entres a las sombras* > sentencian las voces orgullosas.

< ¡Mienten! Ya verán cómo puedo sortear los límites que ustedes me imponen. Esta vez no podrán vaciar mi alma. Ya está fortalecida. Mis rencores han nutrido otra vez mi cuerpo > mascullaba Apolinario enfurecido. Había pensado en el caballo blanco; había pensado en la selva. Pero no se había imaginado que esa noche la capilla se iba a fracturar. Había llegado el momento de escapar, cuando sintió las voces de Jonás y Soledad en los pasillos gritando su nombre.

< *¿Qué hacen ellos aquí a esta hora?* >, se preguntó. En su almohada aparecieron tres plumas negras. Las quitó con violencia. Sabía que eran de Atos, el ave que él había matado.

Jonás se sumó a la gente que sacaba escombros para dejar habilitado los pasillos. En tanto, Soledad avanzó sobre el derrumbe hacia la sala de Apolinario. Era el único paciente que no había abandonado su cama. Lo encontró sacudiendo su almohada vacía.

Soledad se acercó hasta colocarse frente a él e inspeccionó detalladamente su rostro que permanecía inmutable; como si siguiera ausente, fundido en sus palabras incomprensibles. Desde allí llamó a Jonás quien acudió con una Ester asustada. Apolinario no pudo fingir locura ante su presencia. Recordó a Ester tendida en el pantano estirando su cuerpo con los brazos abiertos inmóvil. Sin duda era ella, la mujer que había amado y también que lo había condenado a su ruina ; sin poder disimular sus palabras afloraron incoherentes..

Ester en cambio, encontró un hombre desencajado, arrugado, con los ojos perdidos en las órbitas agrandadas con un rictus en la boca que denotaba desprecio su camisolín sucio, deshilachado, con sobrantes en los hombros empequeñecidos las mangas no alcanzaban a cubrir sus manos cadavéricas de largas uñas filosas. Jonás sin intervenir captaba un rechazo mutuo. Pensó Ester qué lejos estaba del hombre soberbio y relleno que había conocido y que le había regalado el antifaz de piel de víbora Desilusionada vió ante sí, un abandonado esperpento exhibiendo su decadencia.

< ¿Apolinario..., me escuchas? > preguntó Ester con voz temblorosa.

Él no podía dejar de mirarla, estaba tan asombrado que le resultaba imposible articular ni siquiera los vocablos del absurdo idioma aprendido de memoria.

< Soy Ester, Apolinario! > insistió extendiendo su mano hasta tocar el brazo delgado y frío del hombre que había sido su amante y protector. La piel estaba fría, débil, tenía pliegues y manchas, la mano colgaba inmóvil del borde de la cama sosteniendo un medallón de lata que se había arrancado.

< No te escucha > intervino Jonás.

< Tengo que decirle el secreto > replicó Ester dirigiéndose a Soledad.

< Tal vez mañana u otro día > le sugirió Soledad.

Entre tanto, Jonás descubrió la masilla.

< ¡Ha colocado masilla en sus oídos! Ester, hasta que no logremos limpiarlos, él no te escuchará > le dijo convencido Jonás.

< El Secreto, el secreto > repetía Ester mientras se tocaba la cara interna del muslo. En realidad, acariciaba el mango del cuchillo sujeto a su pierna con tela adhesiva y una herida en su muslo sangrante

< ¡Mañana, Ester! > reiteró Jonás decidido y se llevó a las dos afuera de la sala.

XXIV

El Escape

Apolinario había reconocido a Ester, la había oído y había sentido su piel tocando la suya. El huracán había pasado y destrozado el pueblo, el hospital era el único edificio intacto. Apolinario decidió que esa noche tendría que intentar escapar. Ella; seguro había dado todo su historial a Soledad y Jonás. La destrucción de la capilla era el aviso de que Atos había sido descubierto por alguien más; su muerte no había garantizado el anonimato. Ahora peligraba su vida. La Cofradía estaba en el camino correcto. Vendrían por él. Apolinario no pudo conciliar el sueño, de vez en cuando lanzaba alaridos con su vocabulario inventado para no dar signos de lucidez. Las sombras nuevamente incursionaban junto a las voces que se hacían más poderosas y amenazantes. La masilla de sus oídos ya no cumplía función alguna; es más, le restaba audición para mantenerse alerta. Con un palillo fue quitando el material hasta sentir que la punta de madera, al tocar los tímpanos, le provocaba dolor. Recogió sus pocas ropas, un pantalón, la camisa blanca y sus zapatillas, y se fue vistiendo debajo de la sábana. Colocó en una bolsa de tela unos panes que tenía en la mesa de luz, un queso de cabra y un pequeño cuchillo que usaba para untar la manteca y el dulce del desayuno. Calculó que serían las tres de la mañana. Esperaría a que el enfermero del turno de la noche hiciera el último recorrido. La rutina se iniciaba a las cuatro y demoraba unos treinta minutos. En ese lapso, debería salir por la ventana cuya hoja se había cuidado de dejar abierta cuando se asomó por última vez, antes de acostarse obligado por orden de la enfermera de la noche. Por suerte,

el derrumbe de la capilla había dejado extenuados a todos.

El amanecer no tardaría en dar sus primeras luces. Apolinario acomodó su almohada en forma vertical, junto con una frazada enrollada para darle más volumen a ese nuevo paciente que habría de suplantarle en la cama por unas horas; las suficientes para alejarse rumbo a la selva. Lentamente, fue abandonando su cama; en cuclillas cruzó el espacio que lo separaba de la ventana, que era una de esas con marcos antiguos de las casonas coloniales; la hoja abierta le permitió salir sin problema. Se colgó del borde y suavemente se deslizó tomándose de los ladrillos salientes de la pared vencida por el tiempo. El cantero de flores le sirvió para descansar sus manos. De un salto, cayó en el jardín. La noche estaba cerrada; la luna había quedado en el almanaque. Vio un farol colonial cerca del portón de hierro forjado y, a su derecha, al caballo blanco, flaco y viejo que pastaba indiferente. Fue acercándose sigilosamente, hablándole con suavidad para no espantarlo. El caballo, que movía la cola azotando sus caderas para espantar los insectos, advirtió la cercanía de Apolinario; levantó la cabeza y lanzó un breve relincho.

< Tranquilo > dijo Apolinario en voz baja y le colocó un bozal fabricado con un cordel que había sacado del cajón del jardinero. El animal se mantuvo calmo. Luego, Apolinario cargó su bolsa en el lomo del caballo y lo llevó a la rastra hasta el portón. A esa hora el sereno, como era su costumbre, dormía. No le costó abrir uno de los portones de hierro y cruzarlo limpiamente con su animal. Se subió al caballo y apuró el paso taloneando y golpeando con el cinto el anca del animal. “Caballo viejo, trote lento”, pensaba mirando la calle que atravesaba la ciudad y se sumergía en zonas rurales. A unos tres kilómetros del final de la calle estaba la selva.

La madrugada era fresca y soplaba una brisa que iba atenuándose a medida que se alejaba. Calculó en una hora su llegada a la vegetación espesa. Dio vuelta su rostro mirando al Este donde una pequeña luz rompía en el horizonte. “Cuando el sol se esté asomando, yo estaré entrando a la selva”, se dijo a sí mismo.

< ¿Piensas que tu escape te dará la libertad que pretendes, Apolinario? —Coreaban las voces—. Te han descubierto, poco falta para que se cumpla tu destino. Eliminaste a tu ave, Apolinario, a tu fiel Atos. Ahora escapas de Ester, pero llega Tiburcio; ¿lo recuerdas? —preguntan las voces, mientras Apolinario se tapa sus oídos y canta incoherencias—. Por más que tapes tus oídos; nos escuchas, Apolinario. Estamos en tu mente, en tu cuerpo, en tu sangre; porque nos perteneces > le recordaron las voces

<. Tiburcio ha destruido la capilla; ¿sabes por qué? Porque era la única que podía impedir su entrada. Pero le has facilitado su tarea. Vas a internarte en esa selva espesa que supo esconderte una vez; aunque sabes que atrás viene Tiburcio implacable a buscarte. No podrás ocultarte mucho tiempo, Apolinario; él sabrá ubicarte > le anticiparon las voces.

La maleza sólo le permitió avanzar unos cientos de metros, la espesura impidió que el caballo sorteara la frondosa vegetación, el paso con un animal de ese tamaño era imposible. Apolinario desmontó, tomó el bolso, le sacó el bozal y lo azotó para que regresase al hospital.

< Los regresos son siempre más cortos > pensó mientras observaba al animal trotando con más energía, ahora que estaba libre. Volvió a caminar siguiendo los túneles naturales que dejaban las plantas, evitando cortar ramas para no dejar rastros. Cuando encontró un remanso del río, se sentó en una piedra, se sacó las zapatillas y puso los pies en el agua fresca; mojó el rostro y tomó agua con las manos. Luego decidió bañarse, quitó la camisa, el pantalón y se sumergió en agua profunda. Tenía tiempo, recién amanecía. Cuando los rayos de sol se filtraron entre las copas de los árboles, notó que el agua se había transformado en una gelatina roja espesa y pastosa. Salió del río apresuradamente y maldiciendo. Con las hojas verdes de un helecho, intentaba quitarse la baba pegada a la piel. El cuerpo súbitamente se llenó de escaras que desprendían un olor nauseabundo.

<Quedaron gusanos> pensó buscándolos con avidez. Sin embargo, ningún gusano asomaba de las heridas que se abrían linealmente. Las untó con queso de cabra para cerrarlas y se vistió lo más rápido que pudo para retirarse de ese arroyo transformado en un gelatinoso e impenetrable sendero rojo. Apeataba.

XXV

El Retorno

El regreso de Tiburcio fue triunfal; la espalda absorbía los ruidos del derrumbe, la capa de cuello alto y el sombrero aludo negro transformaron su figura en una sombra más de esa noche. Caminó hasta el lugar que había elegido para permanecer oculto: el cementerio de la ciudad. Enorme mansión con lápidas silenciosas, secas de lágrimas, con leyendas de amor y despedidas para verse en el más allá. Cruces que esquivaba con el reflejo de sus piernas. Algunas flores secas permanecían sobre las tumbas desparramando pétalos que viajaban con la brisa caprichosa. Las fotos de algunos finados permanecían en esos cuadros ovalados que siempre miran al curioso que pasa por los senderos del ayer buscando la razón del silencio.

Tiburcio era un hombre oscuro. Aunque hiciera calor, frío o lloviera; siempre iba cubierto por la capa gris de cuello alto. Dos orificios laterales le permitían sacar los brazos moviéndolos con libertad, las manos delgadas, blancas y pálidas frotaban encimadas su piel lampiña. Usaba el sombrero de ala ancha negro que le consentía esconder el rostro a plena luz del día ocultando los ojos profundos; gélidos, inescrutables que paralizaban a quien mantuviese la vista fija en su retina. Era un hombre perverso y cruel. Levitaba cuando se transformaba en una figura siniestra, figuras que hoy se repiten. Entre esas formas geométricas que las noches enciman pidiendo clemencia, jugueteaban los gatos apostando en la cacería de los ratones curiosos de hambre. Dos columnas de piedra negra custodiaban a una mujer que miraba el féretro que se asomaba del panteón derruido. Tenía un vestido largo que cubría sus tobillos delgados. Se abrigaba con un tapado ajado, gris, con una estola de zorro plateado; el cuello asomaba pulcramente delgado. El pelo recogido se escondía debajo de un sombrero con ala festoneada que en el lado derecho lucía dos plumas negras. La mujer sabía que Tiburcio estaba a sus espaldas. Sin darse vuelta preguntó:

< ¿Lo encontraste? >

< Sí, lo encontré. > afirmó Tiburcio.

La dama permaneció inmóvil. Tiburcio, que sabía de su dolor, no atinaba a consolarla. Encontraba un cierto placer en el duelo de esa mujer; el pesar lo reconfortaba.

Ella se dio vuelta lentamente; el rostro mantenía la lozanía de los mejores años; pero su cuello conservaba las marcas de las sogas que se habían llevado la vida y los ojos brillaban sin lágrimas. Finalmente, tendría que asistir a un escenario que ella resistía y rechazaba.

< ¿Sabes que no estoy de acuerdo, Tiburcio? > le dijo impávida.

< Sí, Alticia, lo sé... Pero eso no lo decides tú. > recordó Tiburcio resignado, sin perdonar las señales de piedad que mostraba Alticia, la misma bruja leal a quien el propio Apolinario había mandado ejecutar cuando cayó seducido por la mujer del antifaz negro, en las noches de prostíbulos y alcohol.

< Lo decidió él > asintió contundente Alticia, frotando las manos pálidas y frías.

< Derrumbas mi gloria Alticia > comentó Tiburcio.

< Tú derrumbaste mi paz, Tiburcio > le reprochó Alticia y se dio vuelta nuevamente para mirar el féretro del panteón custodiado por dos columnas de mármol negro, mientras dos gatos jugueteaban trepándose a los troncos de las acacias.

< No, Alticia, él lo hizo > insistió Tiburcio y le recordó cada palabra de la sentencia de Apolinario: “¡Maten a las brujas!”; y cómo las habían llevado arrastrando los cuerpos y del modo en que las habían maltratado, vejado y torturado; hasta que los pedidos de clemencia destruyeron los tímpanos de los verdugos que les colocaron la soga en el cuello como si fuese un collar de perlas maldecidas. Luego tiraron de ella hasta que los movimientos espasmódicos anunciaron la muerte

<. ¿Recuerdas, Alticia? > preguntó Tiburcio con sorna

< ¿Puedes negar que ese niño se llamaba Apolinario? > preguntó ofuscado ahora Tiburcio.

Ella no pudo negar nada. La cofradía ‘La Noche Roja’, nacida en otro cementerio lejano al actual, había sido testigo de la consagración de un hombre para el servicio de las tinieblas. Las reglas de los ritos satánicos, que extremaban la necesidad de mantener a sus discípulos en el anonimato cómplice, se habían quebrado. El sacerdote de Lucifer; desnudo en el recinto había realizado el rito de entrega del niño que levitaba igual que Tiburcio, el Sacerdote. Los ojos del niño incandescentes, fijos, imperturbables miraban al infinito. De sus manos brotaban las luces rojas del infierno, en destellos tan insólitamente reales que quemaron las túnicas negras de quienes asistieron. La sangre fue recogida en un cáliz de oro. Uno a uno, los integrantes de la secta comulgaron en silencio sorbiendo

la sangre tibia del potrillo.

El silencio agrietó las voces de Tiburcio y Alticia; ambos buscaron las sombras de las lápidas; se fundieron en ellas. Pertenecían a ellas.

XXVI

La confesión

Jonás trataba de mantenerse sereno. Al menos, así deseaba mostrarse; aunque interiormente se desesperaba por que esa mujer hablara. Los tres tenían polvo del derrumbe en la cara y en la ropa; las cenizas se habían adherido sin que se hubieran dado cuenta. Soledad iba tomada de la mano y Ester caminaba silenciosa a la par de ellos. Ella se tocó el muslo derecho antes de entrar a la casa de Jonás y subir las escaleras. Comprobó que el cabo del cuchillo estaba bien adherido sobre la piel por la cinta adhesiva con que lo había pegado. Subieron las escaleras en silencio. Jonás abrió la puerta de la habitación y entraron. Soledad se puso a preparar café, encendió la cocina y puso agua en la pava. En tanto, Jonás sentado a la cabecera de la mesa esculcaba una Ester sombría que miraba el bastidor de Apolinario, cubierto por el paño blanco. Vio como se estremecía el cuerpo de la mujer; pero no sintió lástima, ni trató de consolarla. Soledad sirvió las tazas humeantes de café, acompañadas de panes y dulce. Jonás le hizo una seña con los ojos a Soledad para que interrogara a la mujer. Ya no podía disimular su ansiedad, además, notaba que los nervios se habían mezclado por primera vez con un rencor que no conocía.

< Estoy cansado > pensó y permaneció mirando a Soledad.

< Bien Ester es hora que termines la historia > dijo Jonás abruptamente.

Ester mantenía la mirada fija en la pintura, ella recordaba cuando habían tenido el primer encuentro con Apolinario. La había hechizado, perturbado, ante su propia mujer que temía de borrar de su mente; la bruja Alticia. El despertar de sus libidinosos deseos

lo había capturado apresándolo en un placer desconocido, íntimo, esencial; mientras ella permanecía oculta detrás de su antifaz enigmático que multiplicaba la complacencia del gozo y la aquiescencia del sexo. La peluca pelirroja adherida a su cabeza y su antifaz negro, sujeto con un delicado cordel, le conferían a Ester una identidad nueva y doble, creando una mujer de la noche, envuelta en el enigma que despertaba admiración y temor.

< ¡Ester! > gritó Jonás tratando de traerla de sus visiones.

- ¿Sí?... —dijo Ester confusa.

< ¡Habla, dinos toda las verdades! > ordenó Jonás inquieto y al ver que nuevamente llevaba la mano al muslo buscando algo le preguntó

<: ¿Qué buscas, Ester?>

< ¡El Cuchillo! > respondió, levantándose el vestido y descubriendo el muslo torneado, blanco, tapado por la cinta adhesiva que iba quitando en forma automática. La herida no sangraba.

< ¿Qué haces ahora, Ester? > exclamó Jonás alarmada.

< Te lo devuelvo. > Y le entregó la cuchilla impregnada en sangre coagulada.

< ¿Por qué tiene sangre? > intervino Jonás abrumado

< Este era el mensaje > contestó indiferente Ester

< Pero ya es tarde para entregárselo>.

Por fin Ester levantó los ojos y decidió hablar. Les habló del origen de Apolinario, de su entrega cuando niño a la secta satánica, del paso por el vampirismo y la brujería, de los logros políticos para llegar al poder absoluto en un país hoy perdido en una agonía definitiva. Les habló de las brujas que lo rodeaban y de la cruel orden de matarlas. Les habló de su vida aristocrática, del burdel en donde ejercía prostitución cubierta con un antifaz. Les contó cómo llegó a ser la amante preferida de un Apolinario en la cumbre del poder. Les contó de las desmedidas ambiciones y los crímenes que cometía cotidianamente; les habló de los robos, los saqueos del sometimiento a gente, las muertes por encargo y la desaparición de opositores; de la magia negra, de los ritos a los que se sometía y habló de las multitudes enceguecidas por la revancha en la noche tormentosa que colgaban a los corruptos en las plazas públicas. Les contó cómo habían derrumbado al gobierno; cómo los funcionarios lo traicionaron, cómo murieron asesinados amigos y amantes. Contó Ester todo lo que recordaba en un vértigo de palabras, visiones, angustia,

llanto y maldiciones. En definitiva, los hizo entrar a ese mundo tenebroso por las puertas del poder, logrando que se descompusieran y odiaran tanto a ese hombre al que tenían por desvalido que no iban a permitir su regreso.

Soledad y Jonás habían quedado atónitos, impedidos de reacción alguna, temblorosos y estupefactos. Ester aprovechó ese momento para tomar el cuchillo y correr hacia la pintura. La disecó lentamente en un ataque inusual de fuerza, tajando el rostro de un Apolinario acabado, despedazándolo y esparciéndolo en el suelo. Un llanto inconsolable la estremeció. Nadie atinaba a nada. Los tres habían quedado paralizados. El amanecer se anunciaba..

XXVII

Saeta

Apolinario continuó el viaje apresurado al interior de la selva, escapando de sí mismo en busca de refugio. Notaba en su rostro el nacimiento de heridas cortantes, que extrañamente no le producían dolor, de allí manaba sangre que se mezclaba con sudor. Las antiguas escaras masilladas se multiplicaban. Se había convertido en una llaga viviente. El hombre de la capa con el cuello levantado y del sombrero negro de ala ancha seguía pacientemente la huella de Apolinario en la tierra húmeda y en el follaje pisoteado; le era sumamente fácil encontrar las hojas manchadas de sangre; era cuestión de tiempo.

< Te han descubierto, Apolinario. Nada puedes hacer que no esté ya escrito en tu destino. Tu carne apesta. Eres un hombre en desintegración. Corre, corre, Apolinario,

cruza esa selva y también los pantanos donde te esperan los animales que necesitan el festín prometido > corean las voces ocultas en la selva.

El fugitivo busca desesperadamente el camino tropezando y cayendo una y otra vez, desgarrando la ropa; lastimando sus heridas. Nada puede hacer para cambiar su ritmo y tampoco encuentra un lugar seguro, porque sabe que Tiburcio está atrás de él. Divisa, a unos cien metros, unas piedras grises encimadas y la entrada de una caverna casi oculta por la maleza. Tiene que descansar; alimentarse y planificar su ruta. Entra en ese hueco desplazando ramas y plantas. La oscuridad no le impide quedarse; espera unos minutos con los ojos cerrados para acostumbrarse a ella. Cuando los abre, descubre que está en una inmensa caverna de sal; las paredes se unen en una cúpula de donde se desprenden estalactitas filosas que gotean sobre una laguna calma con bordes blancos. De las sombras, se desprenden figuras deformes y grotescas que se desplazan en el vacío, burlándose de él con sus rostros sarcásticos.

< Mira esos rostros, Apolinario. ¿Ves sus espantos? ¿Ves esas huellas del horror en sus ojos? Te han esperado años en esta soledad y sabían que algún día llegarías. Mira en ese rincón a esos hombres envueltos en paños negros que ocultan su rostro y te miran con odio. Mira esas estacas de filosa punta atrapadas por sus manos delgadas, descarnadas y sucias. Ellos han cavado tu sepulcro en esta misma caverna, en las entrañas de esta mina de sal que será tu casa para una eternidad que no envidiamos, Apolinario > corean las voces.

< Son mendigos errantes > grita Apolinario y las maldice a las voces.

De los rincones más insólitos aparecen rostros; cabezas descubiertas y encapuchadas, una encima de la otra, todas con gestos de un desgarrante dolor contenido; sombras y figuras que flotan en el aire; miles de caras que clavan los ojos en su figura sangrante. Apolinario no alcanza a distinguir los cuerpos; parecen fusionados en uno solo. Lo rodean, lo persiguen tras cada paso que da cuando trata de esquivar un cuerpo tirado en el suelo que eleva las manos hacia él. Una calavera con un dedo intacto lo señala silenciosa, al lado, una mujer vieja de cientos de años ríe satisfecha. A su derecha, está el anciano de la tumba que él había profanado cuando buscaba su camino décadas atrás. Tiene ahora un rostro sereno, su barba blanca ha crecido desprolija y las dos manos se asientan en un bastón de caña curva. Una luz surge en el centro de la laguna, el agua se cristaliza. Aparece un hombre con una capa gris y cuello de piel, un sombrero negro de

ala ancha y lleva en su hombro derecho un pájaro enorme, vivo e inquieto que mira a Apolinario con desprecio, aborreciéndolo por su deslealtad.

< Ha llegado tu fin, Apolinario > anuncia Tiburcio parado en el centro de la laguna.

< Estas sombras de cientos de hombres y mujeres de la Cofradía recibieron tu plomo. ¿Recuerdas, Apolinario? Tal vez no lo quieras recordar; pero yo aún retengo en mi memoria los gritos de dolor que ignoraste. Fuiste condenado a la nada y durante años no exististe, Apolinario. Eras un vegetal condenado a la eternidad vacía. Pero algo rompió el hechizo y te regresó a la vida. ¿Y qué hiciste, Apolinario?; continuaste matando a tus hermanos; los que cuidaron de ti en la época de tu inmenso poder; a aquéllos que traicionaste porque sí y los condenaste con desprecio > continúa con voz grave pero serena Tiburcio, en el medio de la laguna que se va tornando rojiza

<. Ahora debes acostarte Apolinario, tú solo, sin que nadie toque tus carnes laceradas. Todo lo que pase de ahora en más será por tu voluntad. Estas sombras que llevan sus estacas y sus aceros en las manos esperan mi señal.>

Tiburcio, levantando la mano derecha y apuntando con el índice el centro del cuerpo de Apolinario destella odio. Apolinario obediente, permanecía acostado mirando la cúpula de sal que brillaba y dio la orden:

< ¡Entonen todos el *Himno Satánico*!>

Iniciaron el coro miles de gargantas que por primera vez en años recobraban sus voces. El clamor iba creciendo a medida que se sumaban nuevas multitudes. La caverna comenzó a temblar. Apolinario visualizó las grietas en la cúpula. Nada podía hacer; las sombras habían cubierto la entrada de la caverna. Estaba paralizado, el cuerpo no le obedecía; y el coro aumentaba, lo aturdía... hasta que los tímpanos estallaron en el momento que vio como se descolgaba del techo una gigante y filosa estalactita de sal que descendía silenciosa, atravesando el vacío, buscando el centro de su pecho. Quedó clavada limpiamente, perforando un cuerpo que ya estaba condenado.

FIN